

P. OBLIGADO

---

# TRADICIONES ARGENTINAS

---

9.<sup>a</sup> SERIE

---

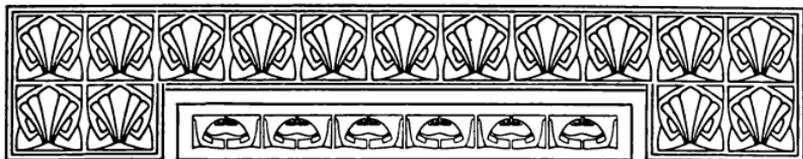
BALDER MOEN — EDITOR

FLORIDA 439

BUENOS AIRES







# Un Fígaro célebre

TRADICIÓN DEL AÑO 1827

## I



LLÁ por las postrimerías del Virreinato, vino á colgar su limpia bacía de relumbrante metal, girando y dando vueltas siempre como su dueño, el Figarillo más célebre que recuerdan crónicas.

Abría éste media hoja de su única puerta, cubierta por espesa cortina de sarga verde, sin duda para que no se transparentaran tramoyas y trapisondas, á toda hora en elaboración entre parroquianos y concurrentes, á que daba pábulo la charla sin fin del rapabarbas, que si hablaba mal *castilla*, hablaba por los codos en todo idioma. En penumbra á media luz, disminuyendo moscas y atrayendo moscardones, no se interrumpía murmuración descomponiendo doncellas y crucificando maridos. Ocupaba el estrecho espacio de la otra media puerta, vidriera movable, exhibiéndose en amplia redoma de cristal y de agua no siempre limpia, una ó más docenas de negras sanguijuelas, tan flacas como las beatas en perpétuo ayuno, que con olor á sacristía salían de la Iglesia al frente, pasando y repasando por pispar si entraba ó asomaba su *cuyo* en la Barbería de las murmuraciones.

Encima del número 56, anunciaba pintarrajeado tablero «Pe-luquero francés, barbero- flebótomo-sanguijelero», aunque sin

disputa era el más sanguijuela del barrio. De otros oficios lucrativos menos honestos se ocupaba, no anunciados sin duda, por evitar competencia. Abajo, sobre el umbral, mirando al rechinar la sonora muestra, el barcino morrongo al que tenían obligación de tirarle la cola cuantos escueleros y raboneros pasaban, tiritando de frío en mañanitas de otoño. Al interior, en el salón para cortar *caballos*, según mal traductor de francés llegó á garabatear en la pared, pendía la guitarra, inseparable de todo Figaro de raza, colocada entre dos espejos de ennegrecido marco.

## II

Es á esta Barbería, que continuó cincuenta años en inalterable ubicación bajo diversas navajas, á la que se refiere Mitre: «Al « pasar al galope la tarde del 7 de Diciembre á perseguir las avanzadas de Matías Rivero que llegaban á ocupar el Cuartel del « Retiro en el sitio de 1852, creyéndonos yá vencidos, me saludaron con carcajadas de lo del barbero de Rosas». Bajo el parral, en el estrecho patio trasero, se columpiaba loro tan charlatán como su dueño, cuyas habladurías confirmaron sospechas de su navaja.

Este Salvio sangrador de raro nombre, más raro sin duda que tres tocayos de oficios semejantes, reuníanse en la misma acera, Calle de la Santísima Trinidad, cuando allí se estableció; de *Liniers*, en vísperas de la patria vieja; de *Santa Rosa*, al sucederle su discípulo el mulato Hermenejildo Andújar, y en cuya esquina, hoy Alsina y Bolívar abría su Botica y trás la Botica Don Salvio Marull; completando el trío de Salvios, el proto-médico Doctor Gaffarot al confin de la misma cuadra.

Para que no se prejuzgue mera imaginación el episodio que exhumamos, afirma palabra de cronista fiel, el Doctor López, que nunca murmuró del prójimo: «Era Mr. Levan un francés pe-  
« luquero que en los últimos tiempos de la Colonia represen-  
« taba gran papel en esta Ciudad, haciendo la barba y rizando  
« las pelucas de Virreyes, Oidores, Cabildantes y ricachos, trans-  
« formándose en el chiche de casas opulentas de las que conocía

« todos sus secretos. Entre tanto, su verdadera profesión era « la de jefe de salteadores y rateros, logrando organizar cuadrillas que ejercían el robo en gran escala, siendo sus dramáticas aventuras uno de los más curiosos episodios de esa época ». En verdad, que casa hubo en la cual, empezando las insinuaciones del travieso Figarillo embaucando la mulatita del mate á la puerta, fué subiendo y penetrando yá en una ú otra escala, ó por escalera al fondo, desde la doncella á la niña de la casa, empinándose alguna vez hasta señorona de muchos humos, á quien nó sólo postizos acomodaba bajo el gran peinetón, sino avisos subversivos ó pecaminosos, hasta en los papelitos de rulos.

Contaba entre las proezas de su real navaja, haber tenido bajo ella las cabezas más ilustres, y los hombres de más cabeza; así de los últimos Virreyes y de los primeros patriotas, que no todos peló la Revolución ó dejó lampiños como á Belgrano y Moreno. Cortó coletas de toreros y trenzas de soldados en el *motín de las trenzas*, (Cuartel al frente) levantado en armas el Batallón de Patricios contra la Ordenanza que las proscribió. Muchas veces atravesó el arroyo para hacer la primera baiba, ¡ceremonia solemne! á Don Lorenzo Torres, Don Baldomero García y condiscípulos del señor Escalada, (nuestro primer Arzobispo) en el Colegio de la Unión.

### III

Desde antes y después de los veinte Gobernadores del año veinte, apenas asomó asonada, ó revolutis en proyecto, que si no partió de sus tenebrosos conciliábulos secretos, entre dos jabonadas, se hacinaron allí sus residuos, entuertos y mal feridos en tumultos á diario, y alborotadores de bocacalle en calle tan central.

De verba y movimientos incansables, seducía su melifluidad y maneras, filtrándose bajo la forma más sutil y atrayente á las entretelas del alma, ofreciendo el oro y el moro, dejando á todos colgados, hasta que le colgaron. Para él no había, como enunciamos, puertas cerradas, rejas sólidas ni tapias altas que no saltara,

*pecata minuta* por donde empezó su carrera, siguiendo la del contrabando, robos y gatuperios. ¡Cuántos sorprendidos secretos de alcoba, rapando barbas á domicilio, ó empolvando cabezas llenas de humo, que alborotaba con crespos y enredos este charlatán ambulante, saco de intrigas y felonías!

Cuando el robo de la hermosa Custodia de San Miguel, el cambio de auténtico Van Dyck, Cristo de la Catedral; el hurto de alhajas á Doña Flora Azcuénaga; picantes aventuras de viejos verdes guiados por el negro esclavo que barría la barbería, se confabulaban en aquel Cuartel general de crímenes y delitos. De allí salían con el negro bozal cargado con la escalerita plegada y la linterna sorda al asalto de fruta vedada, coetáneos de Don Goyito Gómez (el íntimo de San Martín) que á sus ochenta, contaba no haber recibido una herida en desempeño de arriesgadas comisiones de guerra, pero sí más de una estocada en aventuras de Tenorio. Tan agraciado, gracioso y desgraciado, en su soltería final cayó á la zanja abierta para las Obras de Salubridad. Recogido en el Hotel de la Paz, todavía desde el último lecho galanteaba á la piadosa Hermana de Caridad que le asistía, enviada por el cariño de su sobrina Etelvina Ocampo de Tejedor.

En contrabandos de Aduana y piraterías de toda clase, sobresalió siempre el muy barbudo barbero, concertando embarques y desembarques de los más atrevidos. Apenas hubo aventura de resonancia que antes de salir á la calle no hubiese resonado bajo el techo del que ponía la barba en remojo al más pintado, aunque por aquellos tiempos no se pintaban tanto, hombres y mujeres. Hábil é ingenioso, tiraba la piedra y escondía la mano. Pero, tanto fué el cántaro al agua, que al fin se cortó la cuerda!

Delatado por un su amigo que no tenía pelo de zonzo, al encontrarse por partes y repartos en robos y recargos, tiró el diablo de la manta y se descubrió el pastel, sorprendiéndolo con las manos en la masa. Hasta el loro que como animalito inteligente y observador solía hacerse el dormido, durante conciliábulos de muchas tardes bajo el parral y que, cuando no hablaba, escuchaba, al empezar á olvidarle el pan de cada día, traicionó al olvidadizo. Aconsejado el francés por su paisano Marcet, librero de la misma cuadra, en el santo propósito de seguir cortando, nó barbas, sinó cabezas de ricos solterones pişaverdes, echaron las

bases de tenebrosa asociación en la trastienda de la historiada barbería. Si á la primera víctima no siguieron otras, no fué por falta de intención en el redomado pícaro, sinó por imprevisión.

## IV.

En el sonado asesinato del viejito Alvarez, apareció el cuerpo del delito, navaja que cercenó cana cabeza — tantas veces por el propio Fígaro peinada — con marca de fábrica que sólo al barbero francés llegaba. El inocente lorito que de tanto oír en conciliábulos á su lado: «Alvarez! Alvarez!» habíasele pegado nombre que repitió incesantemente, indicio fué éste para esclarecer el crimen; que si no alcanzó entonces á elevarle á la altura de sus cofrades, dejárale mal parado y listo ya para seguir el mismo caminito al patíbulo. Como á poco andar se reprodujera otro robo y asesinato con escalamiento, en persona cuyo nombre omitimos por... por muchas consideraciones, convicto sinó confeso, bien pronto fué á hacer compañía á sus buenos compadres de oficio y beneficio: Arriaga y Marceñ, digno racimo de horca.

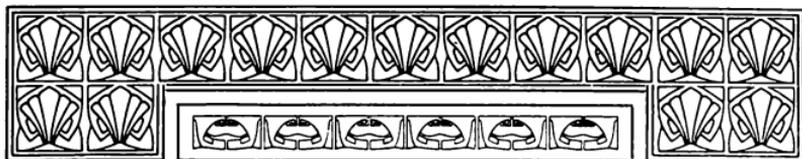
Autor de asociación tan poco caritativa, para que desaparecieran ricos viejos solterones, declarándose herederos forzosos, ab intestato, al astuto Fígaro se le quemaron los libros y si no dejó escuela, fué porque en el breve Gobierno del Coronel Dorrego tiempo hubo de suspenderle en la *Ene* mayúscula.

En puridad de verdad debiéramos suprimir este último párrafo, pues á cien años de distancia, á punto ha estado de reproducirse hecho semejante al asesinato de Alvarez, por otros tres muy amigos.

Leemos en diarios de la fecha, que cuatro compañeros de carpeta, trasnochadores, regresando de la timba más concurrida en Avellaneda, asaltaron al ganancioso dentro el carruaje que á los compinches conducía, exigiéndole quince mil morlacos bien ganados en malos juegos. Resistiendo á la violencia, los muy íntimos le echaron cuatro manos, nó de amigo, sinó al cuello y otras dos al bolsillo, precisamente al enfrentar la antigua Quinta de la Noria, donde fuera arrojada la víctima del sucedido en 1827.

A noventa años distante, por igual impulso en propósitos semejantes, y por aquellos mismos andurriales, jóvenes de distinguido abolengo, siguen las huellas de los garitos de antaño.

¿Habremos progresado en todo sentido, hasta en los caminos del crimen?



## Un muerto en pie

### I



QUIERO morir de pie como los romanos», oímos exclamara hace más de sesenta años el coronel Don Bartolomé Mitre, en la mañana del 6 de Junio de 1853, al descender ensangrentado de su caballo de guerra, agarrándose del arzón, en los potreros de Landon. Como nunca dió espalda al enemigo, fué herida la altiva frente del pensador argentino como grabando bala anónima excelsa estrella de fortuna que guió sus pasos por la senda del deber y del sacrificio.

Tengo para mi capote que frasecita histórica semejante á la que en cada una de las escenas de su dramática existencia no faltó palabra ó frase oportuna, ha de haber crecido con el tiempo, pues no sólo los árboles crecen. El futuro traductor de la Divina Comedia sabía ya por entonces bastante historia, para no haber olvidado que los romanos, como todos mortales, morían sobre el escudo cual los Horacios, ó en sus sillas curules como los Padres Conscriptos.

En tal ocasión, ni en otra alguna, cayó este apóstol de la democracia, á quién no curvó la adversidad, apresurándose á sostenerle sus fieles ayudantes: Carreras el locuaz, Ezcurra el silencioso y Franklin Bond el buen mozo, sobrinos del tirano, que el artillero de Caseros venía de vencer.

Cerca de cincuenta años habían transcurrido, cuando por feliz casualidad oímos en Berlín la significación que daba Mitre á esa herida. Nuestro ilustrado diplomático doctor Calvo, en conversación sobre cosas de la tierra, más grata cuanto más distante de ella, decía:

— El mariscal Moltke y sus edecanes concurrirán mañana á la comida en la Legación con todas las condecoraciones y medallas que acostumbran. ¿Con cuál de las muchas que tanto le honran, vendrá usted, general?

A lo que incontinenti, en su calma habitual, contestó Mitre:

— Con ésta! — señalando la cicatriz que por medio siglo le distinguía. — Cuando un hombre ha derramado su sangre defendiendo principios en que perseveró toda su vida, huellas semejantes son las condecoraciones más elocuentes que testimonian servicios.

## II

No ese ilustre patricio que tantos años vivió para gloria de la patria, tradicionalamos aquí, sino otro modesto soldado argentino que tres lustros después de muerto permanecía aún de pie como centinela olvidado sin relevo en fronteras lejanas.

Nacido en el último año del siglo XVIII, antes de cumplir quince se incorporó voluntariamente al ejército, pasando á Montevideo de abanderado. A la rendición de esa plaza fué ascendido á alférez. Distinguióse luego como guerrillero contra las tropas sublevadas por Artigas; siguió más tarde (1815) al campamento de Mendoza, donde San Martín organizaba el ejército reconquistador de Chile. En Chacabuco y Maipu ascendió á teniente, peleando en el Perú frente al Callao como ayudante del coronel Martínez y, distinguiéndose allí por uno de esos actos de valor que esmaltan su vida. Enviado en parlamento el coronel Olazábal, una vez dentro la plaza sitiada fué declarado prisionero. Menos tardó en saberlo Vega, que en presentarse dentro de ella, reclamando el cumplimiento de las más sagradas leyes de la guerra, á que ningún militar de honor podía fal-

tar sin deshonrarse, y con tal vehemencia y energía increpó tan mal proceder, que á pesar de vacilaciones del superior, sus oficiales admirando noble rasgo de audacia, decidiéronle dejara regresar á Vega al campamento con su amigo rescatado. Años después de vuelta en Buenos Aires, tras brevísimo entreacto de descanso en su vida azarosa, pasó con el Coronel Olavarría á formar el Regimiento de Lanceros que tanto ensalza el cantor de Ituzaingó.

Así en el ejército bajo el mando de San Martín, como en el de Alvear, uno y otro, en más de un parte oficial mencionan sus relevantes servicios.

Pasada la Revolución de 1828 (Diciembre) y encumbrándose el despotismo de Rozas, tuvo que emigrar á la Banda Oriental, de donde marchó con la Cruzada Libertadora, empezando por disciplinar los soldados del Escuadrón Maza. Ascendió luego á Jefe de Estado Mayor, después de haber brillado su lanza como relámpago de victoria en Yeruá, Sauce Grande, Don Cristóbal, Quebracho Herrado y Famatina.

Tanto en la guerra nacional como en la lucha civil, descolló en todas partes el primero por su arrojo. Así refieren las Memorias de su Ayudante, el Mayor Dumonçel, le distinguieron con singular estimación Jefes de renombre: Olavarría, Videla, Hornos, Martínez, Rodríguez, Acosta que ascendió á General en Montevideo y Villanueva en Rusia, grados que si él no alcanzara fué solo por llegar prematuramente á derramar su última sangre en Cañada de Molinos (Salta). A tan espectable adalid se le llamaba en círculo de camaradas el Bayardo caballero sin miedo y sin reproche.

•

### III

Años después, durante el Ministerio del Coronel Mitre en el Gobierno del Doctor Obligado, el señor Don Félix Frías último Secretario en campaña del General Lavalle, con Paumero, Ramos y Madero, solicitó el traslado de los restos del Coronel Vega, de cuyo transporte se encargó la casa del señor Alcorta:

Y aquí llega el caso por demás sorprendente, no sólo de uno, sino de dos y tres milagros alrededor de soldado que tan valientemente luchára por librar su patria del tirano que la oprimía. No fué el menor de estos que después de largas y desgraciadas campañas, hubiese quien recordara traer sus restos en lejano rincón recostados, sin abrigo y sin cariño, que transcurridos tres lustros continuaran de pie como se mantuvo en todas sus proezas, y finalmente que, mártir en Salta por la causa que se sacrificó, apareciera transformado Santo en Buenos Aires. Rara coincidencia del caso, ya que no milagro, en tiempos que van pasando de moda, que Don Santiago Alcorta comisionado por su padre de recibir aquí esos restos, encontrara posteriormente viajando en la región donde Vega falleció, viajero que en cuentos del camino confirmaba caso tan singular con otro semejante y que testigos oculares repetían.

Oyendo iban en desvencijada galera repleta, referencias de muertos, aparecidos y momificados en las vecindades de Atacama, donde acostúbrase morir sólo á medias, cuando en la última Pascana, durante relevo de mulas, feliz encuentro hubieron con el viejo Cevallos, nieto del mismísimo *Virrey de los tres sietes*, que en 1777 no alcanzó á virreinar siete meses, sin ser sietemesino. Pruebas remarcables de muy hombre dió, sometiendo indios en Misiones y luego en tal forma á los portugueses en la Colonia del Sacramento que, á pesar de tan volvedores tres veces en ese Puerto del contrabando, quedaron sin ganas de reincidir una cuarta.

Entre barquinazos y trastazos descompaginando á fatigados viajeros, seguía Cevallos contando de curas maravillosas la de su propia esposa; añadiendo que en aquellas altas regiones secas de tal modo se vive, que vida queda en la muerte, como había acontecido al señor Isasmendi, fundador de Molinos, que al tercer día resucitó. Cuando su segunda muerte, — alguna vez se muere de veras, — incorruptible se conservaba desde entonces su esqueleto. Fallecido allí una vez el señor Coronel Vega, dejaron los restos en la misma inmediata Capilla de Molinos.

Entre muchos olvidadizos restar suele algún agradecido, y fué el consecuente señor Frías, en mérito de virtudes y sacrificios ejemplares que iniciara la traslación. Anunciado el arribo, deudos y amigos agrupábanse á la cabecera del muelle de

pasajeros en el Paseo de Julio, cuando movido por afectuoso sentimiento ocurrió al hermano del Coronel (Don Ignacio) palpar restos queridos del que la guerra, la emigración y la muerte le habían separado. Extrañando tocar superficie muy suave por rendija entreabierta, insistió se abriera el cajón. ¡Cuál sería la sorpresa de los presentes al descubrir un Santo en lugar del esperado! Sarmiento explicaba allí á Don Pedro Agote, algo incrédulo: «Acaso no es tan singular llegue á ser Santo un héroe y mártir sacrificándose en combatir toda tiranía, pues no poco de aquél hay en estos, que son actos de abnegación y sacrificios los que elevan á santidad».

#### IV

Célebre higienista, Doctor Mantegazza, que en tan lejanas cumbres fué á desposar la flor del pago, confirmaba curaciones radicales sin recetar otra cosa que: «abra Vd. la boca».

— ¿Para admirar hermosa dentadura? — preguntaba vieja desdentada.

— No, para aspirar á pulmón lleno, aire puro de secos y confortables respiraderos.

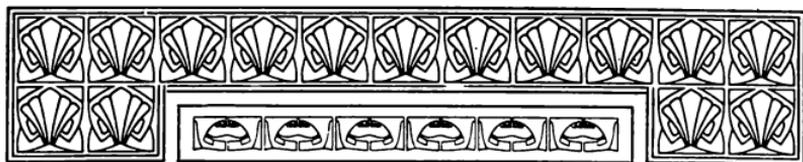
Más de un enfermo había llegado con sólo un pulmón, y si no regresó con dos, sí volvía hablando por los codos en prosa y verso, como el poeta Matta, quien de Catamarca á Copiapó siguió predicando la fraternidad de chilenos y argentinos, en discursos que resonaron igualmente en una de las más armoniosas liras de ultracordillera.

De antigua data hubo fábrica de Santos establecida en el Cuzco, coetánea á la célebre escuela de pintura quiteña, proveedora en Ermitas y sacristías de imágenes poco parecidas á original que nunca hubo el artista en su presencia. Cierta día que el señor del Mármol Ibarrola, comitente en el Rosario de la Casa sucursal de Alcorta amaneció con dolor de muelas, ó mal humorado, encargó á despachante novato, santiagueño más entendido en quichua que en envases, reembarcára una encómienda con sumo cuidado. Tan medroso anduvo por insistente recomendación, que

precipitándose en el subterráneo obscuro, atrapó el primer bulto de la estiba, cajón por cajón entre los de igual forma, para engañar vivos con muertos. Cambió el que contenía un ataúd con el de al lado, trasportando la viva imagen de un Santo por los fríos restos de un muerto, sencilla y naturalmente explicado así lo que milagro aparecía. Al fin se abrió la tierra para los despojos del valiente soldado, cantado por Mitre en sus «Rimas» y profundamente sentido por cuantos tuvieron ocasión de apreciarle.

De pie, como sus restos tantos años, muchos más quedaron triunfantes los principios que defendieron y sellaron con su sangre el bravo Coronel Vega y el Teniente General Mitre!

---



## Iglesia votiva

### I



ENTRE las diversas enseñanzas que entraña la historia de la manzana donde se ubicó la Iglesia San Telmo, no es la menos digna de recoger la que, cómo aun deleznable sentimientos suelen producir benéficos resultados. Ocasiones hay que hasta de males que nos afligen se extrae algún bien. No creemos sea permitido hacer matar toreros por caridad, como no ha mucho en la plaza del Retiro, ni que loterías, bien sean de beneficencia, conviertan en jugadores á vagabundos ú ociosos; pero verdad es que del temor á un naufragio surgió la fundación de la iglesia de nuestro cuento, la de Bernardinas en Salta y otras muchas iglesias votivas, Oratorios y Capillas.

Ya por los años de 1605 señalóse esa alta barranca para hospital, y desde el de San Martín, hasta el actual Patronato de la Infancia, en las transformaciones de la misma manzana hubo sucesivamente: cuna y escuela, taller de obreros, capilla, iglesia, residencia de novicios, hospicio, beaterio, manicomio, escuela de Medicina, sala de autopsias, cementerio, cárcel de menores, de mujeres, correccional y fábrica de cañones, en el mismo lugar donde hoy juegan los niños sin madre.

Mal consejero es el miedo, pero lejos, muy lejos nos llevarían las deducciones de todo lo bueno á que ha dado margen.

.....  
Fué el «San Telmo» uno de los más fuertes bergantines de la

matrícula de Sevilla, que á los ochenta días de zarpar del puerto (Sanlúcar de Barrameda) recia pamperada luchaba por estrellarlo sobre las breñas del Brasil.

Tres días sin comer ni dormir no eran los menores sufrimientos del pasajero de cámara, Señor Cevallos, pero si mayores las tormentas del alma, que le enflaquecían más que el prolongado ayuno.

La verdad es que tenía de qué asustarse ese devoto de la Virgen, cuando en su barco ensanchando íbase vía de agua durante una hermosa tempestad: el palo trinquete caía astillado por un rayo, y el mayor seguía gimiendo al blandirse, amenazando quedar en dos, ó en medio palo. En lo crítico de la borrasca, mandó el capitán aligerar la nave echando carga al mar, y al ir á arrojar el cajón de una imagen de talla, su dueño abrazado á ella, pidió no lo hicieran. Desesperado en su aflicción, rogaba á la Virgen de Betlem, á Nuestra Señora del Socorro, protectora de navegantes, á la Candelaria, á San Telmo, y encomendándose á todos los santos del cielo, hizo voto de construir una iglesia si salvaba de tan inminente peligro. Poco á poco, empezando á serenarse su espíritu y el mar, divisó en lo alto del mástil ese luminoso meteoro eléctrico que corona de resplandores intermitentes las puntas más elevadas, llamado por los marinos *fuegos de San Telmo*, y que los griegos suponían el espíritu de Cástor y Pólux bajando alrededor de las naves.

.....

Sólo una formaron mucho tiempo las dos manzanas entre calle Defensa, San Juan, Colón y Comercio. El primitivo hospital, que el plano de Garay señala contiguo á la cuadra de Mercedarios, trasladado á la huerta de Betlemitas, alejóse luego á la residencia de novicios de los jesuítas; pero si éstos se desprendieron bien pronto de enfermos, no así del terreno que rección á su expulsión reivindicó el Estado. Vendida con posterioridad su parte inferior, la poseyó hasta 1831 D. Tomás Fair, de quien la adquiriera el gobierno. Años después Rozas hizo donación de ella al doctor Lahitte, compensando sus gestiones diplomáticas sobre Tarija, que no reivindicó, enajenándola luego éste. Después de la caída de Rozas sobrevino pleito de reivindicación entre la Municipalidad, que sostiene ser primitiva dueña de cuanto

dentro del municipio se encuentra, y el Gobierno, desconociéndose autorización para la venta.

Este breve *litis*, que apenas cuenta medio siglo, le mencionamos sólo como dato ilustrativo en la celeridad de justicia, que sigue y seguirá por los siglos, no obstante la aprobación judicial del remate efectuado de esa barranca. Aquí, de donde salieron los últimos jesuítas, llegaron las primeras hermanas de Caridad, coincidencia como la de que, empezando por cementerio de sus primeros habitantes, se haya transformado en cuna de inocentes, donde exclamaciones y sonrisas infantiles sustituyen ecos de lamentos pasados.

## II

En cuanto bajó á tierra el Sr. de Cevallos, dueño del buque y cargamento, como de otros dos más pequeños que navegaban en conserva, dejándoles anclados dentro del *Arroyo de las Canoas*, al pie de la barranca, con la cabeza descubierta ascendía descalzo, seguido de marineros, llevádo el roto mástil á la capilla inmediata, arrodillándose allí á dar gracias por milagroso salvamento. Consultando con el señor obispo la más pronta realización de su promesa, fué aconsejado asociara su buena obra á la de los jesuítas, quienes donándoseles la imagen y limosnas ofrecidas, erigirían la iglesia votiva en aquella residencia de sus novicios.

No terminada la construcción, fueron éstos expulsados, y muerto Cevallos á mitad de ella, aunque filántropos como D. Melchor de Tagle la proseguían, poco avanzaba de la primera nave de San José, hasta que fué nombrado síndico el Sr. D. Juan de Lezica y Torrezuri. Ese rico comerciante al emprender viaje de regreso desde el Alto Perú, en la primera *Pascana* dobló su capital, ganando en noche de trueno á cuantos mineros allí pernoctaban barras, piñas, arrias, esclavos y muleteros. Venía de fundar iglesia en Yungas, reedificó en su tránsito la del Luján y concluyó aquí la de Santo Domingo. Fatigado de árduo y constante trabajo, hallábase en la casa señorial de Filipinas, frente á esta

última iglesia, cuando dedicó sus últimos años á concluir la de San Telmo.

.....  
 No fué el Seminario de *Regina Martyrum* la única piadosa fundación que recuerda la filantropía y virtudes de nuestro primer arzobispo y su familia, tan benefactora como D. Ignacio Bustillos y Cevallos, el abuelo de la Sra. D.<sup>a</sup> María Gertrudis P. Cevallos, madre ésta del doctor Escalada, primer Arzobispo argentino.

En 1797 se admitía por numerosas beneficencias al Sr. Sánchez Velazco, su esposa D.<sup>a</sup> María Magdalena Trillo y su hija María, en la Hermandad de San Pedro Telmo, á pedido del Regidor Fray Julián Perdriel y Superior provincial Manuel de Torres, de esta provincia de San Agustín, Orden de Predicadores, según el viejo pergamino que tenemos sobre la niesa. Un siglo después hubimos ocasión de encontrar allí una de las más devotas tataranietas de Sánchez y también del Sr. Lezica, hermosa Teode, en obra de caridad en el mismo sitio donde sus antepasados elevaron la cruz que extiende sus brazos protectores! Plácemes á la filántropa Señora Teodelina Alvear de Lezica!

Y aunque en esta como en otras ocasiones pretendian los jesuítas llevarse la palma, sólo plantaron jesuítas que no brotaron. No habían transcurrido veinte años cuando todos ellos naufragaron en tierra durante la noche del 3 de julio de 1767. El secretario del gobernador Bucarelli, Verlanga, el mayor González, D. Domingo Basavilbaso, su yerno D. Vicente Azcuénaga, el cajero del gobernador, D. Julián Espinosa y la compañía de granaderos del Fijo, bajo la más furiosa tormenta de agua y granizo, llegaron á llamar á la puerta de la Virgen de Betlem, é indicándoles caminito de expulsión, los buenos padres se quedaron en Belén.

El Sr. de Cevallos donó la hermosa imagen de la Virgen y el dinero para la iglesia de la promesa. El gobierno de Salcedo amplió terreno para ello. Contiguo al hospicio y su capilla, Tagle hizo construir casa de ejercicios; luego el Sr. Lezica, benefactor tan especialista en obras pías, y Pinelli, autor de planos de todas las iglesias de su tiempo, la concluyó. Todavía el Sr. Sánchez Velazco con tan cuantiosas limosnas cooperó, que le nombraron

síndico perpetuo. Pero he aquí cómo un jesuita cuenta á otro su mérito y servicios en la obra inspirada por el susto de un naufragio:

### III

«No podían los jesuitas del primitivo colegio acudir á todas partes, *ni al alto de San Pedro*, que una profunda zanja distaba del centro.

«Acertó á llegar de Europa, en 1734, D. Ignacio de Cevallos, caballero montañés vecino de Buenos Aires, trayendo una copia de la milagrosísima imagen de Nuestra Señora de Betlem que se venera en el hospital Antón María en la corte de Madrid. Llegaba con designio de erigir una capilla en dicho *alto de San Pedro* para colocarla, y auxiliar á los pobres. Aconsejóle el obispo que entregase la imagen á los jesuitas, que fundando en dicho sitio una residencia cumplirían el voto de Cevallos. Luego ellos sugirieron ofreciera una buena cantidad de dinero al contado, y otra mayor á su vuelta de España, adonde regresaría por diligencias de su fundación. Solicitóse del obispo y del gobernador las licencias respectivas, donando gran solar de dos manzanas, y mientras se recababa del rey licencia para el colegio, fué erigido el hospicio. Escribieron á Su Majestad el gobernador Salcedo, el obispo Arregui y el Cabildo, de la ventaja del hospital, iglesia y colegio, concediéndose después de muchos trámites, por cédula del 17 de septiembre de 1746, que al hospicio se agregara un colegio».

Pero la verdad es que la generosa piedad de D. Melchor de Tagle fué la que coronó la obra de munificencia del señor Cevallos, labrando á su costa contiguo al nuevo colegio, casa adecuada para ejercicios, y señalando fincas, cuyos alquileres costeaban los alimentos de ejercitantes.

.....

Justificase así el título de esta tradición; la iglesia votiva que tuvo por origen un susto, aislada por las continuas inundaciones de terceros, amenazada por el desembarco de invasiones

en el inmediato puerto, y víctima de incendio la nave primitiva de San José, todos los elementos obstacularizaron su ensanche, y ella, su manzana y barrio han pasado muchos años con el Jesús en la boca.

Más de una generación vivió allí en continuo susto. El primer obús «Mangoré», fundido en la sacristía, fué armado en batería sobre la cima de su barranca, temiéndose que atrajera el fuego de todas las escuadras, que arrasarian las casuchas diseminadas en su ladera. El escape de los dementes, tapiadas tuvo puertas y ventanas muchas veces, y las repetidas fugas de criminales en viejos claustros é insegura prisión (cárcel San Juan) dejaron sin una blanca á cuanta negra habitaba en aquellos tugurios del bajo, viviendo blancos y negros pálidos de susto en susto. Apenas hubo cólera, fiebre amarilla, epidemia ó peste alguna que no eligiera por foco aquel, de ninguna higiene, de locos, enfermos, presidiarios y pestilentes, en el mismo solar que la Caridad ha transformado en jardín de infantes.

Otra causa justificativa de *iglesia del susto*, que inquietaba de continuo el barrio, era haber sido la primera á que se concedió «derecho de asilo». Apenas hubo ladrón que no aprovechara de los que dormían á pierna suelta, con puerta abierta en largas siestas, para transportar sin la voluntad de su dueño cuanto encontraba, á los pajonales de la Boca. Con frecuencia esos discípulos de Caco entraban atropellando perros y beatas madrugadoras que á la del alba concurrían, misa á que se veían obligados cuando la justicia venía pisándoles los talones. También continuos combates de *elecciones*, tuvieron en acecho á estudiantes de Medicina hasta el año del incendio, en que se le quemaron los libros al cura. A causa de esa improvisada chamusquina, todo mal nacido ó peor casado, que dificultosa encuentra comprobación de partidas, declárase vecino de la parroquia, bautizado ó casado en época anterior á la desaparición de los libros parroquiales. Y en tan estrecho perímetro que espacio tuvo para tan múltiples instalaciones, lo hubo también para la fundación del primer obús por el ingeniero D. Angel de Monasterio. Antes que las doce Sibilas, colgadas hoy en la sacristía, presenciaran desde su alta galería las buenas obras de párrocos tan meritorios como el presbítero Fernández, víctima de su caridad durante la epide-

mia; el activo Flores, los ilustrados Duprat y Kiernan. En aquel recinto fué transformada en obús, la campana rota de tanto repicar el primer día de gloria (12 de agosto de 1806) previendo regreso de la escuadra española, cuyos buques bombardearon la ciudad en 1810, la noche del baile en casa de Escalada y Cevallos.

Hoy la beneficencia ha transformado el antiguo *alto de San Pedro*, y hasta su viejo mercado hase convertido en jardín: tan rápidamente prosperan en preparado terreno semillas de caridad.

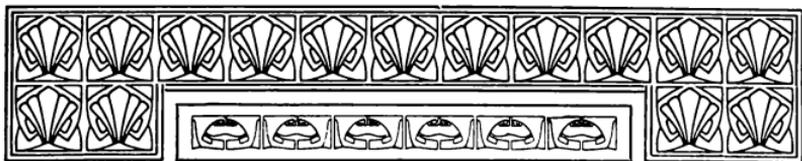
Yá la electricidad ilumina y aumenta su movimiento. Tranvías subiendo y bajando continuamente las barrancas que limitan el viejo local historiado, llevan vida y actividad al barrio ayer de los suburbios.

Los gentiles deificaban toda noble pasión, convirtiendo en semidiós al héroe que descollaba. Así, al más fuerte denominaron Hércules; á la mas bella, Venus; Marte al mejor guerrero; levantando templos á todas las virtudes: la Piedad, la Clemencia, la Prudencia, la Fortuna, la Esperanza, la Paz, la Concordia y la Victoria, también á Belona y al Pavor. Por los tiempos que tradicionamos, el más redomado pícaro pretendía chancelar cuentas con su conciencia, elevando un templo (no al Hércules negro, Caco ó dios del robo) aunque sí con el producto de contrabandos ó gatuperios mayúsculos.

No así la Iglesia votiva del honrado Señor de Cevallos, inspirada por el susto de un naufragio.

---





## La inquisición en Buenos Aires

### I



Los franceses contemporáneos se enorgullecen de haber enseñado la libertad al mundo, declarando los derechos del hombre al canto de: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*. Algo olvidadizos mal recuerdan que todas esas bellas cosas les llegaron de América, que los principios de 1789 ya se habían hecho carne, propagándose á los cuatro vientos con la libertad americana, repiqueteándose por la gran campana que llamó al pueblo á la Independencia en 1776, la misma que á su cumpliesiglo hubimos ocasión de besar en Filadelfia, reverenciada en la Casa de la Patria. y en cuya minúscula reproducción en bronce mojamós la pluma con que trazamos estas páginas.

Sin embargo de ponerse en duda si en esta capital del virreinato funcionó la Inquisición, por más que el general Mitre obsequiara á nuestro celebrado numismático Rosa el mismísimo sello del Santo Oficio, relieve en hierro de fray Pedro de Arbués gran Inquisidor, y agregar el historiador Domínguez que los instrumentos de tortura fueron mandados quemar en la plaza pública por mano del verdugo, no es el Sr. Antonini el único que declaró haber recibido tormento. De una á otra referencia deducimos para nuestro coletó, que si no hubo Inquisición permanente aquí, fué porque el ensayo salió mal.

Vino la Inquisición con todos sus adefesios de tortura: ruedas, embudos, perchas, tirantes, braseros, rondanas, cabrias, inquisidor mayor y corte infernal de familiares, crucifixeros, denunciantes, y aunque contradictoria aparezca esta intermediación de la *libertad* al potro de tortura, explícate que si no en un mismo barco vinieron, en un mismo año aparecieron. También podría esta tradición llamarse: «La libertad en camisa, ó sin ella» medallita revolucionaria con su efigie, que tanto encocoró á ministriles, alcabaleros y alguaciles, trayendo muchas noches al Excmo. Sr. Arredondo sin que le llegara la camisa al cuerpo.

## II

Saltaba de su lecho un buen día este virrey, en mañana de poco frío, tiritando, no de éste, sino por el sinapismito recién llegado de la corte en que reprendía el conde Lorena su incuria y poco tino, advirtiéndole que el Rey estaba noticioso de que entre los géneros comerciales de mercería fina, como en relojes, tabaqueras, medallas y monedas, grabado venía el busto de una hermosa mujer con el cabello suelto y el gorro frigio. Lo más horripilante era que la francesa llegaba parlotando cosas nunca oídas y frases tan subversivas como la leyenda que de su boca salía: *Libertad americana*.

Y á medio vestir, pues si la Libertad se introducía en su aposento con toda libertad, casi desnuda, el virrey la recibió en gorro de dormir, tomando la de ganso escribió precipitadamente al señor Gobernador, Subdelegado de la Real Hacienda en Montevideo, para que «estrechára su providencia en los puertos de su mando, cele con la mayor vigilancia no se introduzca especie alguna de moneda, dijes ó medallas que tengan alusión á la Libertad de la Independencia Americana, cuya propagación pudiera ocasionar muchos perjuicios á la tranquilidad pública, haciendo reembarcar cualquier cosa que représente tales objetos, recogiendo con prudencia y sin dar á entender el motivo, las que se hallaren esparcidas en monedas, alhajas y relojes, que contengan señales alusivas».

Bien creía haber desempeñado su vigilancia el Sr. de Arredondo, cuando á poco de recibirse su sucesor Avilés, sacando una medallita del bolsillo que obtuviera al pasar por Montevideo, dijo: «A pesar de tan decantada vigilancia, se las han pasado bajo las narices de Su Excelencia, igual efigie á la tapa interior del reloj que me envió el Sr. Alzaga á la Colonia.»

Siendo éste alcalde de primer voto, seguía el hilo de sumario, pidiendo autorización para trasladarse con los miembros del Cabildo que iban á saludar al nuevo virrey, y no consiguiéndola por sospecharse á lo que iba, le envió un obsequio del que poco caso hizo Avilés. Pretendía congraciarse, pues que el anterior no dió importancia á su requisita inquisitorial, si bien, por no aparecer más tibio que el Cabildo, había tolerado que se paseara en burro y con un sambenito, en contorno de la plaza, al francés Barbarín, sin aclararse más en el motín de los franceses, de ingrata recordación.

Pero como no era cosa que se amojosaran los flamantes instrumentos de tortura en subterráneos tan próximos á D. Santiago Antonini (francés y relojero), entre cuyas mercancías aparecía la caja de rapé secuestrada por un negro esclavo de Alzaga, si no le puso sobre el potro de tormento, para arrancarle confesión, sí le hizo dar de mano, le tomó los dedos, las uñas, y poniendo sus yemas bajo el torniquete, ensayó el primero de los grados de tortura sin obtener nada del torturado.

### III

Y aquí viene de molde parrafito histórico de lo que era la Inquisición, que si no llegó á funcionar más entre nosotros no fué por falta de penitenciados en el Virreinato, sino porque el tribunal del Santo Oficio, instalado en Lima, comprendía su jurisdicción desde Santa Fe de Bogotá hasta Buenos Aires, y Santa Fe del Paraná, incluso Chile. Así la monja Carranza, doña María de la Cerda y Badillo, por hechicera, como el infeliz juijeño D. Agapito, no fueron los únicos argentinos penitenciados en Lima. Todos caían, hasta obispos y arzobispos, pues Luna

Pizarro también fué denunciado, y hasta el mismísimo Rey de todas las Españas fué citado, que no tuvo la previsión del astuto virrey del Perú, quien al comparecer ante el tribunal entregó su reloj al gran inquisidor, saludándole con estas palabritas: «Queda rodeado el convento de cañones con la orden de que si antes de cincuenta y nueve minutos no salgo, arrasen toda la manzana, sin dejar uno vivo.»

Parece que después de la chamusquina del Inca Tupac apremiaron las requisas por todas partes, á punto de que cada dedo se les antojaba revolucionario, y apetito erótico tal despertóse de pronto en nuestrás marisabidillas de las provincias de arriba, que sólo en Tarija pasaron de una docena, denunciadas por haberseles encontrado las *Cartas de Abelardo y Eloisa*, *Voltaire en camisa*, ó *Venus sin ella*, estampas al natural, con el traje de Eva antes de pecar. Por guardar libros prohibidos eran condenados los más, comprendido en ellos hasta la *Historia de Federico de Prusia*, secuestrada al padre del coronel Moldes, émulo de Pueyrredón, á quien pretendiera suplantar. Ya en las postrimerías del pasado siglo, olorcito revolucionario extendíase por todas partes, y torniceros é inquisidores no daban abasto desde la ciudad de los Reyes. Acompañando á éstos, llegó el fiscal del Santo Oficio con el secretario del secreto, receptor, calificador, consultor y procurador, que abogado y médico se agregaron de esta matrícula, y como todo era secreto en aquel terrífico tribunal del Santo Oficio, no revelaremos después de cien años los nombres de esos solícitos cristianos que tanto daño hicieron á la cristiandad.

La Revolución asomaba las orejas, y preciso era dejarla reyuna ó *patria*, como luego á los caballos de la Patria. La aterradora calesita verde no llegó á rodar en estas calles: pero no fué Barbarín el único que llegó á salir montado sobre bestia de albarda y vestido de sambenito en el castigo de los portugueses y conspiración de los franceses, abjurado, en procesión de desagravio.

Al denunciado se aplicaba la tortura para que declarase lo acusado, ante el inquisidor y el secretario, bajo la obscura cámara del tormento; los torniceros aplicaban el de la garrúa, el potro ó el fuego para que declarase la verdad, y declarara ó no, el resultado era el mismo. Contadas veces salía la víctima sobre

un caballo blanco con la palma de inocencia, sino lisiado para toda la vida. No eran para menos las caricias del potro de tormento, sobre el que, amarrada boca arriba, le metían una cinta que introducida por el agua del embudo, producía en la garganta tales náuseas su desesperante cosquilleo, que le ahogaban lentamente.

Colgaban á uno con cien libras de fierro en los pies, dejándole caer sin llegar al piso hasta en doce estrepadas, que le descoyuntaban, ó barnizaban sus plantas con grasa poniéndole sobre un brasero. Hasta por tres veces se repetían estas torturas y *refinamiento de ternura* en los conquistadores: la hora oficial de que no podía pasarse en España, en esta tierra en que el tiempo no vale nada, se contaba por cinco cuartos. Exceptuábase del tormento á las mujeres, pero á las pobres hijas de América no tocaba tal excepción. El año de la libertad de vientres (1813) fué abolida la Inquisición en España; mas los tormentos iniciados con Atahualpa, perfeccionados para el último Inca, Tupac-Amarú, en el virreinato de Buenos Aires, tuvieron su postrer repetición en vísperas de la última batalla por la Independencia.

Aun después de haber sido sus primeras víctimas en la Argentina Antonini y Barbarín, fué denunciado en Jujuy (1809) D. Francisco Casajús de guardar una estampa pecaminosa, y en 1818 se acusó á la tarijeña Ana Díaz por conservar libros prohibidos, ante el mismo tribunal que compareciera el poeta Olmedo, sindicado de haber leído obras de Voltaire.

Reduciendo á lo que por estos barrios ocurrió, abreviaremos.

#### IV

Caviloso andaba el Sr. D. Martín de Alzaga, cuya fortuna le colocaba entre los más ricos de su época, é inquieto le tenía el descubrimiento de una revolución, que sin duda sólo existía en su mollera. Como su conspiración del año nueve, huera resultó la anterior. El ricohome pretendía acreditarse más godó que el rey, bien que nada justificó el susto del Cabildo eclesiástico trasladando el sagrario de la Catedral, ante chisme de la vengativa ex

querida de un francés, denunciando que volaría la Catedral. Pero como para comprobar conspiración, preciso era inventar conspiradores, echóse mano al francés de la relojería más inmediata á los calabozos de la Inquisición.

Cuando el alcalde solicitó de la Audiencia se desdoctorase al Abogado defensor de los acusados, Don Tomás Valle, solicitó éste primero se desinquisicionase á los que se aplicaron tormento por sólo el testimonio de dos negros bozales y una china charlatana declarando merendonas de franceses que concluían con brindis por la Libertad. Alzaga refiriéndose al proceso, agrega: «Se acercó la ejecución de tormento mandado dar á los reos que se consideraron grabados con indicios más vehementes» y enseguida: «Se hizo público el estado de perfecta salud que tenían después del tormento, sin lesiones ni damnificación la más leve en sus miembros».

Si esto aconteció en la primera y segunda rebusca de víctimas apropiadas, qué estrupicios se perpetuáran en el motín de los franceses y revolución de la medallita á haberse descubierto siquiera una semiprueba. En el dictámen fiscal (expediente reservado) del mismo Doctor Herrera se lee: «No probados los hechos imputados á Despland y Blond, como tampoco la insurrección, opina que sólo podrá desterrárseles. En cuanto al Alcalde debió haberse admitido la recusación, y sobre el defensor Doctor Valle que se le apereciba guarde estilo testando lo referente á Alzaga, que le tiene por odioso y sospechoso en esta causa y sus incidencias». Confirmado todo ello con las manifestaciones al pie del patíbulo del autor de imaginarias conspiraciones resultan dos y tres torturados, si bien tan caritativamente según lo lamenta Alzaga.

Muchos años después, cuando concurríamos á la escuela de D. Juan Peña (frente á la Botica de los Angelitos), al regresar en las tardes de verano, encontráramos chupando mate al grueso Sr. Antonini, en mangas de camisa, tomando campo ó aire á la puerta, de codos sobre la media hoja inferior cerrada, en la antigua relojería heredada de su señor padre, bajo el noviciado de los jesuitas, á veces conversando con el Sr. Masculino, buen mozo dandy del barrio, sobre su caballo chileno, más braceador que el del Dr. Escarranea; otras, en charla de vecindad con el latero de la cuadra, Miseretti, llamando siempre la atención de

los escueleros que miraban con cierto pavor al hijo del *inquisicionado*, como lo apodaba la anciana de los altos en la esquina, madre de nuestro poeta Ventura de la Vega.

## V

Si se criticara esta tradición de que no justifica su nombre, por dejar la conspiración en el tintero, en puridad de verdades, confesaremos que no hubo conspiración, y casi casi ni franceses, bien escasos en el pasado siglo por estas regiones. Los más notables asiduos eran en casa de las Vieytes, por ser de las pocas niñas que mejor pronunciaban ese idioma. Más tarde M. Forest, coronel distinguido en los ejércitos de la patria, desposó á una de las señoritas de la casa. Otro caballero francés falleció prematuramente, siendo novio oficial de la mayor de las hermanas, y Antonini y Barbarín fueron de sus frecuentadores.

Otra más grande que la Catedral abortó por aquellos tiempos, conspiración de los jesuitas, desde que perdieron su reinado en ésta, para hacer saltar las colonias, facilitando su escape del trono de España. Así, desde antes de secularizarse jesuitas quedados en Montevideo, Lima, Méjico, llegábales de cuando en cuando como *santo* y *seña* ó palabra de orden para levantamiento medallita revolucionaria, cuya historia es la siguiente:

Obtenidas por los norteamericanos las primeras victorias (Saratoga y Jorkwon) en lucha por su independencia, aquel sabio hijo de América que «arrebató el rayo al cielo y el cetro á los tiranos», mandó acuñar en París (1783) medalla con busto de una hermosa mujer, cabello suelto á la izquierda, asta de la Libertad y gorro frigio sobre el hombro derecho. Llevaba la fecha del 4 de julio de 1776, y por leyenda *Libertas América*. Lluvia de ellas empezó á caer en Méjico, Perú, La Plata, como aerolitos, y fué esto lo que encocoró el real ánimo de Su Majestad. Según el testimonio del Dr. Lamas, citado por el numismático Rosa, desde mucho antes de la imaginada conspiración apareció en el Plata la medalla de la Libertad Americana, pues ya en junio de 1789, persiguiendo una, entró el gobernador de Mon-

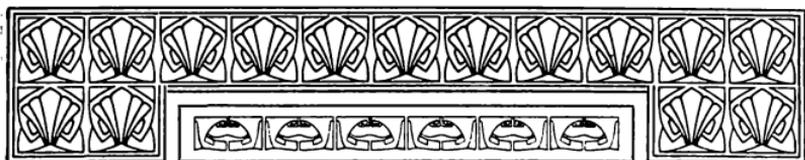
tevideo, rodeado de escribas y cartularios, á la habitación de Vidal, hurgoneando su correspondencia con D. Cosme de la Cueva, ex jesuíta, como el anterior, sin llegar á descubrir la hermosa americana, agazapada y muda entre las hojas de un misal.

Tal fué la «conspiración de los franceses» sin franceses, ó la «revolución de la medallita» que vino á remover el pandero. El soberbio Sr. Alzaga, que no llegó á virrey, aspiraba á ser Rey bajo la denominación de Martín I; y en odio á los nativos, para recomendarse por su celo, inventó motín sin amotinados, y sin llegar á la altura de Iturbide, emperador mejicano, sobrepasóle en la de horca, por ser la suya más alta.

Enseña una vez más esto, que magistrado ó simple particular, ya se hallen en bajo nivel ó en las alturas, deben siempre proceder con justicia y rectitud. Por ocultos que parezcan sus procedimientos, entre sombras ó en las profundas entrañas de la tierra, tarde ó temprano salen á la superficie. ¡Siempre el crimen deja una huella sobre la tierra y una sombra en la conciencia! Procediendo con todo sigilo el alcalde, no faltaron, quince años después, tres personas que estallaran de ira en la plaza pública.

Más de dos y tres penitenciados comprueban el proceso reservado con anotaciones del Alcalde de 1.<sup>er</sup> Voto, que confirman la escena referida al pié de su patíbulo.

---



## El Baile de Chacabuco

### I



AS 11 eran en la fría mañana del jueves 12 de Febrero, cuando el general San Martín, al detener su caballo sobre una pequeña eminencia, desembocando la cuesta de Chacabuco, dijo al ingeniero Arcos, que le seguía:

— Haga clavar aquí un palo, para que, al levantar la señal prevenida de empezar la batalla, indique el punto del cuartel general.

No encontrando uno á mano, sacó la barreta de minero entre las coronas de la mulita carguera, á la que amarró una larga lanza el baqueano Estey, que regresaba de bombear el campo enemigo hasta la capital.

Instruído por noticias que los amigos en Santiago comunicaban, se izó bandera colorada, empezando la danza de cuadrillas y contradanzas. Pero no son del baile á cañonazos, — por demás conocidas sus peripecias, — los recuerdos de esta tradición, sino del que al jueves siguiente, también el cañón llevaba el compás al frente, se realizó de la casa de Don Felipe Santiago del Solar en cuyo fundo se ubicó la victoria.

.....

Desde temprano encontrábase adornada de luces, flores, banderas y populachería de «rotos». En la calle, una batería de corto calibre, saludaba la entrada del general O'Higgins, recién aclamado Director, la de San Martín y los jefes de mayor graduación que iban llegando.

Toldados amplios patios con velas que de embarcaciones en Valparaíso se habían traído, alcanzaron éstas para alfombrar el pavimento. Artísticas arañas improvisadas en círculos concéntricos de bayonetas, colgaban por todas partes; festonando verdes guirnaldas ondulantes, puertas y ventanas, y entre multitud de espejos en toda forma y colores y transparentes de brocha gorda del pintamonas maestro Mena, letreros alusivos: «Al Libertador de Chile», «Al salvador de la Patria», «A los vencedores de Chacabuco».

Bizca quedaba más de una mirona ante el resplandor de mediodía á media noche, que ni siquiera dejaba la penumbra deseada para el «rincón de las confidencias». Tras improvisado quiosco de ramajes en flor, dos orquestas alternaban minuets, danzas y contradanzas, á más de otra pequeña orquesta volante que recorría sitios intempestivamente, interrumpiendo apasionados coloquios, dúos y aún tercetos en los que sobraba uno.

La flor de Chile, el todo Santiago, congregaba esa fiesta de la reconquista, en que las más entusiastas habían convenido concurrir coronadas de flores y los caballeros cubiertos del gorro frigio, con cintas celestes y blancas que el Coronel Beruti, iniciador de los colores de la patria, repartía allí como en la mañana de Mayo en la plaza de nuestras victorias.

En tan perfumado ambiente de simpatías hallábanse representadas la familia de las «ochocientas» (Larrain), las de Vicuña, Eizaguirre, Toro, Zañartú, Bulnes, Lorca, Valdez, Vila, Amunátegui, Bascuñán, Huerta, Vergara, Vargas, Aldunate, Errázuriz, Elorriaga, Prieto, Santibáñez, Arteaga, Centeno, Gandarillas, Rosales, Del Solar, Astorga, Figueroa, Riquelme, Alemparte, Baquedano, Ovalle, Caxijal, Gana, Gormaz y Correa; atendidas y cortejadas por jefes y oficiales tan gentiles como: Alvarado, Melián, Lavalle, Guerrero, Suárez, Pedernera, Correa, Corvalán, Pacheco, Crámer, Conde, Ramírez, Saavedra, Quintana, Castillo, Nazar, Conde, Arriola, Pereyra, Arcos, Éscalada, Medina, Pico, Videla, Suárez, Díaz, Espejo, de la Plaza, Rodríguez, dos Necochea, tres Olazábal, cuatro Martínez y otros doscientos chilenos y argentinos.

San Martín, del brazo de O'Higgins, paseaba entre las parejas, recibiendo ya una flor, una sonrisa amable; ora deshojando flores

de galantería y de *sprit*, pocas veces tan expansivo como ante aclamaciones á su paso, por el éxito de su empresa cuatro años preparada con tesón genial.

El general Soler, descollaba su gentil silueta, rodeado de oficiales, al lado de Vera, a cuya inspiración debióse el primer himno de Chile, tan retacón como Zapiola, el más pequeño granadero que á las órdenes de Balcarce seguía persiguiendo chapetones. En otras salas, coloquios en tan grata noche empezados, continuaron sin concluir, sino con sus días: las señoritas de Spano, Larrain, Melian, siguiendo á formar un hogar feliz en la Argentina á Guido y Las Heras; á la vez que Blanco Encalada, Saavedra y Rivera no salieran, que allí quedaron prolongando el nombre argentino en tierra chilena.

## II

Media noche era por filo, cuando se detuvo la danza dirigiéndose la concurrencia al ambigú, en amplia mesa de mantel largo en el patio, adornada de botellas de todos los colores y manjares de todos los sabores. Entre platos y fuentes de plata maciza, recientemente extraída de prolongado entierro, por las dudas, en tiempos de conquistas y reconquistas, centelleaban los ricos vinos de Chile, cuya fama acrece desde entonces. Asomaba el pavo relleno de pico dorado, no lejos del cochinillo con pequeña naranjita en el hocico, alternando el jamón de Chiloé, con el almendrado de las monjitas; coronillas de huevos quimbos, quesitos de chanchó, aceitunas ralladas con ají, cuyos picantes amortiguaban el chacolí de Santiago; vino asoleado de Concepción, y especiales platos de la succulenta cocina chilena; vinos de la tierra y el rey de los aguardientes: el pisco y pisquito encocorador, que en Chile siempre se supo comer en todo tiempo y también beber, en alguno más.

Fray Beltrán, que andaba en fiesta con Capellanes del ejército en el extremo inferior de la mesa, viendo entrar al señor Arcos, saludándole con la copa, dijo: «Brindo por el ingeniero que clavó la barreta de San Martín en el solar de Del Solar.

Porque ese mojón de la victoria, que celebramos, punto de arranque señale para proseguir la cruzada de la independencia americana».

No obstante hallarse en esa hora, más que en otra alguna, argentinos y chilenos á partir un confíte, aconteció una de rompedos, de amena recordación.

Rodeado el general San Martín de su Estado Mayor — Hilarion de la Quintana, Escalada, O'Brien, Diaz, Aguirre, Reyes — alzó su voz y la copa, y en frases expresivas de lacónico y enérgico brindis, y en actitud de arrojar la copa en que bebía, por la prosperidad de Chile y la independencia de América toda, dijo: «Solar, ¿es permitido?» — «Cuanto hay en la mesa es para romper» — contestó el anfitrión. Y estrelló el cristal, para que nadie pudiera profanarlo con otro en frases y contrarios pensamientos. Imitando al héroe de Chacabuco, desde aquel momento no hubo brindis sin romper copas, quedando el suelo verdadero campo de destrucción, esparcidos tantos fragmentos de copas, vasos y botellas, como por puertas y ventanas el estampido de cañonazos no dejara vidrio entero.

Siguieron calurosos brindis, distinguiéndose la elocuencia de oficiales chilenos: Borgoño, Freyre, Calderón, Campos, Elizalde, Guerrero, Vidal y Amunátegui. En un intervalo de silencio, la voz áspera, pero afinada de San Martín, que desde transmontar el paso de los Andes no había dejado de ser un instante objeto de aclamación, entonó el himno argentino, coreado por numerosas damas y caballeros. Finalizando el eco suave y armonioso de las primeras patriotas, oíase acercando, «piano, piano», rumor de pitos y tambores que sonaban á dianas de gloria. Era la banda lisa del batallón de negros, que el mayor Martínez (Don Enrique) hacía venir del campamento inmediato.

El señor Del Solar pidió venia para introducir la banda, á fin de que se confundiera en la alegre fiesta de fraternidad el son viril y majestuoso de estos instrumentos, que á todos llenaba de entusiasmo, aún á las matronas más ancianas.

Y como todo baile tiene comentario, no faltó el que hasta nosotros ha llegado:

Noches después, en el estrado de rumbosa casa solariega, felicitando San Martín por el éxito de la fiesta en su honor, se permitió observar á la dueña de casa, agregando:

— Pero, mi Señora Merceditas, en las circunstancias actuales, acaso convendría no ostentar tanto lujo en trajes y alhajas, como en la noche del baile las ricas damas de un pueblo pobre.

— Tal vez, General, pero como Vd. viene del otro lado de la Cordillera, acostumbrado á ver pobres mendocinas, no es extraño parezca á Vd. excesivo que las que tienen joyas, usen de ellas.

— Es verdad, mi Señora; las cuyanas, según oigo llaman aquí á mis compatriotas, han quedado pobres, porque ofrendaron todo, hasta sus últimas alhajitas, para equipar los soldados que nos acompañan!...

### III

Diez años más tarde, cuando la ingratitude humana no dejó de herir al Gran Capitán, de quien no sólo la Argentina, Chile, Perú y Ecuador fueron testigos de sus hazañas, desandando el mismo camino que había pasado sembrando laureles, al voluntario ostracismo, cuya abnegación le honra, entró á la pequeña Capilla que conserva reliquias de pasadas glorias. Allí encontró al promotor del «baile de Chacabuco». El historiador de San Martín elogia en sus páginas la constancia y consecuencia con que le ayudara Del Solar en su empresa, cuyo paso de los Andes juzgó el mariscal Moltke, de mayor pericia y estrategia militar que el de Napoleón al través de los Alpes. Conduciéndole al patio de honor en su antiguo «fundo», le enseñó la histórica barreta que ha quedado señalando el punto de marcha de los ejércitos que dieron la independencia á las Repúblicas del Pacífico. Enfermo, pobre y abatido, una lágrima del Gran Capitán fué allí su último adiós á Chile.

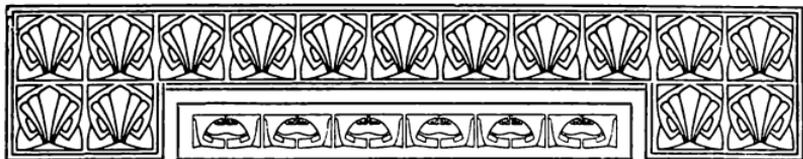
.....

Muchos inviernos transcurrieron, cuando el general Mitre fué á estudiar el campo donde un gran general ganó una gran batalla. Su actual propietario mostró al historiador la reliquia veneranda, pues los monumentos deben conservarse, más por lo que simbolizan que por lo que valen.

Sigue allí «la barreta de San Martín», rodeada por reja entre cuyos fierros florece la silvestre margarita y la eterna siempreviva, como deseamos reviva por siempre dentro y fuera de Chile, la fraternidad chileno-argentina, cuyas primeras semillas, cayendo en surcos abiertos al rodar sobre tierra chilena cañones argentinos, regadas fueron de sangre en Chacabuco.

En araucano la palabra «Chacabuco», significa: despejar, allanar, franquear camino, y abierto quedó por allí el que estrecha la fraternidad americana.

---



## La Botica más antigua

### I



N visperas de su centenario, sin salir de la familia Amoedo ni de su ubicación, bien merece recordarse la botica que en tres generaciones ha seguido aliviando vecinos, convecinos, y cuantos dolientes acudieron a sus puertas, de par en par abiertas á la caridad.

Por muchos años, en aquellas apartadas alturas del «alto de San Pedro Telmo», no se divisaba otra botica que la anexa al hospital militar de San Martín, antes que fuera aquella, casa de locos; á cuya aparición cambió de nombre por el de «Residencia».

Si no desde el primer médico, don Manuel Alvarez, que en 1601, sin diploma facultativo, por espontánea facultad ejercía la de curar dolencias no incurables, se leen sí, en su «Recetario» firmas de los profesores de mayor nombradía. Es la más añeja la de don Miguel O'Gorman, pegapiernas que trajo el «virrey de los tres sietes». Cevallos, quien, en el último asalto á la Colonia del Sacramento, 1777, más brazos entablilló que los destrozados por el cañón portugués. A la de ese cirujano, que llegó á ser protomédico, siguen las firmas de don Cosme Argerich y de tres generaciones de este fundador de la Escuela de Medicina; la de don Justo García Valdez, celebrado cirujano catalán, como don Salvio Gaffarot, otro catalán tan distraído, que al acabar de firmar recibo en la casa que edificaba al lado, entró de paso á

signar r cipe sobre el mostrador de la Botica de otro Salvio Marull, frente al Colegio de los jesuítas: «Aplicar cinco mil ladrillos bien calientes sobre el vientre», cataplasma que levantaría apilamiento tan alto como la torre vecina, con ser la más elevada en la ciudad de las torres:

Sus más viejos libros archivan firmas de tres generaciones de médicos Fernández; otras tantas de Almeyras, Alvarez, Montes de Oca, Bosch, Cuenca y Rawson, Ortíz, Vélez y Brown, antecediendo, y siguiendo las de Fortela, Alcorta, Martín García, Albarellos, Drago, Malaver, posteriormente Salvarezza, Claudio Mejías, Reynal, Videla, Ocantos, Lucena, Soler, Bedoya, José Ma. Casullo, Ballesteros, Perón, Gallardo, Aráoz, Zapiola, Díaz de Vivar, Larrosa, Blancas, Baca, Malf o, Pirovano, Wilde, Güemes y más de los catalogados en la «Historia de la Medicina Argentina», de Albarellos y Mallo.

A su aparición empezaron   disminuir comadres y comadrones, curanderos, manosantas, empíricos y charlatanes, que recibaban como s nalotodo, purgantes, untos y friegas, y aun la salvadora sangría, anterior al pan quimagogo de Martínez, tan ineficaz como la homeopatía.

## II.

All  por los «tiempos de la pajuela», con un poco de agua del pozo y dos ó tres «simples» (en ocasiones bastaba uno, cuando las vecinas eran más simples), establecían despachos   mero-deadores   pie, repartiendo cepa-caballo, barba de choclo, zarzaparrilla, amapolas, manzanilla y otras hierbas recogidas entre zanjitas de las quintas de Rivadavia y don Vicente Anastasio Echevarría, cuando no andaban fantasmas como «La viuda», «El chanchito», «El cuervito», «Juan Cuello», «Juan sin miedo» y todos los malos Juanes que hicieron más víctimas que la hierbamala y las Juanas Tenorias.

Dieron muerte luego á los restos de esos socios de la muerte, boticas y farmacias hacia todo rumbo establecidas, generalmente en esquinas frente   Iglesias, aun ndose doble dispensario

con el de remedios para males del alma. Síguele en antigüedad la botica de Cranwell (1828), de Bosch, Pazos, French, Torres, Wolf, Demarchi, Puiggari, de Neyer (botica del León), del Indio y botica de los Angelitos, de la que, retirado don Juan Dillón, se convirtieron esas almas de Dios en zapateros. Aunque no tenemos noticia se use calzado en el cielo, de mejor empedramiento que en esta ciudad en la cual nunca terminan sus remiendos, puede leer el pasante: «Zapatería de los Angelitos», frente á la antigua escuela de don Juan Peña.

Ni debemos dejar en el tintero, ó en el almiraz, la botica de «El Mortero Dorado»; la no menos afamada «El Fénix», la de Sanrairo y que sesenta años ha fundara nuestro caro camarada Miguel Gallegos (Parque y Suipacha) de ejemplar abnegación y constancia en los esteros del Paraguay.

Si ésta no tuvo ocasión de ser frecuentada como la primera, por químicos del renombre de Parodi, Perón, Arata, Puiggari, Quiroga, entre sus contertulios supo aparecer don Bartolomé Mitre, quien se descubría allí al pasar por la casa del frente donde nació, para su gloria y la de la Nación.

Tan limpia la de Amoedo como tacita de plata, estante ni pasante alguno llegó á levantarse con sinapismo pegado en la asentadera, caído al descuido en sillas de sucias boticas; ni dependiente novato despachó hemético ó veneno por distracción á devotas matinales que á vuelta de misa entraban á echar un párrafo con el nuevo mancebo, sobre todo si era listo y buen mozo.

Delante el lustroso mostrador, noche á noche remudáronse en muchos inviernos, contertulianos infatigables, desde don Pedro Feliciano Cavia, «diputado cataplasma», cuya casa en que falleció, donde se estaba se está (Tacuarí 846); el «doctor Oxígeno» (Pazos), don Silverio Ponce de León, el «Diputado Almorranas», Burzaco, López Seco, don Francisco Rincón, don Pedro Pablo Udaquiola, hacendados del Sur, quienes al retirarse ya ricos á la ciudad, lo primero que adquirieron fué casa en el barrio de la Concepción. Entre otros numerosos vecinos respetables concurrían Aldama, Goyena, Vivas, el canónigo Marín, Casavalle, Cárdenas y don Fernando García del Molino, que fué largo tiempo piedra angular de esa tertulia de tresillo. Otros mu-

chos recibieron allí remedios físicos y morales, expansiones en el seno de la confianza en amistad á la antigua. Primó largo tiempo también la suave y persuasiva palabra del virtuoso párroco doctor don Víctor Silva, notable entre los condiscípulos que con él asistieron al curso de filosofía dictado por el doctor don Diego Alcorta (1834) y donde los señores Amoedo, farmacéuticos y médicos, se codearon con Frías (don Félix), Domínguez, Ugarte, Ureta, Font, Gaffarot, Obligado, Irigoyen y el mismo Silva, en cuyo honor Florencio Balcarce cantó el día de su ordenación, el canónigo García Zúñiga y su sobrino de la Torre, quién heredó el curato de la Concepción y la misma silla en la botica de en frente.

### III

En absorbente cosmopolitismo que transforma usos, voces y costumbres, vanse desvaneciendo hábitos de antaño. Viejos repetidores, calentándose alrededor de la «copa de bronce», anterior á la introducción por los ingleses de la estufa y el thé, comentaban nuestros abuelos en la rebotica, lo que de los suyos oyeron, tejiendo así la tradición oral antes de la invención de «La Gaceta», cuyas mentiras discutían más tarde, levantando caústicas murmuraciones y más ampollas que los picantes sinapismos preparados tras el mostrador.

Trás sostenidas discusiones sobre si la Santa del barrio, fundadora de la Casa de Ejercicios, madre Figueroa, que se repetía haber muerto en olor de santidad, venían otras sobre pinturas, pintores y pintadas, de que eran contendores don Bernabé Demaría, furioso apasionado de la escuela sevillana, y el señor García, su émulo triunfante por inimitable parecido en los retratos. En el estudio de uno y otro resaltaba no sólo el colorido, sino el colorado: cintas, divisas y testeras de hombres y caballos; moños, cintillos, paletas y abanicos coloreando todas las paredes, como en puertas, rejas y ventanas el vivo rojo, impuesto por la Santa Federación de que ambos fueron partidarios. Predicaban entusiastas que pueblo tan díscolo como el que desde el año veinte

al cincuenta voceaba insurrecciones en plazas y suburbios, exigía un poder fuerte para sofrenarlo. Con referencia á tan ferviente apasionado del dictador, recordaremos á la postre cómo en Londres, Rozas, y lo más increíble, después de muerto, presidió un banquete de argentinos, por añadidura de filiación unitaria. Encuéntrense aún adeptos á escuela tan funesta. Y aún en la política militante, a cierto ministro, que repitiendo necesitarse hombres de fuerza y muñeca para enderezar el pandero, se le propone inicie candidatura presidencial del negro boxeador Jhonson, el más fuerte puño que acaba de arribar!

Allí se discutía de todo, con excepción de libertades públicas que la tiranía había suprimido; de religión ó libertad de cultos, de educación, ó del progreso, largos años estancado, ni de exportación, ni de inmigrantes! Fuera de esto, se charlaba de todo, que de todo se encontraba allí como en botica, y si había algunas bocas cerradas, otras accionaban, gritaban y hablaban por los codos. Al grito del sereno: «las once han dado y «nublado», dispersábase la pacífica tertulia y con un «buenas' noches» cada mochuelo á su olivo, trancaban puertas, apareciendo la lucecita en la ventanilla de la trastienda, señal de que por allí se despachaba en altas horas, cualquier remedio urgente.

Cuántas veces solía oirse recado como éste: «Dice mi amita me dé cuatro reales de thé para remedio», ó «un poco de éter, que á la mulata Emiliana le ha dado la pataleta, por caricias conyugales de su cabo de la Comisaría». Con frecuencia la vieja mandadera de los Ejercicios: «De parte de la Madre que preste la «ayuda», por hallarse en «apuros». Contestando el dependiente medido dormido: «Toma, devuelve la jeringa cuando acabes de jeringar».

No obstante la seriedad de los señores Amoedo, no siempre les fué dable entre numerosos dependientes, librarse de algún mancebo de fàrmacia andaluz, que si no despachaba recetas á son de guitarra, si, entre zalamerías y ternezas á mandaderas matinales, apresurándose aplicarlas en nocturnos cantos de vihuela, serenatas á la reja, cuando los balcones no habían llegado por barrios apartados.

Largo tiempo en pugna este cantor de bocacalle, desde el banco de la esquina, con el campanero, quien después de subir á la

torre para el «toque de ánimas», se subía á la parra, en rivalidad perpétua por beatas madrugadoras ó sirvientas trasnochadoras que tanto frecuentaban iglesia y botica vis á vis, oíase canturreando á son de almirez al andaluz, aludiendo á trapisondas del campanero, mientras machacaba hojas secas:

Detrás de la Concepción  
engaños y concesiones  
destrozan los corazones  
mujeres sin corazón.

No tardando retrúque al compás de las campanas:

El amor es un bichito  
que cuando pica y repica,  
para roncha del maldito  
no hay remedio en la botica.

#### IV

Parra, Alegre, Suárez y demás cofrades de la hermandad de la Mazorca, convecinos que jugaban al «monte» en el cuartel de Cuitiño, á la vuelta, escasas heridas propias hubieron de curar; pero mandaban sus sicarios con el sargento de la partida, ú otros de sus «muchachos», á quienes frecuentemente se les iba la mano, persiguiendo embarque de unitarios por esa misma bajada de San Telmo, que en la obscuridad y confusión llegaban á herirse mutuamente.

Cuando en su disparada Rozas venía de escribir su renuncia á la Honorable Representación desde el Hueco de los Sauces, con la mano izquierda, al pasar por esta primer botica que encontrara abierta, descendió su asistente, cuyo poncho y chambergo cambió con el fugitivo á objeto de alcanzar hilas y venda para un herido, que guardó bien decir era él mismo que tan profundas heridas había abierto en veinte años.

Coincidencia al caso es, sin duda, la de haber leído recientemente en el despacho del señor Cura de la Piedad, la carta que en su zozobra escribía la buena hija Manuelita, esa mañana al boticario Torres, frente á San Francisco, pidiendo remedios para «curar á tatita».

Al rodar por siempre entre el polvo de la derrota, aunque cayera de pie como gaucho baqueano, le había rozado la espuela el dedo índice, indicándole ostracismo hasta la muerte, como él impusiera á tantos argentinos.

Agregaremos para concluir con los retratos del más asiduo contertuliano, que el mejor del hermoso tirano, miniatura del señor García, llegó á presidir después de muerto el original, un banquete de argentinos celebrado en Londres, en el cual la fina observación de nuestro compañero de mesa, doctor Plaza, notaba la imagen del ex-Restaurador ostentándose en el pecho de la joven rusa, esposa del primogénito de Manuelita Rozas, á la cabecera de la mesa donde al brindar por la libertad se anatematizaba los déspotas que la oprimen.

.....

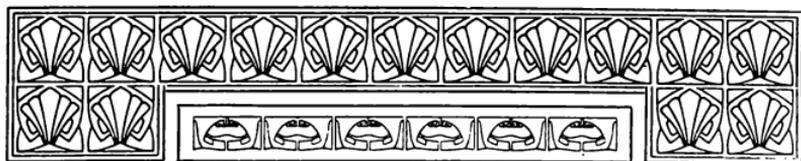
En todo tiempo, fuente inagotable de auxilios á menesterosos fué esta botica que aún regentean activos farmacéuticos, Salvador y Scardovi. En las revoluciones á diario del año veinte, ya socorría maltrechos y mal acontecidos en efervescencias populares. Luego, la negra noche del año cuarenta: merodeadores por sus cercanías, ladrones y bochincheros; y desde la tenebrosa Salamanca, esquina de Pérez, calle Sola, Mataderos del Sûr y andurriales del alto, se conducían á ella heridos de puñalada anónima en oscuras callejas erizadas de tunales, pitas y zarzales por cercos y zanjones.

Cuando el cólera y la fiebre amarilla, muchos contagiados fueron atendidos en los primeros socorros; también contusos y apedreados en el pretil de esa Iglesia como en los de la Piedad y «provincia» de Balvanera cuando se acostumbraban elecciones á facón, garrote limpio y revólver desnudo, ejerciendo pacíficamente derecho de ciudadanía, así compadritos del alto, como doctorcitos de todas las alturas.

Establecida en 1818, bien merece recordación la botica de Amoedo, que no sólo por el barrio de la Concepción tuvo dispensario gratis para pobres. Otra alguna más contribuyó á suprimir el dolor y aletargar sufrimientos desde antes, mucho antes de la introducción del cloroformo.

Verdadera piscina de salud, cuántas buenas obras de caridad ha prodigado en cien años, haciendo dignos de recuerdo á sus fundadores.





## De mansa índole



CUENTAN que el hombre es bueno, lo que alguno pone en duda. Hasta ocasiones hay que se llaman hermanos, sí de diferentes razas, más sabidores repiten que el enemigo del homprovenientes de una madre común. Otros bre es el hombre.

He aquí la tradicioncilla que nos sale al paso, triple sucedido similar en doscientos años repetidos y comprobatorio de que los aborígenes de esta tierra eran buenos como pan bendito. Si empezaron después á tornarse malucos, culpa fué de los que arribaran á civilizarlos según afirmaban, ó arrebararles sus comeres, esclavizándolos en la mita y encomiendas.

Allá por los años de 1630, cuando los primeros jesuitas empezaron á poblar los treinta pueblos de Misiones, que el General Rivera se encargó de despoblar, levantados uno frente á otro á lo largo del Uruguay y el Paraná, poníase la Cruz frente á Corpus en la reducción de Jesús y Trinidad, cuando — refiere su fundador — el primer actò de justicia al pie del árbol de la misma, tuvo que administrarlo á pedido del mismísimo quebrantador de la justicia.

— Taita, mándame castigar. Anoche corté la trenza á mi suegra, que anda introduciéndose demasiado en mi costilla, y en lugar de engarze, punto es de discordia.

Cien años después, en la misma índole mansa se repite la segunda edición de lance semejante; que para no mentir transcribimos

del diario de Cattaneo, misionero que á pesar de ser italiano nunca llegó á edad de faltar al octavo mandamiento.

Como los Canarios fundadores del presidio de Montevideo, que más se ocupaban de imitar á los pájaros de su nombre á son de mal templada vihuela, que de hacer algo por la población (excepto lo de aumentarla) transportaron mil tapes, formando toda una tapería, no para hacer tapecitos, taperas ó tapones, sino los muros de la ciudad, muy anchos y sólidos, que balas y baladronadas de curiosos portugueses no llegaron á demoler.

Cierta tarde, cansado del trabajo sin paga, un indio de los más robustos, de grán alzada y mucho peso, sentóse á descansar en la cornisa de un baluarte á medio terminar. El Comandante de la Fortaleza ordenó su prisión, pero el indio ya un poco ladino, que si su lengua no se había soltado en castellano, sí el oído en la significación de ciertas palabras, por la acción y vehemencia con que se escuchaban tan repetidas veces: «prisión, azotes, castigo, etc., etc.», casi se le fué la mano, pero no de ella las flechas que arrebató, saltando al caballo más inmediato y armando su arco amenazaba convertir en otro San Sebastián flechado al primero que se acercara. Los mosquetes no dieron fuego, ni las mechas ardieron, y menos la guardia de canaritos que temían convertir en inmensa hoguera toda la tapería, temerosos de una sublevación, por los malos tratos con que se les pagaba.

En aquella ocasión, no apeló á las armas el oficial de la plaza, sino al misionero para arbitrar remedio al sublevado. Salió el Padre y por más que en claro guaraní repetía el tape: «al que se acerque le mato», avanzó confiado y sin recelo, dirigiéndose con palabras de bondad al montaraz que reculaba tendiendo el arco, á la vez que el misionero avanzaba tirando para atrás su bastón, luego el sombrero, más adelante el hábito, y ya al quedar en traje parecido al del indio, (de corte usado al que traíjeaba Adán, antes de la invención de sastres y modistos) fuera por verle desarmado, ó porque sus palabras uncidas de verdad le desarmaran, poco á poco fué calmando su furor, desmontando del caballo y dejando arco y flechas.

Y no fué esto todo; — agrega el cronista — induciéndole después con buenas maneras y convincentes palabras, lo conveniente que sería se propinase algún castigo por tal desobediencia. No

le pareció mal al tape y tendiéndose en tierra se recetó cincuenta azotes, con asombro de los soldados admirando al que poco antes no temiera la boca de los arcabuces, lagrimitas de San Pedro, pelotas ó balas y cómo se entregaba á las buenas palabras é intervención del Capellán. No fué éste el solo milagro del Padre Benito. Mucho más se maravillaron, cuando oían que en medio á la azotaina, no hacía otra cosa sino invocar á Jesús y María en su auxilio, por lo que algunos de los soldados prorrumpieron en exclamaciones: ¡Qué gente es esta! ¡Será preciso creer que son angelicales, pues si nosotros recibiéramos castigo semejante, hubiéramos nombrado y votado mil diablos!

Ciertamente que es cosa digna de maravillarse ver bárbaros que no lograron subyugar los conquistadores, presten humilde obediencia á un sacerdote; mayormente si es el que les adoctrina, predica y asiste en sus necesidades y á quien respetan como padre. El les cura en sus enfermedades, les remedia en sus apuros y los consuela en el último trance.

Comprobando que la raza no degenera cuando es de buena índole, tropezamos todavía no ha mucho con otro semejante sucedido apoyando lo mismo. Hace treinta años, al caer una serena tarde primaveral, cuyos celajes reflejaba el majestuoso Paraná en el Obraje de nuestro inolvidable amigo Doctor Félix Amadeo Benítez, nos alcanzaba mate un aborigen de la patria de la yerba. Activo, valiente, compasivo, mezcla era como otros muchos, de buenos y extraviados sentimientos. De pronto se interrumpió el acarreo del cimarrón, oyéndose gritos destemplados detrás de la enramada, presentándose á poco dando vueltas al sombrero, el ceba-mate con estas palabras:

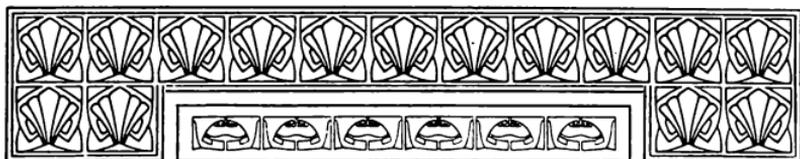
—Chéi, carái-guazú, (jefe grande) mandá pegarme unos guascacitos, porque ando con ganas de cruzarle de un chirlo al capataz. Todos los días merma ración, pero no crueldades, y el diablito que se me ha metido aquí adentro, no vá á salir hasta lo que me castigues. Ya van tres noches que no duermo, ganoso de darle una puñaladita á quien tanto nos persigue noche y día.

Y si para muestra basta un botón, botonadura completa de chaleco desprendido formar pueden estos recogidos á la distancia de tres siglos, en tres genuinos representantes de esa vasta raza guaraníca, que del Orinoco al Plata extendió sus tri-

bus. Ponemos punto final á la tradicioncilla comprobatoria de cómo la raza era buena, y de afuera vinieron á echarla á perder. Indio manso de suave índole trabajador y sumiso, dócil á la palabra, y aún tardío en su encorramiento ante la amenaza.

Escritor de tanta fama como Murature, refiere en el *Cristianísimo Felice*, otros muchos casos que también señala el Padre U'loa, cómo á la menor infracción de sus doctrinas que reglamentaban los actos más íntimos de la vida, no podían conciliar el sueño, que el gusano roedor de la conciencia inquietaba, hasta que yendo al Padre de la Misión, pedían les aplicaran castigo por su falta, ahuyentando así la nube negra de remordimiento que implacable persigue al delincuente como la sombra al cuerpo.

---



## Noche toledana en el Plata

### I



ALMA entre dos tormentas empezaba la noche del 30 de Agosto de 1838. . . ¡Santa Rosa era por filo! Esta humilde peruana tan calumniada como tantas otras tapadas limeñas, sin ser tan bella como su nombre, á quien marineros del Plata desde un mes antes y otro después del equinocio culpan de temporales, es tan inocente como el cordonazo de San Francisco.

Plácida noche, serenado el río, transparente cielo estrellado, la goleta «Luisa» salía con todas sus velas desplegadas de la Boca del Riachuelo de las Matanzas, rumbo á la Canal exterior, virando hacia la opuesta orilla del majestuoso estuario.

Llena la estrecha cámara de la pequeña goleta con los primeros desterrados de la tiranía, llamaban la atención en su locuacidad exaltada los cuatro hermanos Varela: Don Juan Cruz, Don Jacobo, Don José y Don Florencio; Rufino y Toribio eran aún muy niños, para excitar sospechas del gobierno federal que inauguraba la paz, persiguiendo á los hombres del partido contrario, con quien acababa de firmar un pacto. Jóvenes alegres, llenos de vida, de fé y esperanza en el porvenir, inteligencias superiores, propagadores infatigables de la libertad, por más de un motivo se habían hecho ya sospechosos contra la dictadura.

En aquellos años no se conocía la navegación á vapor, pues que

la del bergantín «Druid» que la ensayó el año 1825, quedó en ensayo como otros muchos. El primer Paquete á vela que estableció viajes regulares con el vecino Puerto, fué el cúter «Luisa», al mando de Don José Murature, italiano de origen, bravo marino en la Argentina, á quien cariñosamente Garibaldi llamaba *Pepin*, en cada arribo que le entregaba correspondencia reservada para los unitarios. Luego substituyó el Cúter por una Goleta «La Rosa». El primero llevaba el nombre de su esposa; el segundo, el de su primogénita. Este primer viaje de «La Rosa» se estrenaba con el destierro de los Varela, que habiendo permanecido en Montevideo volvían á Buenos Aires, donde sin dejarles desembarcar, fueron trasbordados á «La Rosa».

«Disipados los amagos de mareo, empecé á observar lo que se pasaba alrededor de mi diminuta personita, — referíanos la más pequeña de las pasajeras. — Halléme en una especie de nicho, camarote alto en la única cámara. Opaco farol de talco columpiábase del bajo techo, y otra vela encendida sobre la pequeña mesa, á cuyo alrededor conversaban varias personas. El Doctor Don Juan Andrés Gelly y Don Juan Francisco de la Serna, dialogaban con Mr. Martel de la casa de comercio de Crisol. El murmullo de las aguas del río, la brisa gimiendo entre amarras y la conversación alegre y bulliciosa de pasajeros me impresionó tristemente, sin comprender el por qué de esa sensación penosa.»

«Preguntando sobre ellos, el primer nombre que hirió mis oídos, (refiere el testigo que seguimos) fué el de Varela y toda mi atención se concentró en el mayor, pues entusiasta de todo lo grande y bello, por todo lo que eleva y toca al corazón, sin conocerlo, Juan de la ✠, el poeta de mis quince años, era para mí un semidiós. Sabía de memoria todos sus versos y ansiaba por oírle. Imposible no distinguirlo del resto de pasajeros, aún á primera vista. No se posee un talento como el suyo sin que trazos característicos le revelen. Me parece verle aún cómo le ví esa noche. Representaba poco más de treinta años, de tez morena pálida, patilla negra estrecha, ojos grandes y negros. la palabra rápida y sonora, haciendo reír mientras él decía las cosas más mordaces, conservando toda seriedad. De estatura mediana, pero esbelto y elegante, todo en él parecía revelar al «Cisne del Plata». Inteligencia fecunda que debía como una planta melancólica agostarse en el

destierro! Don Jacobo más moreno, era feo, pero había en su rostro una expresión de bondad y de sensatez no estudiada, semejando una de esas almas que poseen el don de la segunda vista; aparecía el más serio de los hermanos. José, alto, su rostro oval, sus facciones regulares, era ciego de un ojo y fuese efecto de su enfermedad o de genio, una expresión de tristeza derramaba con la palidez nerviosa de la inteligencia cierta vaga sombra de sufrimiento que hacía más simpático su rostro, adornándole larga y abundante barba negra. Don Florencio era el más joven, tendría como 24 años, el más exaltado, sobresalía por su locuacidad llena de movimiento y atracción y siendo más alto de los cuatro. La afabilidad de sus maneras, la belleza inteligente de su porte, la regularidad de sus facciones, le conquistaron luego simpatía. Era el tipo del hombre de alta sociedad, alegre como sus hermanos, gracioso en sus conversaciones, salpicada de chistes, su voz ligeramente ronca por una especie de afección pulmonar, contrastaba con aquella amenidad del espíritu haciéndole más interesante.»

Después de tres largos días de navegación calamitosa llegaron á Montevideo, donde la familia de Alsina les esperaba con numerosos amigos.

## II

Hacia la media noche empezó á soplar viento fuerte y cuando más bromeaba el crítico de su hermano, recitando con jocosidad las más sentimentales elegías de Don Juan de la Cruz, cortando insidiosamente versos que en pérvida recitación truncada, (sistema ripios de Valbuena, al que no hay poesía que resista), cuando el señor Gelly refería á Mr. Martel cómo en aquella familia de poetas, hasta las niñas nacían con estro poético, refiriendo proezas de la bella Corina cantando al arpa, retumbaba el primer trueno, anunciando tormenta de improviso, estremeciendo la mesa, la cámara y el buque. Volcada la vela, cayó también el farol de talco, quedando en la más densa oscuridad, que igualmente aparecía al asomar fuera del camarote en noche como boca de lobo. Los

vaivenes se sucedían con mayores balanceos de popa á proa; el buque cabeceaba cual potro desenfrenado que hundía la cabeza para volver á erguirla con mayor altivez. De babor á estribor, los balanceos seguían tan fuertes que crugidos incesantes amenazaban abrir el barquichuelo. Subiendo los marineros á las gavias, tomaban rizos, sin dejar un palmo de vela que no fuera ceñido al trinquete ó la mayor. Dos de los marineros más esforzados movían con dificultad la barra del timón, que parecía curvarse. Impasible el patrón Murature, daba sus órdenes, bocina en mano, desde el castillejo de popa. Rugido incesante de truenos repercutiendo por todas partes, acompañando lluvia que empezó á caer á torrentes, la lívida luz azulina de los relámpagos sin tregua y el zig-zag deslumbrador y viento silbarido entre las vergas, todo era aterrador en aquella inolvidable noche aciaga, durante la furiosa pamperada de Santa Rosa. Un rayo de estrepitosa detonación destrozó el bauprés y el buque corría la tormenta á palo seco, estremeciéndose cual cuerpo galvanizado que el furor de la tormenta impelía sin gobierno.

En el segundo acto, la tormenta arreció con más violencia. Cantaba el viento en las maromas la canción del náufrago, la vela del palo mayor gemía rasgada y el latigazo de la cuerda escapada con tal fuerza, estrelló al marinero de babor que arrojándole contra la obra muerta, muerto quedó sobre la borda. ¡Qué noche toledana! Tan indeleblemente impresa quedó ante el testigo ocular que refería sus pavorosas escenas entre angustias infinitas, que tiempo después todavía temblaba á su recuerdo.

### III

Verdadera noche toledana, no podía decirse noche pasada en blanco, sino en oscuridad, quedada en el interior la cámara, al caer la lámpara oscilando bajo el movable techo.

Cada uno de los aterrorizados pasajeros acurrucados unos en rincón, niños llorando, señoras rezando cuando no lanzando, hombres de caras pálidas, mareados todos, y la tumultuosa noche de tempestad continuaba refunfuñando en ráfagas violentas, pro-

longándose sinfonía infernal en los silbidos del viento por velámenes, palos y maromas.

Doble ración de caña repartida á cada «cuarto» á los marineros, no hizo derivar ni variar de rumbo en curtidos lobeznos, avezados á navegar sin tropiezos entre los bajos y las «pipas», cordón de rocas á flor de agua en la canal, y el ímpetu de la correntada del río, soberbio y enfurecido en densa negrura, en que todos los gatos son pardos, semejabán los quejumbrosos gemidos del frágil leño temblante.

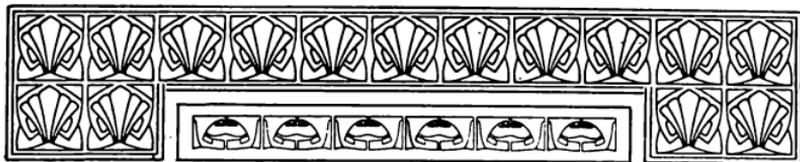
Dos días duró la ventolina. La última noche que los pasajeros desfallecidos creyeron realmente su última, divisándose ya la luz intermitente de la farola del Cerro, Don Toribio el crítico burlón, que á punto anduvo de perder el ojo que le restaba, dijo á Don Juan de la Cruz:

— Hermano, todavía navegamos sobre el Banco Inglés. Por aquí pereció el primogénito de los poetas de la Independencia; hermandad de la lira y el infortunio, ¿estará destinada la del Cisne del Plata á unirse con la de Luca en los abismos de nuestro patrio río...?

.....

Así llegaban por entonces la familia Varela y otras que siguieron en numerosa proscripción, cuando el tirano de esta orilla la despoblaba en sangrienta persecución, llegando á refugiarse en la heroica Nueva Troya, defendida por Paz y cantada por Pacheco y Obes.





## El carnaval en 1853

### I

A los buenos huevitos de cera  
para niñas que usan pulsera.



El último domingo de Febrero en aquel año (1853) á todo lo largo de la calle cuyo nombre conmemora la más gloriosa victoria del general Arenales en el Ecuador, cáfila de locos alegres parecía haberse desatado, desparramándose por calzadas, veredas y bocacalles en tumultuosa algazara: niños, jóvenes y viejos, á pie los más, algunos á caballo, ninguno en vehículo por la escasez de animales para arrastrarlos. Pero si escasez había de cuadrúpedos, multiplicados aparecían bípedos, más animales al parecer, afanados en derramar gritería infernal, y agua á torrentes sobre todo transeúnte, mientras la parte contraria no asomaba en ventanas, balcones y azoteas, contagiada por semejante baile de San Vito en brincos, saltos y correrías. Cuando aparecía, coronando las alturas hermosa guirnalda de flores vivas, arreciaba la lluvia: jarros, baldes, bombas de agua, contestando nutrido fuego de huevos y jeringas, hasta que destilando empedernidos contrincantes, retirábanse jadeantes, repitiendo satisfechos: ¡«Cómo nos hemos divertido»! Durante el reinado del jarro no hubo ojos vaciados, si bien en la efervescencia de la lucha, pegadas las ropas al cuerpo se transparentaban más de lo con-

veniente graciosas curvas provocadoras y peladas canillas risibles, al par que á la arrogante juventud dorada desteñíasele la camiseta azul sobre el pantalón blanco, uniforme de guardias nacionales.

En pocos puntos se conseguía asaltar cantones, á no contar aliado dentro el campo enemigo, ya en forma de chinita que descuidara trancar la puerta, ó traición de vecino, facilitando asalto desde azotea trasera. Tomadas por retaguardia las bravas defensoras, intrincábase el entrevero á brazo partido, que á toda carga á fondo sigue cruzar lanzas y bayonetas.

Si algún candidito ó candidote boquiabierto, previendo fuera á venirse escaleras abajo asustada combatiente, demoró su retirada, rodeado por todas las «cantonerañ» daban con él en la tina, media pipa de agua y provisión de baldes y tachos. Cuando bellos brazos le sumergían entre risas, chistes y carcajadas, escapaba del bautismo forzado, aunque las aguas no eran las del Jordán, redimimiento de todo pecado, que en muchos casos confirmaba luego el matrimonio.

Las tres p. m. habían sonado en el viejo reloj de Cabildo, y también el cañonazo de «boca negra», viejo cañón enfilando la calle Federación desde el Fuerte, hasta el molino de viento, cuya principal misión era romper los vidrios de casas vecinas, en cada salva al cohete. La tradición no recuerda en los que resguardaban el antiguo Alcázar de Virreyes, antes de la llegada de tan inútiles adminículos que tan mal virreinaron, dispararan á bala, cañones que coronaban sus almenas.

De recordar es que ese año, en sus cuatrocientas manzanas, apenas contaba la actual metrópoli, hoy de millón y medio, setenta mil habitantes, incluso los siete mil soldados guarneciendo trincheras en el sitio de los siete meses.

De añeja costumbre fué en la pícara humanidad molestar al prójimo para divertirse; y aunque en todas partes y en todo tiempo se ha jugado Carnaval, Buenos Aires y Montevideo, durante la semana de locura, eran las ciudades más alegres del mundo, según lo nota la Enciclopedia española de Montaner.

Ni Rozas, con todo su poder, consiguió suprimir del todo el carnaval, tal es la fuerza de costumbres que no desarraigan leyes. Por esto fué que á la caída de la tiranía, hasta las viejas salían de

quicio y muchachas perdían la chaveta. En todos los barrios se jugaba con más ó menos entusiasmo, pero en la calle principal reconcentrÁbase la efervescencia de tan alegre y animada fiesta, muerta al presente de muerte natural.

Numerosos guardias nacionales por todas partes, distinguiéndose en el ataque Víctor Adalid, Julio Núñez, Enrique Sundbland, Eduardo Costa, Julio Cramer, Villate, Quirno Costa, Francisco Lalama, Adolfo Bullrich, Cupertino del Campo, Pedro L. Martínez, Enrique Casares, Mom, Almeyra, Haymes, Narciso Gardiábal, Saavedra, Lynch, Quintana, Udaondo, OlazÁbal, Amadeo, GÁndara, Cosme Beccar, Mariano Varela, Villar.

Desde las cuatro esquinas de Cueto, se extendía línea de cantones, hasta desembocar Á la plaza del Retiro. En Victoria y Perú, tenderitos elegantes y de buena cepa, Iturriaga, Bolar, Ximénez, Romero, Casal, establecieron trinchera avanzada, izando bandera: «Por aquí no pasa nadie». Y así le iba al incauto que se arriesgaba.

## II

En la primera cuadra, los balcones del señor Tomás Armstrong, sus hijas, acompañadas de Venturita y Emilia Suárez, eran combatidas de balcones al frente, por Elortondo, rendido Á la postre Á los pies de Isabel, la hermana Justa, distinguida filántropa, y Emma y la bella Dolores. En la cuadra siguiente, la interesante Rosa Mier, su azotea, castillo inexpugnable, asediada por el joven Lumb, desde el umbral de su casa, con tan certera puntería, que Á poco cayó en su hogar. Contiguo la esquina Piedad, las señoritas Somoza y Dolores Bayá, ensopaban sin piedad moscardones per-cundantes y Á su poeta póstumo Lanusse, quien grabado dejó su dolor sobre lápida prematura.

Seguía el cantón principal, que jefe principal de la plaza era su dueño, coronel don Pedro José Díaz. La gentil y espiritual Zelmira capitaneaba estado mayor tan numeroso como el de su meritisimo padre, habiendo alzado bandera: «Ni pido ni doy cuartel». Al frente combatían Á caballo, el general Hornos, el coronel Mitre, comandante Conesa, y ayudantes Franklin Bond, Ortiguera (el

del casco romano), Dufour, Pombo; guerrilleros en dispersión: Soler, Lagos, el poeta Ibarbalz. A esta azotea concentráronse los tres días fuegos cruzados, descollando la modesta Cristina, esbelta hija, eclipsada en su aurora, del jovial poeta Ascasubi, á la que endechas entonaba otro poeta festivo, Estanislao del Campo, Anastasio el Pollo, digno sucesor de Aniceto el Gallo, á quien pronto otro gallo le cantara, galanteando en sentidas trovas á Ventura Muñoz. En la otra cuadra músicos cantores llenaban los balcones del señor Alcorta, donde tres celebradas guitarras preludiaban, con la del que escribió música para ella: Don Amancio, la del doctor Cordero y Albarellos, que el año de la cabalgata de Orión, se disfrazó de sí mismo, sin que nadie reconociese en él al cojo Albarellos.

Y gritos de muchachería seguían ensordeciendo:

«Huevitos de olor  
para las niñas que tienen calor.»

En lucha furiosa descollaban: Francisco Alzaga (hijo), O'Gorman, Bayá, Miró, Basabe, Aldecoa, Madero, Roldán, Drago, Williams, Balbín, Güiráldez, Wenceslao Acevedo, Adolfo Jiménez, Juan Font, Melchor Rom, Dolz, Luis Cárrega, Domecq, Rolón, del Solar, Muñoz, Antonio Salas, Adolfo Chaves, Elizaldé, Jacinto Malbrán, Morillo, Pedro Frías, Villanueva, Atucha, Piñero, Pintos, Zapiola, Gache, Garrigós, Urioste, Balza.

Otros guerrilleros bajo de altas ventanas, defendidas por sus lindas nietas, en la casa solariega de Mariquita Mendeville, y bellas y alegres niñas en las de don Francisco Chás, don Basilio Salas, don Joaquín Cazón, y Martínez de Hoz, Ezcurra, Murga, Carreras, Blayer, Pedrito Carranza. En otra acera, bella entre las hermosas argentinas Angélica Ocampo, las señoritas Blayer, Avelina Pinedo. El último cantón heroicamente defendido por las hijas y sobrinas del señor don Manuel Ocampo, Florida y Temple, en cuya esquina, en esos días, y muchos más, guardia perpetua hicieron Eastmann, Favier, Isaac, Larrazábal, penetrando definitivamente Cobo, Iraola y el primito Alejandro, que allí fincaron.

Durante lo más encarnizado de la batalla de las flores, el segun-

do día vióse venir á escape á Héctor F. Varela, secretario del coronel Díaz, entrando á caballo al zaguán de su jefe, á tiempo que don Emilio Castro saltaba en su «gateado» desprendiéndose de la ventana de la gentil Pinedo, donde las familias de Irigoyen, Quesada, Rolón, combatían á numeroso grupo de lindos soldaditos.

Un cañonazo de improviso vino á aguar la fiesta en que corría agua por demás.

«La chismosa», así denominada por los terutereros de afuera la torre de San Miguel, vigía donde el coronel Lista estableció telégrafo de señales, y los tres cañonazos de alarma, anunciaban movimiento en el campo enemigo. Echando diablos salieron por esas calles de Dios en dispersión, y ajustándose la cartuchera, dirigíanse precipitadamente á sus puestos de peligro, oficiales y soldados jadeantes.

Entre bizarros granaderos del primer batallón de guardias nacionales, en el cantón de la Cervecería (plaza del Retiro) divisábase al doctor don Tomás Anchorena, Urioste, Plaza Montero, Pablo Gómez, al doctor Riestra y sus capitanes Juan Antonio Fernández, Venturita Martínez, siempre en la punta por su decisión, Riglos, Rossi, Rubio, Aramburu, Salas, Molina, Gándara, Sánchez, Casares, Iraola, Guétrico, Frías, Drago, Juan Peña, Acevedo, Balza, Ricardo Lavalle, Juan Cobo, Manuel Anselmo Ocampo, Lezica, Aguirre y el Comandante de caballería Camilo Rodríguez, Galván, Vila, alzando infantes en ancas. Mientras el conde Olivieri, Clérico, Santiaguito Calzadilla galopaban á la plaza Lorea (Legión Italiana) Bustillos, Emilio Mitre, el comandante Lezica se dirigían á la de la Concepción dando siempre ejemplo en el cumplimiento del deber.

### III

Alentados, más por el amor que por la lucha, poco á poco habíanse ido filtrando al través de trincheras descuidadas, numerosos oficiales enemigos, jugando carnaval entremezclados de uno y otro ejército, confiados que aun en lo más encarnizado de toda contienda, nunca olvidamos los argentinos somos hermanos

y tiempo hubieron de regresar á su campo, Hilario Lagos hijo, Lamela, Bartolomé Cordero; otros distinguidos jefes y oficiales de los sitiadores sorprendidos en el juego, sin tiempo para reparar trincheras, fueron ocultados por lindas adversarias, cautiverio que acabó alguno en dulces cadenas.

Por más que el estado de sitio, con formidable ejército rodeando la ciudad no permitía disfraces, una que otra careta se deslizaba en el interior de alguna casa, y en cuanto á bailes de carnaval, á son de fusil se bailaba en las trincheras sin alfombra ni piano, como el muy celebrado en el cantón azotea de doña Andrea Ibáñez (Esmeralda y Juncal), ya que no fué dable repetir el que en la «sala de los cuadros», que lo eran todas las del señor Guerrero, festejaba la caída del tirano el domingo de carnaval anterior.

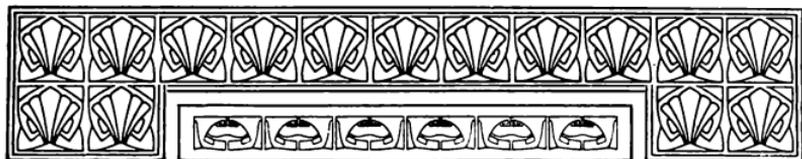
Flores, confites, huevos y todo el arsenal de jeringas, calabazas, vejigas, etc., en las afueras, como en la calle Florida, continuaron los tres días de locura, de gritos y esparcimiento, inventados desde remotas edades á objeto de que no estalle la tensión de cuerda, siempre tirante.

Sin corso, sin bailes, sin caretas, ese carnaval ha quedado en la memoria de la anterior generación, revelando sobre todo, dos cosas: el carácter festivo del pueblo porteño, que aún en medio á la contienda (federales y unitarios) pronto abrían paréntesis de expansión, de sana alegría que desvanece todo rastro de rencor, y el generoso sentimiento argentino humanitario que corre en auxilio del caído sin preguntar de qué bando, alzándolo con igual piedad. En la misma forma que en el sitio de la ciudad, se reprodujo en sus calles cuando la revolución del noventa, resaltando en toda hora esta hidalguía ante propios y extraños.

Cien años antes, en el de 1790, monárquicos y republicanos se tiraban á matar, iba á decir á odiarse. En 1890, todavía encontramos hijos de una misma tierra que ni en la tercera generación estrecharon sus manos al pasar, transitando la misma vereda en el faubourg St. Germain.

Fuera sólo por contrario ejemplo, puede recordarse el carnaval de 1853!

---



## Costumbres del barrio... de mi vecino

### I



**E**l día en que yo nací... ¡era tan chiquito, tan poquita cosa! — dudas me asaltan si habré aumentado algo — que por esta y otras razones, es que sólo en cuentos de vecinos refiero el sucedido. Todavía come pan uno de esos singulares memoristas que recuerdan haber presenciado escenas anteriores á su existencia. Relatos de sus rememoranzas, sirvennos para hilvanar extraordinariedad tal, como la de «animarse á ser», cuando tantos dejaban «de ser», en tiempos que se moría de miedo.

Repetía nuestro octogenario que nací «el año negro», que como todo lo malo se prolongó mucho más de doce meses. El primer grito que á mi oído llegó, contestando al vagido que anunciaba «¡urbi et orbi!» haberme resuelto venir á dar una vueltecita por este pícaro mundo, fué: ¡ Muéran los salvajes unitarios! de ronco sereno, despertando viejas y asustando niños.

Llovía... y sin embargo nacía en la hora que toda aturdida seña Juliana, antigua ex-doncella de la casa, por prender vela á San Ramón Nonato, encendía la de Santa Bárbara y entraba ño Felipe Oroño, especie de amo seco, hermanastro del general santafecino de ese nombre, trayendo la comadrona.

A tal grito de «Muera!...», no se murió nadie, pero se dur-

mió el que recién vivía. Oyéronse á poco rato otros gritos: ¡Atajen! ¡Atajen!, del mismo guardián que, tropezando en tabla hundida del albañal, rodó con su chuzo y farolito al medio del arroyo.

Acabada de pulsar la doliente, y ocupándose más de lo que á todos preocupaba, de codos alrededor de la futura mesa de mis palotes, — la misma en que escribo, — cabizbajos y meditabundos, comentaban el doctor Alcorta y su discípulo Cuenca, sobre quién sería el perseguido, insistiendo el primero debía ser cierta la noticia del día, pues para propalar falsas simúlanses con todos los visos y apariencias de verdad.

— Nadie creyó, — agregaba, — que un tiro de boleadoras, maneando el caballo del jefe, hiciera rodar al General Paz. Esto, de que otro general, á quien tantas balas respetaron, le haya muerto una bala perdida al través de una puerta, no se inventa.

Y así resultó la muerte del general Lavalle, cuya infausta nueva llegaba á esta ciudad el día «en que yo nació»...

Mientras mohino y maldiciente, nadando entre el barrial, levantábase el sereno en busca del farol apagado, tiempo tuvo el fugitivo de hacerse humo, desvaneciéndose entre las sombras de la noche. En vano fué se registraran casa por casa todas las de la cuadra, la posterior y anterior, en una y otra acera. Ni en la de Masculino, reñidero de gallos, contiguo á la mueblería de Shaw, hueco de Acchinelli, y anteriores á la esquina del «Tropezón»; casita de doña Paula Carboni, de Boneo, esquina Bejarano, frente al «Poste Blanco», de don Francisco Ximénez, escuela de don José Barbosa, casa de Alzaga, de doña Jacinta Velarde (el «nacimiento» más concurrido), de la señora Magdalena Fonseca, escuela de doña Juana y Josefina Lagaña, y en cuanta casucha y caserón de los alrededores aparecía vivo ni muerto el fugitivo. ¡Ni que se lo hubiese tragado la tierra ó llevado las ánimas, antes que en el vecino cuartel de Cuitiño le convirtieran en ánima bendita del Purgatorio!

## II

Exacto cuadrante á sol y sombra era el pregón de vendedores ambulantes, en esa mal empedrada calle, bajada de los dominicos, que entre retaconas casas chatas ninguna de altos descollaba. Antes faltaría de asomar el astro que el emponchado lechero, oyéndosele desde lejos:

Por capricho soy soltero,  
 que el lechero  
 gozar debe libertad.  
 Yo me marchó dando gritos:  
 «Buena leche, marchantitos;  
 buena leche; ¡aprovechad!»

Era el primero que llamaba á la puerta, cuando llamaba. Blanca chorrera sobre el umbral dejaban huellas de su fuga, mirando más á la mulatita desgüeñada que entreabría la puerta y su rebozo, que al tarrito de medida.

¡«Pastelitos calientes! Ta tapao!» — pasaba gritando el negro Domingo: eran las nueve! A poco andar, rodaba la pipa del aguatero, haciendo sonajear la campanilla colgada del más flaco de los bueyes que la arrastraban, y á la culata dos pares de canecas y medias canecas: las diez! Duraznito del monte, amarillo y abridor, para las niñas que tienen calor! canturreaba el compadrito del Alto, de clavel tras la oreja: las once. «Pescaado, pejerrey y curvina de Montevideo»: las doce!

Y sonando la gran campana angola de la Catedral... «Mi amita, ya está la comida», avisaba el pelapapas de la cocinera, contestándole infaliblemente: «Muchacho, andá á cerrar la puerta de calle», costumbre de mucho tiempo, como si se tratara de hacer alguna cosa mala, permaneciendo trancada hasta pasada la siesta, bien larga por cierto.

«¡Mazamorra para quitar la modorra», oíase á las dos. «Aceitú, aceituna», gritaba el mismo pastelero de la mañana, todavía convirtiéndose en tortero nocturno, dejando el platillo con gran-

des aceitunas, de los primitivos árboles introducidos por Altolaguirre en la Quinta «Los Olivos» calle Larga de la Recoleta, aderezadas con perejil, orégano y otras hierbas: las tres! Seguía el pregón: «Higos, uvas, brevas!»; las cuatro! «Alfajores, mantecao, rosquitas de maiz», se ofrecían á las cinco, grito posteriormente substituído por el de: «Bollitos de Tarragona», las seis, continuando el tortero: «Blanditas y calientes».

A las ocho poco se oía el alarmante pregón de comistrajo. Uno que otro vecino, casi un Juan sin miedo, retirábase acompañado con el negrito del farol, alumbrando malos pasos, — que por entonces lo eran todos, — y del perro, aunque en oscuras calles de faroles agonizantes, ó lagrimeando tristezas, ni perros había; oyéndose sólo ladridos lejanos, defendiendo quintas, huertas y quintones. Medrosas vecinas recogíanse á primera hora á rezar el rosario. Desde las diez, escuchábase el canto del sereno de voz gangosa: ¡ Viva la Santa Federación! ¡ Viva el Restaurador! ¡ las doce han dado y nublado!», aunque estuvieran lloviendo chuzas. Esto, fuera del mate á todas horas, merienda y hasta sólida cena de caldo y puchero, á las nueve.

¿Verdad que eran muchas tragaderas las de nuestras abuelas? Sin cólicos ni desarreglos se vivían ochenta navidades de un tirón: no se había introducido la diabetes, que nos liquida, ni conocíanse escuálidos ancianos de treinta años, ya sin un pelo en la cabeza, como los del mentidero público (unbral de «l'Aiglon»), aunque en su arrogancia pretenden no tener pelo de zonzo...

### III.

«Esquina de los Tiburcios» llegó á llamar «La Gaceta» de Mariño, aquella en que ataba el caballo su vecino, (médico el más feo y filántropo) don Tiburcio Fonseca, en cierta ocasión que tropezó un tercer Tiburcio, el excelente doctor de la Cárcova, subiendo la mal enladrillada vereda (Chacabuco y Venezuela), inmediata á la puerta por la que encontrándola entornada se escabullera don Enrique Lafuente. Era éste el fogoso y enérgico estudiante, incesante discutiador sin reserva en los claustros univer-

sitarios, de las patrañas de don Pedro Angelis, en su periódico trilingüe, Octubre de 1841, en que todas las campanas fueron echadas á vuelo. Repiques generales, no por mi venida al mundo de los vivos, como aún después de mucho tiempo porfiaba «tía» María Gallino, mi ama de cría, sino por la salida hacia el mundo de los muertos del ilustre general Lavalle. De tal suerte, según lo observó otro poeta, doctor Cuenca, si yó había nacido sin querer, llegaba haciendo obra buena desde la primera hora. Dejada entreabierta por la precipitación de la partera, fué la puerta de mi casa salvación para el perseguido. Por los fondos de la propia casa saltó Lafuente á la huerta de la del doctor López, cuyas ventanas abrían á la calle Representantes, frente á las tapias de Boado, agazapándose entre tupido cicutal bajo la higuera, de donde remontaban barriletes los niños de ambas casas. Así la «Canción andante de la Patria», como cierto día aclamó al señor don Vicente López y Planes el padre de ese recién nacido, facilitaron escape á la víctima de Rozas. Destinados estaban uno y otro de los convecinos, diez años después, á recibir sucesivamente el bastón de mando (gobernador de Buenos Aires) en el mismo despacho del tirano.

Hasta mucho después de no oírse ya gritos de muerte, continuaban otros, que si no pregonaban comistrajos, señalaban hora y día con más regularidad que el calendario de don Felipe Senillosa, arreglado con autorización del viejo Obispo Medrano. La mulatita palangana, llegaba retardada, en palique diario con soldados de la guardia en la cárcel bajo las arcadas del Cabildo. Venía por la ropa, toda abochornada, disculpándose que en la última ventolina en las toscas del río, donde tendían las lavanderas, habíasele volado — no los pájaros, que con la vergüenza se le volaron hacia años — sinó la enagua de más volados, la más fina, casualmente: era lunes.

—¡Escobas, plumeros!... ¡Velas de baño, blancas y amarillas! — pasaba gritando el escobero negro de Guinea; martes. — «Calderi y tachi, componi tutti!...» — berraqueaban rateros disfrazados de vendedores. A no ser vistos, alzábanse ropas colgadas ó pescaban con largo gancho, al través de la ventana, carpetas de crochet ú otras baratijas. Si por casualidad les pispaba algún vecino ó importuna sirvienta, impávidos repetían: — «Quie-

re que ti soldi? ¿Tienes agujerito que tapar?» Esto sucedía los miércoles. — «Juana, ¿en qué día estamos?» — «¿Pero no has visto salir al Niño Dios? Somos jueves». Tal diálogo se repetía en casa de Juanas, Manuelas y Mariquitas, á poco de sonar la campanilla de plata anunciando visita del Niño Dios de las Capuchinas, y entraba el negro viejo, de sombrero alto, ladeado, conduciendo hermosa urna con flores de seda, gusanillo y estambres dorados. Al punto veíase rodeado por muchachos, hasta convertirse en verdadero «nacimiento» de cabecitas despeinadas y rodilleras rotas. Este funca pedía limosna, contaba solo en su media lengua mozambique, cómo la Madre Abadesa rezaba todos los días por que Santa Clara derramase sus bendiciones sobre esa santa casa, mandando preguntar por «la salud del amo y su familia y aún del padre de madre señora». «Figuriti, figuriti». Y antes de que llegara muchachería gritando desde el corral, salían á recibirle ladrando Filonegro, Canela, Marfil y Mosqueta, mordiéndole los garrones y los fundillos rotos al dar la espalda el figuritero en retirada, amedrentado por la carga de caballería ó de perrería. Allí era la de San Quintín; desequilibrado el tablero, caían grandes hombres que se achicaban, y lluvia de Césares y Napoleones estrellábanse en el zaguán, convirtiéndolo en blanca mar de yeso, donde nadaban en seco los más duchos, echándose al bolsillo restos de tantos héroes. Luego de transportarlos al hospital sin sangre, pegados á la ligera, solía resultar la cabeza de César en el busto de Napoleón, y la de éste en la de Jesucristo. Día que señales de tal campo de Agramante quedaban, se comían empanadas de viernes.

#### IV

Otro tipo «sui generis», de haraganería heredada, como largas siestas, cerraba los pregoneros de antaño.

— Una limosnita por amor de Dios! — lamento de uno de esos ciegos, no de nacimiento sino de circunstancias, deteniendo su yegua y detrás el potrillo, y tres ó cuatro perros, colgando collera de pescados, perdices y otras frutas de corral en el pes-

cuezo de su matungo. Pedía al transeunte tocara el llamador en su nombre. Aunque por aquellos tiempos no se usaba tanta celeridad y apresuramiento á todas horas hoy en la City, irrascible alguno por la pachorra del falso mendigo, solía volverse á contestar: «¿Por qué no me encarga también mendigue á su nombre?». Esto acontecía los sábados. Bien que para pobres porfiados toda la semana era de sábados.

Setenta años más tarde, llegó á preguntarnos la Infanta de España, al ver desfilar el pueblo desde los balcones de la Casa Rosada: «Admiro esta muchedumbre en que sobresalen tipos de todas las razas, pero... ¿dónde está el pueblo? ¿No hay pobres en esta tierra? ¡Hasta ahora he visto un pie descalzo!».

Qué hubiera dicho la observadora al divisar un mendigo del año cuarenta, sobre caballo propio, bien vestido desde la bota al sombrero y cargado de dádivas y pesetas! Si dueño de todo eso se lamenta pobre, cómo prosperarán los que vienen con ganas de trabajar tierra tan propicia.

¡El domingo!... el domingo no había que preguntar, pues desde que rompía el alba, campanas de todas las iglesias rompian los oídos de pacíficos habitantes en tranquilos barrios de prolongado silencio. Desde la víspera, lo anunciaba gritería de escueleros que, despachados á las doce, salían saltando postes y cantando al compás de los repiques:

«Mañana es domingo,  
se casa Piringo,  
con la pajarita  
de Santo Domingo.»

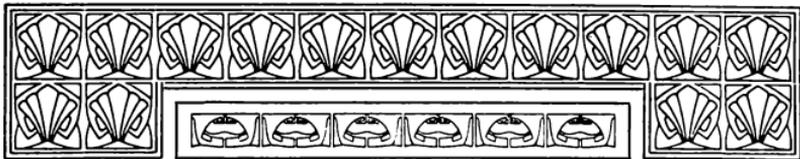
Á lo que solía agregar el impaciente tinterillo que copiaba correcciones del Calendario, en los altos del pretil de ese convento, tirando la pluma y agarrándose la cabeza:

«¡Campanas! ¡Oh!, si con vos  
cargara el diablo á dos manos,  
que matáis á los cristianos,  
en son de alabar á Dios.»

No eran los recordados, únicos pregones, que aunque se comía, moderaban sus gritos en días de fiesta. En su mayor parte, sali-

dos del barrio de los tambores, en que poceros, negros blanqueadores y otros se agrupaban por «naciones»: Mongolas, Guineas y Mozambiques, llegaban sus avanzadas hasta el umbral de la antigua casa Terreros, frente á Santa Clara, mercando uvas, duraznos y brevas, tan negras como sus vendedoras. Situábase otra pastelera en la esquina de la escuela de don Juan Peña, y aun más central, en la mismísima calle Florida, ofreciendo ricas tortas doradas bajo su farolito en el ancho zaguán del portal de doña Flora Azcuénaga que, á su fallecimiento, el doctor Irigoyen abrió su estudio (hoy Gran Hotel).

---



## Fiesta argentina en San Felipe

### I



LA bandera estaba terminada.

¿A quién confiar «el blanco y el celeste de nuestro pabellón» que había de guiar la Cruzada libertadora?

Numerosas familias argentinas huyendo de esta ribera, refugiábanse en la otra banda, nueva Troya defendida por Paz y cantada por Pacheco Obes; urna sagrada donde se salvaron las instituciones del Río de la Plata y cuya independecia uruguaya iniciaron treinta y tres denodados patriotas. Allí, jóvenes y ancianos, alistábanse una vez más á la lucha contra la tiranía y hábiles manos de entusiastas señoritas bordaban la imagen de la Pátria.

La secretaria de la comisión volvió á interrogar á la bulliciosa asamblea femenil, presidida por respetables matronas.

— La bandera está terminada. ¿A quién la ofertamos?

Por entonces, en la época del gran Rivadavia, como hasta sus postrimerías, en toda reunión de dos unitarios, hubiera sido faltar á las tradiciones de partido si no surgían, por lo menos tres opiniones encontradas, como la de los doctores Gómez, Agüero, Varela, en política; la de los generales Paz, Lavalle y Lamadrid en los campamentos.

— A quien ha de ser, sino á mi tío, dueño de casa, — contestó

una sobrina de doña Bernardina, — presidenta «in partibus», que sin la obstrucción de Lamas y otros patriotas uruguayos, á punto estuvo de impedir el embarco de los expedicionarios.

— No es argentino, — replicó con enfado otra ardiente morena, porteña de la plaza Victoria.

— A mi marido, — añadió la hermosa limeña, el más preciado laurel que trajera del Perú el general don Félix Olázabal.

Pero al vencedor de Pichincha, que hizo flamear nuestro pabellón sobre la cumbre más elevada, se le acababan de mojar los papeles y sus reclutas; en los desbordes de Maciel, por la imprevisión del campamento.

— Si de antigüedad se trata, — continuó otra hija de general (en plaza que más eran los generales de la independencia argentina fuera de la Argentina por la persecución del dictador) — de su peso cae en manos del general Martín Rodríguez.

Todavía la señora Tomasa Cabrera de Muñoz propuso al general Rondeau, por más anciano, y otra al general Iriarte, por más joven, y una tercera al general Díaz Vélez, por más rico.

Una joven enérgica, entusiasta y vehemente, de riguroso luto, como la mitad de la sociedad, — su padre asesinado recientemente en la misma Cámara que presidía, humanitaria previsión del tirano, para que no llegara á herir los oídos paternos el inmediato fusilamiento del hijo — la enérgica señora Antonia Maza de Alsina, exclamó en arrebatado airado:

— ¡A Lavalle! Siendo el jefe natural de la emigración, como en su calidad de guerrero de la independencia que también flameó más lejos la gloriosa enseña, debe ser ésta depositada en sus manos. ¿A quién mejor confiar su victoria?...

Así se acordó, agregando á discursito tan vehemente la voluntad de las subscriptoras y el voto de las presentes.

## II.

Tres meses no habían transcurrido del 25 de mayo de 1839, en que el general Lavalle llevara la bandera que clavó con brazo firme en la isla de Martín García, á cuya sombra se reunió el

grupo de valientes abnegados, aunando sus esfuerzos para derrocar la tiranía. Nuevos y mayores recursos se necesitaban á objeto de auxiliar la legión sagrada; propiciándose para aumentarlos, una fiesta patriótica en el viejo teatro San Felipe, la cual atrajo gran concurrencia de argentinos y uruguayos, y también entusiasmados extranjeros en la reducida ciudad, descollando la colectividad francesa.

D. Florencio Varela dragoneaba de portero, tan activo como Muñoz, acompañándolos D. Gervasio Posadas, Oyuela y Julio Mendeville, que multiplicaban sus atenciones con damas y señoritas, conduciéndolas á los palcos. Todo Montevideo, excepto su presidente D. Frutos Rivera, de «amargos frutos» para los argentinos, toda la distinguida sociedad uruguaya, demostrando el más sincero afecto por la unión del oriental y el argentino, que cantó el poeta, llenaba plateas, pasillos y corredores.

Numeroso grupo de jóvenes penetró en tumultuosa algazara, y arrojando dinero en la bandeja que presentaba el doctor Varela, gritaban al mismo tiempo: «¡ Viva la patria!», «¡ Muera el tirano Rozas!». Momentos después, otro negrito de diez años echó una peseta columnaria, exclamando: «¡ Muera Rozas!»

— ¿Por qué odias tú á Rozas? — le preguntó el señor don Florencio.

— Porque soy argentino — contestó el negrito cuya alegría reflejaba su lustrosa carita de ébano, y á saltos y brincos desapareció entre la multitud apelotonada.

El célebre actor Lapuerta, acompañado de Quijano, hacía las delicias de la nerviosa concurrencia, en la «Conspiración de Fiesthi». Al segundo entreacto, la más distinguida juventud montevideana se adelantó á los palcos para conducir al escenario las niñas designadas á cantar.

¡Cuán pálidas y medrosas subían todas al proscenio! El actor Lapuerta, hombre de maneras delicadas, les animaba, consiguiendo, no sin trabajo, colocarlas en orden, al rededor del piano. En la segunda fila, las señoras; y hacia el último plano los jóvenes acompañantes. Todas vestidas de blanco, con anchos cinturones celestes que doña María Sánchez de Mendeville había repartido esa mañana, ceñían talles de sílfides. A su aparición un guerrero de la Independencia, acurrucado entre sus nieteci-

tas en el fondo del primer palco, enjugando dos lágrimas rebeldes, exclamó:

— Parece un coro de ángeles pronto á elevarse al Empíreo, implorando en sus cantos por la patria abatida.

Anciana memorista contemporánea todavía recuerda, frente á la fila del palco de los poetas uruguayos, luciendo chispeante ingenio, en exclamaciones de aplausos y rodeando al patriarca del Parnaso oriental, don Francisco Acuña de Figueroa: los jóvenes poetas, Adolfo Berro, Alejandro Magariños Cervantes, Juan Carlos Gómez, Pacheco y Obes, sus colegas de esta ribera, Echeverría, Indarte, Varela, Irigoyen, Méndez, Mitre. Seguían familias de una y otra ciudad, más hermanadas en la hora del sufrimiento, distinguiéndose con las de Olazábal, Martínez, Rodríguez, Sánchez Viamonte, Iriarte, Díaz Vélez, Alsina, Cané, las de Suárez, Muñoz, Vedia, Vázquez, García Zúñiga, Pérez, Ramírez.

En el más avanzado semicírculo, descollaba cual ténue blanca flor del pensil oriental, suave y modesta beldad, Delfina Vedia, seguida de las señoritas Josefa Somellera, María Martínez Nieto, Angela Rodríguez, Juana Costa, Encarnación Muñoz, Petrona Giles, Carmen Rodríguez Manso, María Olazábal; la señora del general Martín Rodríguez y la hija del general Rondeau las dirigían. La esbelta Matilde Olazábal acompañaba al piano, y todas las familias emigradas estaban allí representadas.

Al levantarse el telón, el público se puso de pie para escuchar con solemne respeto la canción de Irigoyen, cuyo acompañamiento había arreglado Roque Rivero.

¡Qué música tan entusiasta y marcial, como melancólicas muchas de sus notas! Principiaban medrosas el coro tan aplaudido:

¡Juventud argentina, a las armas!  
 ¡A la gloria, al combate volemós!  
 Gloria y patria venciendo tendremos,  
 ¡Gloria eterna muriendo también!

## III

No creemos fuera de lugar incrustar aquí reminiscencia de otro soldado poeta, que nos refería en velada de campamento á orillas del Yuquerí, nuestro respetable amigo el coronel Vedia, cuya mímica y verbosidad hacían revivir toda escena:

— Al terminar la función se acercó Mitre á mi hermana Delfina á quien yo acompañaba, felicitándola por el éxito, ofreciéndole unos versos entre un ramo de violetas, pues era ya su prometido.

¡Sería tal vez la primera flor ofrecida á la beldad que embelleció la aurora del poeta!

Finalizando la última nota de la canción que luego se popularizó en los campamentos, cantándose en todas partes acompañada de la música del himno de Riego, cayó una lluvia de ramitos de violetas sobre el proscenio entre ¡vivas! y prolongados aplausos. En aquella fiesta patriótica se recolectaron cuatro mil pesos plata, para adquirir los primeros auxilios á los peregrinos de la «Isla de la Libertad», de donde partieron pocos días después el general Lavalle y sus bravos, á cumplir la misión que se habían impuesto de vencer, ó perecer en la demanda, cuyo juramento cumplieron.

Breve fué el tránsito de la bandera de Lavalle, bordada por jóvenes argentinas entre alegres sonrisas, afanosas, llenas de entusiasmo, que ondeante por brisas ya prósperas ó adversas cruzó como lábaro de redención: Martín García, Entre Ríos, Yeruá, San Cristóbal; triunfante en Entre Ríos y Santa Fe, siguió viacrucis dolorosísima: Buenos Aires, Córdoba, Tucumán, Salta, Jujuy. Con ella fueron allí cubiertos los restos del infortunado adalid. Su virtuoso secretario don Félix Frías la recogió de sobre su ataúd, terminados los funerales del mártir en la Catedral de Potosí, yendo á entregarla á Chile en las mismas manos que la recibieron en Montevideo, y donándola luego su cariñosa hija Dolores Lavalle al Museo Histórico en la capital argentina, donde se venera.

He aquí la sentida misiva que su hijo Augusto, en nombre de

su padre, entregó á la secretaria de la comisión de argentinas. El patriota don Mariano Camelino leyó emocionado la carta que el 25 de Mayo de 1839 se recibió:

«Srta. Juana Manso. — Distinguida compatriota: El coronel Velazco me acaba de presentar el rico pabellón de Mayo que se sirven remitirme á nombre de las damas argentinas, firmantes del acta. Este signo de nuestra gloria nacional que ha inflamado el corazón de los argentinos, en quince años de combates, no dudo que despertará el patriotismo de nuestros compatriotas y será el vínculo de unión de todos los argentinos, y la señal de una época nueva que bajo el imperio de la ley termine nuestra espantosa revolución.

«Agradezco á ustedes, distinguidas señoritas, la expresión afectuosa con que me favorecen, efecto de los sentimientos de patriotismo y generosidad de que están animadas.» — Juan Lavalle.

Con el jefe político Sr. Lamas, entró el Dr. Alberdi al palco de la Srta. Emilia Unánue, bordadora del portabandera ornada de oro, ofreciéndole un hermoso ramo de flores blancas y celestes.

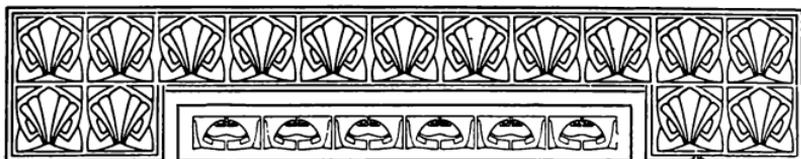
Y aquella risueña esperanza de la patria, tronchada en flor, Rufino Varela, último hermano del Cisne del Plata, cojeando aún de su rodada en Paso del Molino, á la puerta del teatro se despedía para siempre de su novia inconsolable por fatal presentimiento. Del brazo de sus amigos, para distraerle, salían cantando por la calle del Portón (en la misma acera que años después cayó asesinado el activo «portero» de San Felipe), la primera estrofa de la «Marcha de Lavalle», que luego vibró largo tiempo:

«A la lid, á la lid, argentinos...»

y en el silencio de las altas horas de una hermosa noche de luna, seguía resonando:

«¡ Argentinas hermosas preparan  
las coronas de mirto y de rosa  
con que adornen sus manos la fosa  
del valiente que expire en la lid! »

---



## ¡Ladrón!



AY palabras que matan; algunas que estremecen; otras que paralizan. Las palabras se las lleva el viento, dice el vulgo, pero en cuántos casos, palabra suelta no tiene vuelta. Algunas golpean como pesada maza que anonada, haciendo bambolear, resonando al oído, hasta que se extinguen con la vida.

Y esto tiene también de más cruento, palabra que no levanta sangre al parecer, la palabra escrita, que si por un lado entrafia enseñanza, por otro prolonga vilipendio.

En las heridas de acero, la de pluma es más profunda que las de lanza ó espada, que cicatrizan. No cierran las otras, prolongando odios hasta segunda y tercera generación.

No es cuento de viejas que la conciencia acusa, cuando no se perdió del todo ese adminículo, que la crápula extingue. El gusano roedor de la conciencia, invisible como la electricidad, no se ve, pero aniquila.

### I

En la primera y última semana del pasado siglo, dos accidentes semejantes se desarrollaron, que cazamos como mariposas al vuelo, herborizando en huerta inferior, pues preferible es ejemplarizar con lo que por nuestras circunvecindades acontece.

Cruzando iba media plaza, en la que hoy se llama de la Vic-

toria, una capa color polvillo, (tan raída como el vejete que envolvía) estrecha senda, roturada por transeuntes, al través del pastizal que en toda ella crecía, sin que las mulas de la carroza del Santísimo y matungos sueltos de vecinos, alcanzaran á disminuir.

La capa no caminaba sola, si bien tan liviana al pampero, que ahuecada podía volar quien con ella caminaba: bajo, magro y bruno ó cebruno, de poco cuerpo y menos cacumen. Había sido señor de campanillas, al presente á solas con su conciencia, en la hora gris de las tristes pesadumbres. Rumiando acaso remordimientos, que no se extinguen en alma que fué buena, cuando sombra infernal que sus pasos seguía, acercándosele al oído, gritó de improviso: ¡Ladrón!

El tan bruscamente llamado por su nombre, quizá por alguno que tan al pasar reconocía su colega, desapareció como visión que se lleva el viento, desvaneciéndose en las sombras de la oración. Inmóvil quedó, trabado sin poder avanzar, fija la mirada en la Casa de Justicia á su frente, cual si le llamara con atracción irresistible, como cosa que le pertenecía. Apenas pudo llegar tambaleando al pozo ciego arruinado desde las obras de reparaciones en la Catedral, sentándose en su brocal, frente de donde salió años después «La Voz de la Iglesia», y que entonces creyó él salía de su boca la de que la justicia tarde ó temprano llega.

Y era éste cierto Ramón, quien por seguir costumbre del Santo de su nombre, — cuando más oprimido candado sellaban sus labios, más elocuentes fluían sus palabras, más vibraban en su mutismo reproches en este antiguo recaudador, — cuyos gatuperios de años atrás llegado habían á reales oídos, á punto que arribó en mula de paso por encargo directo de Su Majestad otro Visitador de Cajas reales desde Quito, no á hacerle mera visita de cumplimiento desde tan lejos, sino á ajustarle cuentas.

Con que se había sabido, lo que él creía único sabedor, trascendíose secreto enterrado en el misterio, trapisonda á que se había echado tierra, para que el público siguiera ignorante de lo que debería saber, puesto que era quien resultaba esquilado, aunque si bien llegó á partirle por el eje su destitución? Tantos años pasados en olor de santidad, su buena conducta de otros tiempos, atenuación fué que le detuvo en el camino de la cárcel,

finiquitando sin terminar cuentas que no hubo cuándo acabar, comprobación de depósitos y extracciones, paralizada investigación de fondos, en cajas que no tenían fondo ni fondos.

Muchos años habían transcurrido, olvidado por la especie de que si salió ó no limpio como una patena el jefe de administración, cuando vino á reabrirse herida anterior en quien se creía insospechable. Su espíritu y su cuerpo quebrantado con aquel golpe de maza en media plaza, le desplomó en cama como fulminado, llegando á su casa achuchado y tiritando en noche de estío. Dando diente con diente, seguía bajo una fiebre que volaba, y al tercer día reposó... pero en el camposanto, tras la Catedral el día siguiente al descubrimiento de lo que todos sabían, menos él, es decir, que era un ladrón en cesantía.

## II

Hay ladrones á medias, ó medios ladrones, casi ladrones; otros que lo fueron, arrepentidos, buenos ladrones, ó ladrones buenos, incapaces de hacer mal á nadie, què llevan su refinamiento ó galantería hasta narcotizar con delicadeza á la dama que en su lecho encontrara adormecida, para que no se emocione al desatarle con todo cuidado el collar de perlas que adorna el hermoso cuello de la bella durmiente. Los buenos ladrones tienen añeja ascendencia en Gestas, que desde lo alto de la Cruz increpaba á Dimas, quien al robo agregaba el asesinato.

A cien años de distancia y descartando muchos otros parecidos, para exhumar sólo el primero y el último del mismo siglo de las luces, antes de este otro siglo de la dinamita justiciadora, y los hombres que vuelan como las casas de dinamiteros, he aquí el segundo sucedido, que coincidencia al acaso trae á los cantos de la pluma.

Era éste, no viejo, sino buen joven y hasta buen mozo (que tentación de mujer no respeta edad ni sexo, estación, país, creencias, ni costumbres). Activo, entusiasta, bondadoso y servicial, de honrados padres nacido, — más cuesta arriba es sin duda conservarse ileso, rodando entre pillos — también empleado de Ban-

co, aunque de seguir acentuando señas puede quemarse el adivinador, y no es nuestro ánimo mortificar al prójimo, sino deducir moraleja que, como advertimos, más se graba cuando es de nuestro barrio.

Con la frente alta y las manos limpias, largos años pasó entre millones, contando y descontando caudales, cajero ejemplar, á quien se podía confiar oro en polvo, sin pegársele la más leve partícula que suele volar, en dobleces de su jaquet flamante.

Por su honorabilidad y buen desempeño, ascendió triunfante de escala en escala á las primeras de aquel inolvidable Banco y Casa de Moneda, que fundado con sólo un millón de pesos en la época histórica de Rivadavia, llegó un día á señalarse tercer Banco en el mundo comercial.

¡Oh! y cuántos buenos servicios prestó el antiguo Banco de la Provincia por su solidez, por su constitución, su confianza y liberalidad. A cuántos hizo ricos, á cuántos pobres habilitó y á otros tantos salvó de quiebras, con su auxilio á tiempo.

Del modesto empleado servicial por naturaleza, un informe, un trámite en el acto, una recomendación, en cuántas ocasiones los anticipaba á su pedido. «¿En qué puedo servirlo?...» era su primera salutación, ¡y cuán pocos le sirvieron en su desgracia!

Pero un día llegó, cuando el diablo tentador de la grandeza, si no la última la más azotadora epidemia que sigue haciendo más víctimas que el cólera y la peste negra, ofuscando aún los más cuerdos en exageradas especulaciones de tierras, de ruletas, carreras y toda clase de juego. ¡Oh! la pasión devorante, despiñadero infernal, á cuántos más seguirá conduciendo al precipicio sin fin donde van rodando tantas honras y hombres, mujeres, niños, pobres y ricos, quedando sin una blanca y con muchas negras manchas inalterables.

Contagiado por la atmósfera sofocante del vicio dorado, de guante blanco, cuando el sueldo no alcanzó, ó pérdida en las carreras le dejara sin fondos, empezó á extraer pequeñas cantidades de la Caja bajo su custodia, que se apresuraba á reponer. El aguijón de honradez primitiva le obligaba á escribir dentro la misma caja: «Hoy he sacado mil pesos», después cinco mil, luego diez mil, hasta que el arqueo de fin de año llegó habiendo olvidado retirar la constancia de sus extracciones.

## III

La ley es para todos una, no hay influencia que valga ni cartita de recomendación. Un año y más pasaron. La última cantidad no repuesta, fué pagada. La misma casa bancaria aprovechó festividades patrias para solicitar indulto por sus largos años y buenos antecedentes de toda una vida honrada y de labor ejemplar antes del tropiezo. La enfermedad contraída en la prisión por el propio abatimiento, — ¡la conciencia acusa en el que fué honrado! — uno que otro de sus innumerables amigos que favoreciera en sus días azules, fué á sacarlo de la Penitenciaría, en cuya pared había escrito la fecha de su caída. Pero esta era de aquellas que no se levantan. Porrazo mortal. No se había roto la cabeza, pero sí raspado lo que adentro guarda, y en el diario saca y mete, en extracciones y reposiciones, no olvidaba éstas, pero sí extraer papelitos que bien pronto se volvieron acusadores.

Día fatal de visita ó arqueo de caja, fué aquel en que no habiéndose apresurado á reponer la última excesiva cantidad extraída, se encontraron en su interior multitud de esas tiritas de papel, rastros de una conciencia no del todo corrompida, y fueron esos sus propios papelitos acusadores los que comprobaron desfalco.

La destitución se impuso. Miembros en el directorio hubo que en mérito á largos y buenos servicios, pretendieron detener ahí su actuación. Pero la acusación hubo de seguir. Confesión de parte releva de prueba, y el buen ladrón ó casi ladrón honrado no negó su extralimitación. Interpuso atenuaciones, pero al fin y á pesar de toda consideración que se tuvo á este padre de familia, arrastrado por el vicio del día, fué á chirona.

Para hombre de conciencia no hay peor acusador que su propia conciencia.

El mal administrador que no llegó á estar entre rejas á fines del siglo XVIII, y el buen empleado que salía de ellas el siglo XX, murieron de pesadumbre.

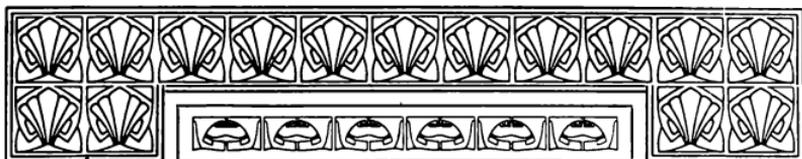
Tal vez sonría de incredulidad algún jovencito de los que son hoy absorbidos por el mal de la época: hoy nadie se muere de eso.

Pero si examinaran el registro diario de policía, encontrarían aclarado el porqué de tantos suicidios, desaparecidos ó muertes misteriosas.

Podemos afirmar, á fe de tradicionistas, que los dos ejemplares referidos pasearon muchas veces por nuestras calles y plazas.

Acentuaríamos mayores detalles, pero á cada palo su vela; hay descendientes honrados de abuelos que no siempre lo fueron.

---



## Un filántropo irlandés

### I



FUÉ el Reverendo Padre Fahy, mi vecino muchos años en nuestra Citty naciente, esquina hoy de los cuatro Bancos, sobre cuyo solar levantó el activo español que desde dependiente, su inteligencia y laboriosidad le ascendieron á banquero. Era el irlandés más seriote, seco y honrado que conocimos, aún después de llegar á la verde Erin, y pasando por cuantos países viajan ingleses, es decir, por toda la tierra. A su casa fuimos en su busca en Febrero de 1857, por encargo del Gobernador, subiéndolo los peldaños de escalera, para muchos verdadera escala de fortuna, conduciéndole á Barracas, y á la quinta de otro irlandés, también raro, bueno y á la par heroico Almirante, Brown que requería los últimos auxilios de su paisano y amigo.

La mitad de su vida, al menos de la que consagró á ganar almas para el cielo y también neófitos para San Patricio, persistimos buenos vecinos. Continuamente le encontrábase rodeado de lindas muchachas pecosas (cuidado no equivocar pecadoras), sin que de todas aquellas conversaciones entre puertas ó á media luz de escalones asaz resbaladizos, ni sendos miles de pesos que por sus manos pasaron, jamás dieran sus manos pie para murmuración.

Secretitos de confesión, consejos de guía espiritual, su opinión para todo solicitada, diariamente encontrábase rodeado y seguido, no perseguido, por las más rubias tentaciones del santo

de su nombre, y el buen padre Fahy, que para llegar á viejo (aunque no murió de tal) hubo sin duda ser joven, rodeado de lindos palmitos en flor, ya en su casa, en la calle, en la capilla de San Roque, por todas partes, apenas podía dar paso sin que alguna de sus compatriotas, en perpétuo estado interesante, por su belleza ó juventud, no se cruzara en demanda de casamiento ó bautismo, sin que nunca diera un paso en falso.

Venido trás las tormentosas noches del año cuarenta, poco antes del bloqueo de los ingleses, establecióse por el barrio de los mismos.

Sala de residentes, templo inglés, diario inglés, Bolsa ó Camoati (como por entonces llamaban), hotel inglés, por ahí cerca del desembarcadero, almacén inglés al frente, á la acera médico inglés: Dónovan, Cuningan, Brown, al lado botica inglesa: Cramwell, por todas partes su idioma, su bandera, sus compatriotas: ese era su campo de acción y atracción, para encaminar á sus paisanos, miopes los más de ellos, al arribar de tan lejos á playas desconocidas, en su ignorancia seducidos por el nombre mágico de Río de la Plata.

Pasaron pocos años y el celoso sacerdote en su propaganda dentro los mismos disidentes ingleses, fué centro y punto de intersección, y tan ciega confianza le tenían, que ya no sólo para los negocios ordinarios de la vida, sino aún para ligar por siempre su destino, los irlandeses no tomaban ni mujer ni majada, sino elegida por su Pastor.

Era vida fecunda en beneficios para sus semejantes, y sus obras de caridad cada día podían contarse por las horas de su existencia. Hoy á cien años de su nacimiento, persisten fecundas en su desarrollo.

Casaba á unas, aconsejaba á otros, dirigía á todos, como que para cada cual encontraba su cada cual, y tenía palabras de consuelo, de aliento, de experiencia y persuasión.

Y el que caía bajo su protección, podía contar con buena fortuna. La prosperidad entraba por la puerta y ventana de su casa, con el nombre é influencia del Padre Fahy.

Díganlo don Terencio Moor, el almacenero perpétuamente en mangas de camisa sobre el poste de la esquina, á quien recomendaba su clientela de confesonario, para sus menesterosidades

al regresar del campo de donde venía leguas y leguas tras un consejo; corredores como Duggan y Backer, Drysdale y Linch, á los que proporcionaba sus mejores peones, y hasta el mismo don Tomás Armstrong, que reconocido á los servicios prestados á sus compatriotas, dióle por vida hospedaje gratis en su antigua propiedad, confluencia Reconquista y Mitre.

El primero sólo de los vecinos nombrados, don Terencio, albacea posteriormente del Padre Fahy, llegó á testar dos millones de duros, sobre cuyo monto el señor Carabassa (banquero en la misma casa que vivió y murió Fahy) cobró millón y medio de la antigua moneda por arreglos testamentarios.

## II

Hacia 1856 aumentó afluencia de inmigración de Irlanda con motivo del cruzamiento en la raza ovina. Siendo inglesas la mayor parte de las cabañas, preferían pastores de igual cría. Aún Latham y Hardy, traían algunos por su cuenta. Otros venían por la propia. Al dirigirse á su Capellán, éste les recomendaba á White, Clark, Bell y cuantos ingleses entendían de ovejas y ovejeros.

El pastor espiritual que empezaba por recomendarlos, era luego árbitro en sus diferencias con patronos y en las trapisondas y enredos de contratos, tercerías y medianerías. Les elegía compañera que fuera á alegrar sus soledades, bautizaba sus rubiecos y más tarde era inevitable depositario de sus ahorros.

Verdadero filántropo á la manera del señor Miguens, á principios de siglo, de Cazón, Rodríguez y otras modestas virtudes, hombres buenos que han derramado beneficios por todas partes, sin que su beneficencia por ser anónima deje de ser meritoria; hombres sanos y de conciencia, tipos que van mermando, de aquellos que hacen el bien por el placer de hacer bien.

La obra del Padre Fahy no está escrita, pero huella indeleble ha quedado en su barrio, en el pueblo, en el corazón de sus compatriotas, por cuantas partes pasó, dejando rastro de su influencia benéfica. Perdura su recuerdo, su espíritu entre sus paisanos, cual

una esencia que alienta á lo bueno en las familias irlandesas de nuestros verdes campos; vive, está presente, se prolonga y se le invoca con cariño como el genio bueno del hogar, formado por su bendición.

En cuantas largas veladas de invierno alrededor del fogón congregando la familia bajo pobre cabaña, pajizo techo del pastor irlandés que vino á poblar nuestras pampas, el viejo abuelo, achacoso por el frío y la intemperie, que en noches heladas pasó rondando la majada, principio de su fortuna, mientras la llama chisporroteante de verde leña dora el gordo corderito, y la nietecilla sin madre prepara el thé sobre las rodillas, teniendo al más pequeñuelo, cuenta por centésima vez su venida á América, y la beneficencia del inolvidable.

Los señores de la tierra oprímian con arrendamientos excesivos á los pobres sembradores de papas, de ese precioso tubérculo del nuevo mundo, que brindó alimento á la Irlanda y al universo. La alta cámara estorsionaba los primos de Irlanda. Mísera barca en largo viaje le echó á la orilla, y si el Padre Fahy no tiende inano amiga, cuántas veces hubiera zozobrado.

A él como á sus compañeros, les recomendó á los cabañeros de cruza fina, quienes prepararon, enriqueciendo al país, su propia riqueza. Vino un primer año de seca, y otro de inundación; la epizootia siguió, y tras tantos contratiempos, ya desesperaba en el nuevo, como en el viejo mundo, cuando un buen consejo del filántropo vino á levantarlo de su postración, ayudándole á mudar de campo.

Anduvo de un lado á otro con la majada, ya reducidas las pocas ovejas salvadas de la habilitación, peregrinando de San Antonio de Areco al Luján, de las Conchitas á la Capilla de los ingleses, de uno á otro partido, aquí caigo, allí levanto, hasta que los malos tiempos pasaron.

Cuando vientos bonancibles soplaron, y en la soledad del campo empezó á sentir el aislamiento, le aconsejó casarse, formar familia, fijar su bienestar. El mismo buscó la buena compañera de sus bellos días, con la que entró la dicha y la tranquilidad en su hogar.

Y como á ese ovejero irlandés, á cien otros les ayuda y conforta en sus aficciones, con su ejemplo, su consejo, y sus pala-

bras fueron el sostén y guía de millares de recién venidos, hasta convertirse en amparo y verdadero padre de los pobres.

Bien se le llamara á media noche lloviendo á cántaros en auxilio de un pobre en agonía, ó al través de campos áridos bajo el quemante sol de estío, el paciente Fahy tomaba su sombrero de copa alta, cubría su negro manto y allá iba por esos cardales de Dios, llevando la bendición del mismo.

### III.

Tantos y tan importantes fueron sus servicios dentro de su ministerio y fuera de él, que aun siendo extranjero, pronto se le nombró Canónigo en el coro de la Catedral.

Desprendido, activo, enérgico en la defensa de los intereses que se le confiaban, llegó á depositar á su nombre en el Banco más de un millón de pesos fuertes, dinero de numerosos irlandeses, entregados á su guarda, sin pedir el más simple recibo.

En cierta ocasión, los ingleses reconocidos se cotizaron para ofrecer un obsequio á quien tanto les servía, y le presentaron un cheque por muchas libras esterlinas. Menos tardó en llegar á sus manos que en pasarlo á las Hermanas de Caridad irlandesas, dinero con el que compraron el solar, esquina Tucumán y Río Bamba. Allí levantaron colegio para las hijas de sus compatriotas. Estrecho ese primer establecimiento, ocupan hoy cuatro manzanas en la confluencia Rivadavia y Victoria, antigua chacra del doctor Ortiz. En el sitio de honor del gran edificio osténtase la vera imagen del Padre Fahy, que también se venera en cada rancho irlandés en la vasta campaña.

Su fallecimiento es un bello capítulo que compendió todas las virtudes de su vida. Murió como había vivido, y fué víctima, mártir de la caridad.

Esparciendo obras de misericordia, que como cosa natural él hacía en el silencio, había pasado sin contagio el flagelo terrible de dos epidemias en la ciudad de Buenos Aires.

La de 1871, se presentó implacable y aterrante desde el primer momento. Todo el que pudo se refugió bien lejos, y así mis-

mo en la casi desierta ciudad asolada, llegaron á enterrarse ochocientas víctimas un día.

Durante la recrudescencia de aquellos tristes días de dolor, fué solicitado por una familia italiana, reducida sólo al padre y la madre, pues los hijos todos habían perecido de la fiebre amarilla, que asolaba el vecino barrio al puerto.

Tratábase de llenar su misión, y por más que pretenden detenerle amigos y servidores, observándole no es él párroco, ni es inglés quien llama, contesta sencillamente: «La caridad no tiene pátria: su estandarte es el de la humanidad; obra de misericordia asistir á los enfermos. Es un pobre quien reclama mi auxilio».

Y fué, y volvió y se acostó en seguida, á morir tranquilamente la muerte del justo.

El febriciente le contagió con su aliento letal. . . En el magnífico cuadro (que no es dable contemplar sin lágrimas), del célebre pintor uruguayo Blanes, resumiendo el último episodio, falta una figura.

Otros dos filántropos se descubren penetrando al hogar de la muerte. El doctor Roque Pérez, se inclina ante aquella escena desgarradora. El doctor Manuel Argerich, puro corazón, llevándose la mano á él, descúbrese conmovido.

Por la puerta donde entra el muchacho que fué á llamarle, y á la que espera, sin animarse á pasar el conductor de los auxilios de la Comisión de Socorros, acaba de salir el Padre Fahy.

Amarillentos restos se divisan sobre desvernancado catre, cuya frazada de admirable doblez, sobresaliendo de bulto en la pintura, sábana colgando mal cubre el baúl del pobre jornalero. En el suelo del desierto conventillo, un niño gatea, forcejeando por desprender la bata del helado seno materno, en busca de alimento, trepa sobre la amarillenta madre, quien con su brazo lívido y descarnado, al abandonar la cuchara del último remedio, parece querer abrazar su hijito, aun después de muerta. Todo ese vivo cuadro de la muerte lo complementaría la evangélica figura del Padre Fahy, que salió de allí fulminado, como esos otros dos apóstoles de caridad, mártires de ella, en los tristísimos días que enlutaron esta ciudad. No se habrá levantado monumento sobre su fosa recordando su nombre, que al fin héroe era de filantropía, pero en el corazón de sus compatriotas queda pe-

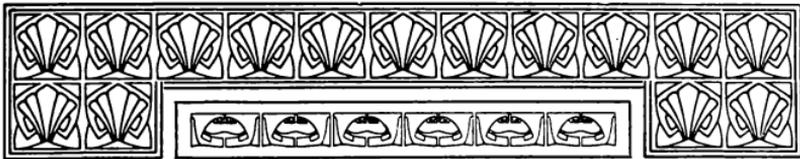
renne su imagen resplandeciente y viva, y de una á otra generación su buen nombre es gratamente recordado por padres, hijos y nietos.

Cúmplese el centenario de su nacimiento, y perdurando la semilla fecunda de su apostolado, numerosa colectividad inglesa se reúne á celebrarlo, consagrándole el mármol inmortal.

La gratitud es la más hermosa virtud que ennoblece el corazón.







## La gran carrera

### I



LLA por los años de 1852, y hasta veinte años después y desde otros tantos antes, pelechaba una Cervecería en el bajo de la Recoleta, no porque los Recoletos la fabricaran mejor, sino porque su ubicación á orilla del gran río, fresca y apetitosa dióle más renombre que á la Cervecería del Retiro entonces, y á la gran fábrica de hoy (Quilmes), por la que el hermano del Emperador alemán acaba de arribar, con sólo objeto de declararla superior á la de Hamburgo. La población buscando como todas las cosas su norte, se extendía hacia aquel lado; también los carreristas, por ende bebedores y chupandinos.

Al palenque de esa blanca casita escondida bajo el verde sauzal, atados todo el día se veían numerosos caballos, denunciando gran concurrencia donde juego alguno, bueno ó malo, se prohibía: bochas, palos, garrote, cuchilladas, taba, carreras domingueras, sortija y cuantos otros para entretenimiento de unos, y vicio de los más, inventó codicia contra bienes ajenos. Arriba, en los altos, contiguo al balconcito de la esperanza, cita pecaminosa y de apuesta permanente, asomaban compadritos contemplando los caballos que vareaban. La carpeta verde, á todas horas tendida, tallando la brisca inocente y el truco infernal, abigarrada concurrencia, agitando el cubilete de las muelas de Santa Ana, y el librito de cuarenta hojas tirando día y noche de la oreja á Jorge. era continúa.

También se calumnió alguna vez esa aislada pulpería, — alejado refugio de pecadores — como escapatorio por donde se embarcó Rozas ese año y por el mismo que huyó su vencedor al siguiente: pero resultaron cuentos esos como los de la bruja del cementerio vecino, las ánimas ladronas, ó la viuda espantajo.

## II

No obstante que la gran carrera se anunciaba para las cuatro de la tarde, desde muy temprano empezó á caer paisanada platuda, alegre y chistosa, cruzando por el camino apuestas de recado á recado, ya al entrerriano ó al caballo porteño.

Allí, donde hoy confina el Parque Japonés, remolinaba la muchedumbre, centro en que las mujeres, el vino y el juego, atractiva trinidad de toda época, en más de una ocasión hicieron correr, no sólo cerveza negra, blanca ó color caña, sino también sangre de hombres y lágrimas de mujeres.

En la corrida del famoso parejero del general Urquiza y el «tapado» de don Manuel Hornos, juego de mayor alcance se maliciaba, husmeando algo de politiquería en los contrincantes.

Seguía cayendo de todos lados concurrencia multicolor; emponchados unos, de camisetas celestes y oscuras, ó coloradas otros; ni faltaban chaquetas y aun emponchados con sombrero de copa alta, en quienes predominaba el tipo bronceado de laboriosos paisanos. En los vistosos trajes del mujererío, resultaban, no colores, sino colorinches: todo un arco iris de mal gusto criollo.

Los jefes del Ejército grande, voceaban paradas gordas; Oroño, López, venidos de Santa Fe; Urdinarrain, Basavilbaso, Galán, Galarce, López Jordán, Waldino, Jefes y Oficiales entrerrianos; aun de lejanos pagos de Corrientes: Virasoro, Reguera, Paiva, Ramírez chico, de Curuzú-Cuatíá; el gaucho Cáceres, todos plattudos, aparecían pisando plata, chapeados de plata, monturas, caballos y tiradores ídem, y hasta las bolas de plata, algún sargento del Escuadrón de boleadores del comandante Leguizamón. También corrían más abundantes entre bolivianos, cuatros y cortados, billetes sucios y arrugados. El jefe de Estado Mayor para

que no faltara á sus adictos todo lo que hay que tener, la víspera había hecho pagar á las tropas que seguían acampadas en Palermo, cerrándose trastiendas y pulperías hasta después de las carreras. Gauchos de mi flor, compadritos de media caña, abastecedores, orilleros, jugadores y cuchilleros, relucían en sus anchos tiradores brillantes columnarias.

Algo apartado rodeaban al General Hornos el lancero de Lavalle, bonachón y risueño; los Coroneles Ocampo, los tres Capitanes Benítez de su propia Provincia de Entre Ríos y Solano el correntino, artillero del 11 de Septiembre, los comandantes García, Paunero, Conesa, Lezica, Sotelo García (el gato), Galván, Vila, Camilo Rodríguez, el Capitán Ramos y Madariaga, Echenagucia, Tejerina y otros jefes y hacendados, sobresaliendo en la clamorosa multitud hasta el Padre Camargo, antiguo capellán carlista en Guipúzcoa, que á la sazón dragoneaba de Cura en la parroquia de los muertos, cuyo número aumentaba Rozas, no sin previa confesión de aquél.

Este gigante franciscano, de gran vozarrón, refranero y jugador de ajedrez con Don Bartolo — durante el sitio (1853) en el Cantón de la otra Cervecería del Retiro, — era más alto que Real y medio, Tambor Mayor en la Guardia Argentina de Rolón, del que malas lenguas chismeaban encontrar hilachas de su burdo sayal en zanjones de zarza-moras y tunales, sin duda por atender á hijas de confesión á toda hora y nó andar tras fruta sabrosa de cercano ajeno. No bien saliera triunfante su compadre Manuel, mandó echar campanas á vuelo, trepando á la torre á saltos y brincos el mulato más palangana de que hay memoria, sacristán en prosa y verso, que al compás de repiques los medía, y se conservan impresos bajo el seudónimo de Silvestre Pizarro.

### III.

Magnífico golpe de vista se abarcaba en todo lo largo del Paseo de Julio y hacia el inmenso estuario del Plata, sobre cuya playa amarillaba gentío á pie, á caballo, en carretas, carretillas, castillos de caña tan frágiles como los castillos en el aire que iban

haciendo sus conductoras, en ganancias de tortas fritas, empanadas chorreadoras y demás amasijos; enancadas unas, con la pierna sobre la cabezada otros, paso á paso, ó discutiendo en rueda entusiasmandose con dichos más ó menos agresivos, jurando y apostando por el caballo de Urquiza, ó el contrario.

Sorda gritería venía aumentando desde lejos, corriendo los más listos al encuentro del novato carrerino Leandro: Leandro á secas en sus comienzos, creciendo luego de nombre con su fama, Leandro, Don Leandro, el Señor Don Leandro Alvarez, abreviándolo cariñosa popularidad: Don Leandro, componedor de caballos, que corrió en 1852 y hasta las cercanías de 1910, fallecido en su retiro del bajo de Belgrano, al pie de su último parejero. Heredero de su nombre, fué Leandrito, famoso en Londres, reconocedor eximio de caballos de carrera, y el premio que con su apelativo se instituyó en su recuerdo.

Venía tirando del cabestro el «tapado moro» de Hornos, desmontado en el palenque de la Cervecería, que desde la barranca del rancho del pescador del Convento (actual gruta) aparecía iluminada por el sol poniente, cual blanca gaviota escapada de bullanguera bandada que revoloteaba picoteando desperdicios en los mataderos detrás de la Recoleta. Al mismo tiempo llegaba de opuesto rumbo, el mayor de los Mellizos, guardaespaldas de Urquiza, nacido por el arroyo de la China, también de una china de confianza del General (como el malacara colorado que era su crédito), educados ambos, caballo y corredor en San José, aunque algunos autores crean al último gualeguaychense.

Ganosos ambos de correrla, poca charla gastaron, tocándose apenas el ala del chambergo que pronto cambiaron por el pañuelo ciñendo las crenchas. Minutos antes de las cuatro, abriéndose paso entre el tumulto, «cuando guste Don», invitó el porteño, y saltando cada cual en el suyo: «cancha, cancha, señores», gritaron los jueces nombrados para presidir, «cancha, cancha», repitió la multitud contenta, abriéndose á uno y otro lado, y en pocos momentos quedó formada ancha calle hasta la entrada de Palermo, empezando á varear. Marcharon ambos jinetes hasta la raya. Volvieron luego al trote la segunda, después al galope á la siguiente, mirando y observándose de reojo uno y otro, como reconociéndose en acecho desconfiados. En seguida ga-

loparon dos o tres veces procurando cada uno detener el ímpetu de su caballo, á objeto de inspirar confianza á su adversario, y cuando el que presidía la carrera vió pisaban juntos la última raya, gritó: «ahora», respondiendo los jinetes: «vamos, vamos» y arrancando a todo escape, seguidos de la multitud cerrada en columna tras los parejeros, pasaron como exhalación, levantando nubes de polvo que los ocultaba.

Al principio á la par, indeciso aparecía el triunfo. Los dos fletes, superiores, juntos iban á pisar la raya. Ambos corredores en mangas de camisa, inclinados sobre el pescuezo del animal castigaban á rebenque doblado, y alentados por la gritería á los flancos, redoblaban esfuerzos, echando los caballos humo por las narices dilatadas. Faltaba la última cuadra, cuando el parejero entrerriano, brillando el sudor que cubría los animales jadeantes, sacó media cabeza, aventajando luego medio cuerpo. A la gritería siguió el silencio; conteniéndose las voces, oíase sólo el galopar y el fuerte resuello, cuando á cincuenta varas de la meta, arrancando como una bala en su último esfuerzo, por tres cuerpos de caballo llegó primero el de Leandro á la raya.

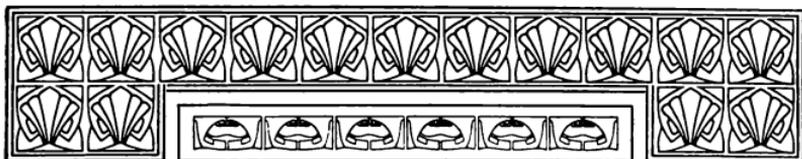
Aclamaciones, gritería sin fin, vivas y aplausos interminables poblaron los aires, y entre vocinglería y clamoreo, el triunfo del caballo del general Hornos fué proclamado por el juez de raya, sin apelación; aunque no sin que el Padre Camargo tuviera que interponerse calmando, separando á caballazos, imponiendo con su voz de trueno, al acalorado paisanaje discutidor, ebrio de entusiasmo, de caña y de cerveza.

No faltó alguno que no era del pago, sin duda mal vecino de Pago Largo, que intentara echar mano al facón, razón la más convincente, pues el parejero del vencedor de Caseros no podía ser vencido sino por artijmaña ó brujería de *porteño barriga alujereada*, que se ahoga en poca agua.

Ni sus cabállos saben nadar, — alegaba un entrerriano.

---





## Papelito canta

### I



UANDO la buena estrella alumbra, por cualquier resquicio se cuele la fortuna. Entre mis buenos vecinos suelo divisar dos, que si bien obra son del mismo artífice, sin duda no han sido vaciados en el mismo molde, ni muestran la misma estampa. Pequeño de espíritu y de talla el uno, á su ánimo apocado asustan sombras, sospechando asechanzas por todas partes, melancolizándole sus tristes días nublados. Su lindero en balcón corrido, que simple reja subdivide, cuando le desvelan suspiros cavernosos le endilga copla que le sintetiza :

Don Poquito Jeremías  
Pasa sus noches y días  
Suspirando sin cesar,  
Por pena que no le apena,  
Y á sí propio se envenena  
Sin poderlo remediar.

Dado á todos, pero no á todos los diablos, este otro vecino en verso, impasible á cualquier contratiempo, de natural apático, pero de carácter abierto y cara de fiestas, que para él todas son pascuas, lleva por divisa la santa resignación, y tiene levantado un altar á la Esperanza, esa sonrisa de las almas buenas que si no conforta, alienta en los contratiempos. De hábitos y costumbres

opuestas, si uno tiene la manía de quemar cuanto papel le cae á mano, su antagónico la de guardar hasta los inservibles.

— ¡Conserve, amigo!, guarde todo; por falta de media foja me trasapelaron una herencia las aves negras del antiguo Cabildo.

— Causa de los cuentos son los agravios; yo sé las cosas; pero me callo, — replicaba la contraparte, aunque contrariando su silenciosidad, solía agregar cuento al caso:

— ¡Mire usted! Por mucho tiempo, hasta las más chismosas viejas del barrio vivían convencidas de lo buena que era la mujer de don Teofilomeno, cuando en cierta noche, (dado era á coleccionar reliquias de la llorada finadita, la que si no tenía sobrealtar sólo era por no poder costearlo), dió con atadito de amarillentas cartas viejas oliendo á benjuí, ligadas con cinta negra, como crespón amortajando cenizas de amores desvanecidos, con pelos y señales de rubios cabellos que á sus labios llegaron ya canos, pruebas palpables y hablables de la castidad lagrimeada. . . ¡Papeles al fuego, al fuego todos! Cuando la hora de la suerte llega, ella se mete bien sea por la gatera.

Y en esto aludía mi vecino á cierto ingenuo paraguayito de Lambaré, que cerraba á tranca y lodo puertas y ventanas en su modesto rancho, para no ser molestado en sus largas siestas. Llegado el Correo en una de ellas, arrojó la correspondencia por la única abertura encontrada, agujero dejado para salidas del barcino á nocturnas aventuras. Cartas lacradas en negro, anunciaban herencia inesperada, que le trajo un dulce despertar.

De tapados escondrijos ó entierros está llena la tierra, como de esperanzas el subsuelo de toda alma; pero indudablemente más reivindicaciones beneficiaron, hurgando archivos y gavetas, que escándalos exhibiéronse, desenterrando secretos que sacaran cueritos al sol.

## II

He aquí lo que extractamos del documentito reivindicador:

«En la ciudad de Buenos Aires, á doce de Septiembre de 1828, yo don José Julián Arriola, vecino de ella y poseedor del Oratorio y casa titulada de los Padres franciscanos, sita entre las casas de mi habitación y el obraje

de hornos, habiendo hecho presente don Martín Boneo, cura vicario de este partido, la necesidad de iglesia y casa para el desempeño de las funciones parroquiales y bien de esta ciudad, de acuerdo con él he venido en conceder á la parroquia lo siguiente:

Cedo para el servicio del curato, la iglesia y demás habitaciones contiguas, que son trece, e igualmente el terreno que hay hasta el camino abajo, comprendiéndose, con el ancho que tiene desde la zanja que está á la derecha de la iglesia hasta la que está inmediata á la izquierda de las habitaciones, y por el fondo la zanja próxima al cementerio.

La donación que hago de lo anterior, casa y terreno á la parroquia «será abolida» en caso de que no tenga localidad para formar templo.

En caso de que la parroquia salga de este destino por tener templo adecuado y deje de haber culto divino en el referido Oratorio, volverá éste con todas sus habitaciones y tierra á su propietario ó la de sus sucesores.

La presente donación que hago se escribirá por «duplicado» debiendo existir un ejemplar en el archivo de la iglesia y «otro en el mío», y siempre el boleto en poder del Cura, para su cumplimiento, y pueda ser obligado, y lo mismo el cura de la parroquia de darme el presente y lo firmamos. — Martín Boneo.»

Tan ilustrada y respetable dama como la señora Marcelina Arriola de Hunter, que no ha tenido que llegar á sus ochenta navidades para que entre hijos, nietos y biznietos le rodee el cariño de sesenta descendientes, repite lo que los más antiguos vecinos de la localidad y en escritura de donación «condicional» se lee bien claro:

«Artículo 10 — Si en cualquier tiempo dejara de haber iglesia en terrenos sobre la barranca, que vuelvan á mi sucesión, los que sólo para aquel destino dono, y me quito»...

De la que hubo, fué el canónigo Dutel el último Cura que colgó campanas en la chata torrecita blanca, cuya base es lo único que resta. Luego transformada fué por su comprador, el bien recordado médico inglés doctor Alston, en estanque para regar jardín que no llegó á cultivar, antes de levantarse la amplia cúpula sobre la calle Obligado, que recuerda al gobernador firmante del decreto de fundación del actual pueblo. Allí bajo el nombre de uno de los más gloriosos héroes de la independencia, el día de su inauguración, en mesa de mantel largo rodeando al señor Obispo Escalada y promotores tan activos como Estévez Saguí, don Santiago Tobal, Oliver, Morillo, el ministro Alsina, recordaba su Ilustrísima: Aunque con el tiempo se edifique una

iglesia más amplia, debe conservarse ésta como su primitiva, máxime cuando su fundador tiene mandado que, si se varía el destino de su donación, vuelvan estos terrenos á sus herederos.

Ah! no desdeñéis viejos papeles que, arrugados por el uso, algunos arrojan como papel de estraza. Guardad esos testigos silenciosos que hablarán á tiempo. Por frágiles que sean, la costumbre de verlos nos encariñan reviviendo memorias, adhiriéndonos como las hojas á la rama. Ocupan tan reducido espacio! En cuantas ocasiones recompensan con creces su conservación, ya aclarando dudas ó confirmando derechos. En momentos que escribimos, consigna la prensa cómo á un yanqui de los muchos que piensan y andan al galope, se le quemaron los papeles, imposibilitado de cobrar cien mil dólares de la Lotería de Panamá por ligereza de destruirlos sin examinarlos.

### III

De cómo, cuándo y dónde, volando y revolando desde ultra cordillera, por el zonda que ocasiona más dolores de cabeza que los originados por el traspapelado, venido á caer sobre la mesa de las tradiciones, atestigüando ha sido en la forma más natural y sencilla. Ese mismo coleccionista Arriola (D. Gabriel), nada pariente del «quémalo todo», catalogando viejos legajos del donante, que como á hijo mayor correspondieron á su abuelo, dentro carta á su señora madre, acurrucadito y prolijamente doblado en miniatura, encontró al revelador. Sábado de resurrección era (1908) y como celebración en que todo resucita, al primer estruendo de aleluya salió echando chispas y tirando bombas, gritando bajo los alamares de su hermosa quinta en San Fernando: ¡Eureka, eureka! exclamaba el joven Almeida, ya encontré la incógnita que despeja toda duda, — aunque en lapso tan largo la Municipalidad de Belgrano tiempo no hubo de arreglar.

Por precaución, durante la negra noche del año 40, prudente encontró el señor de Arriola interponer distancia entre su cabeza que no quiso ostentar cintillo colorado, trasponiendo las cordilleras más altas, de donde sólo regresó á la caída de Rozas. En cartas

que desde Chile enviaba á su hijo mayor remitió, entre otros documentos, el consabido, que por exceso de cuidado tanto se había descuidado hasta perderle de vista.

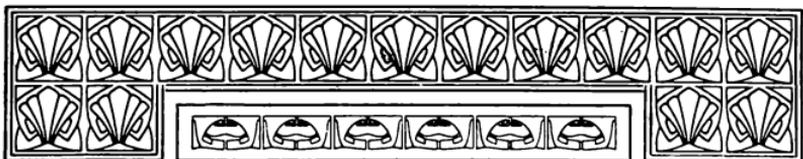
Como todo lugar propio es para implorar al buen Dios nos conceda lo que más convenga, leemos en el reportaje que *La Razón* publicó sobre tan feliz memorista, señora Hunter, la naturalidad de reminiscencias y costumbres de su tiempo. «Fuí, con Manuelita Rozas, de las mejores bailarinas, presentada con Elisa Halbach en el gran baile que con tal fin dió el padre de ella, primer cónsul de Prusia; trajes, costumbres, alegría, todo era más franco y sencillo, y con menor gasto arreglaban nuestras propias manos vestidos y adornos. ¡Con menos, nos divertimos más! ¡Qué distinto al presente! Desde una semana antes, llenas de zozobras veo las muchachas andar poniendo velas y ofreciendo novenas á San Antonio, para no quedar planchando». ¿Habría sido el santo más bailarín? — pregunta el cronista.

Tomando pie de tan irrefutable confesión calculo no será doctorcito de letra menuda el letrado municipal, si no consigue comprobar no haber variado mucho el destino ú objeto de la donación. Orar por orar, á diario se divisan inclinadas en ese balcón de las peticiones, piadosas belgranenses rezando en voz baja ya su devoción matinal ó en la oración de la tarde:

Venturoso San Antonio  
Dame novio, dame novio,  
Que os prometo por mi fe  
Aunque me salga un demonio  
Yo lo desdemoniaré.

---





## Muerta de risa

### I



UÁN cierto que todo extremo es pernicioso! Hasta la alegría suele causar la muerte, si al recibir de pronto muy fuerte impresión, tiempo no hubo de recuperar la normalidad requerida. Una sonrisita amable acentúa benevolencia, viniendo á ser la sal que sazona la conversación. Grandes risotadas inmovitadas, reprecensibles son por lo grotescas. Así se muere de alegría como de dolor y la sonrisa suele ser á veces cual ligero antifaz de seda que cubre el semblante de un espíritu fuerte comprimiendo sinsabores, desdeña exhibirlos. He aquí tres sucedidos comprobando la aserción. El sensible poeta Gutiérrez, (Don Juan María) trémulo de emoción al ver descender en las riberas de la Patria los restos del General San Martín, de vuelta de su largó ostracismo, cuyas glorias él habia cantado con lira de oro. entraba á su hogar y al lecho en el que falleció el día de la apoteosis del Gran Capitán. — Aquel otro viejo patriota chileno, desolado y errante sin sombras, abatido desde la ingrata noche de Cancha Rayada, creyendo todo perdido, patria, fortuna é hijos, cayendo muerto en la Cañada de Santiago al ver entrar el mensajero de la victoria, anunciando el triunfo de Maipu. — La inspirada patriota Mercedes Tapia, presintiendo la victoria de los patriotas en horas de angustia, al confirmarse en Chuquisaca su profecía, (triunfo de Salta) cayera muerta de gozo en aquel instante, no son únicos episodios que ratifican lo que exponemos.

## II

Más de cien años ha que en la calle Aroma, — antes del Pecado, y primitivamente del Encierro, — tan estrecha como la senda de la virtud — vivía un andaluz muy curro, que aguando vinos y mermando libras desde la pulpería de la esquina, venía engordando su bolsillo y enflaqueciendo sus mujeres.

En esto de pluralizar el género, no es para ruborizar castos oídos, que no en serrallo, sino una én pos de otra llegaba la prójima á la alcoba (sin dejar de pasar por la sacristía) del vecino más devoto que desde Aranzazú arribó á oír misa en nuestra Iglesia de Montserrat.

Poniendo iba los puntos á una tercera vecina de muchos tenebres, cuando la ex-suegra de su anterior difunta descubrió la mácula en tan reincidente frecuentador del sacramento.

—«Antes que te cases, mira lo que haces», adoctrinaba á sus vecinitas Doña Sinforosa. — Abre el ojo á requiebros de percundante que duran más las camisas que las esposas. Los hombres son muy pillos. ¡Feliz de aquella cándida que á sus sesenta agostos recién pudo exclamar: ¡Qué pícaros son los hombres!

Por esos tiempos era bastante que una madre empezara á afear al pasante frente la ventana, para que la percundante se en-calabrinara en empecinamiento tan furibundo, que alguna vez dió con la deschavetada en la Convalecencia (Hospicio de insanos) recientemente inaugurado con las primeras locas de amor.

Más avispada este postrer proyecto de suegra, en cuanto pasó de proyecto, echóse á pispar por ojo de la llave, rendijas y entrepuertas en descubrir origen de risas y sonrisas sofocadas, nerviosas, sarcásticas, estridentes, interminables, resonando en altas horas. ¿Qué pasaba entre gallos y media noche, entre el gallego pulpero, tan serrote, con cara de pocos amigos, y la Monserrat, oriunda de la media cuesta de tan alta montaña, cuyo nombre le atrajo aparroquiándose donde ficó, que si no levantó patitas para el otro barrio, fué por la atenta vigilancia materna? Bien recordaba ésta que ni en la noche nupcial todas son risas!

## III

El mixto de gallego y andaluz, pulpero de nacimiento, así aguaba bebidas como la salud de parroquianos. Hace muchos años que en esa esquina de la lóbrega calle del Pecado, bajo pardas tejas morunas, techando gruesas paredes de barro, llenas de berrugas, lagrimeando vejez por todos los resquicios asomaba una pulpería, en cuyos escaparates mostrábase cuanto Dios creó y el hombre adulteró. Bajo, gordo y sucio, se pasaba la mitad del día vichando las que pasaban, ojo avizor al mostrador, que á su vez también vigilaba el barcino, tan gordo como su amo, aunque al parecer dormía ó morrongueaba, no escapando nunca sin rasguño muchacho travieso que le tirára de la cola, al no conseguir la yapa, siempre pedida y siempre negada.

Hombre honrado al parecer y devoto según díceres de barrio, no era ni lo uno ni lo otro. Bien temprano abría su media puerta, asomando en hora que sólo una que otra vieja pispona pasaba á misa de alba, á la que antes de aclarar llamaba campanita lamentona. Como algunas de las arrebozadas no dejaban de echar miraditas husmeadoras, dió el muy obeso en asomar desperezándose y acabando de vestir adelantarse al paso de la curiosa, abrochándose la pretina, y saludándola muy cortesmente, agregar:

— Me hace Vd. la mercé, respetable señora, decirme dónde queda el ojal de este botón, que á la escasa luz no encuentro?

— Por ahí andará, — gruñía la vieja, apretando el pasito, pretendiendo disimular rubor que no asomaba.

Tenía fama de rico y hacía vida de pobre, de santurrón limosnero y mermaba hasta en las velas merçadas al Cura su paisano. Con exactitud cronométrica, aunque á sol y á sombra no seguía más horas que los toques de la campana inmediata al de ánimas y cubrefuego cerraba la puerta y el libro «Diario», arrodillándose delante de una ennegrecida imagen de Santa María de la O, prefiriendo á santa tan económica en las letras de su nombre, sin duda por ser patrona de tacaños. De rodillas entre

su hija y el cadete limpia-lámparas y detrás la vieja cocinera, tan vieja como la casa, noche á noche dirigía el rosario intercalado con estos y semejantes apartes, que cabeceando de sueño repetía el mandadero:

«Padre nuestro que estás en los cielos — ¿aguaste el vino de la pipa nueva que trajeron esta mañana?... —, santificado sea el tu nombre, — ¿aumentaste la arena amarillenta á la azúcar rubia, junto al tercio de la yerba parnanguá?... — así como nosotros perdonamos á nuestros deudores — ¿agregaste á la lista de deudores los rémisos en cancelar?... — Y tras otra y otra jaculatoria: — ¿quitaste las pesas falsas á la balanza, que mañana es sábado?» Y así continuaba interminable letanía ese saco de felonías con careta de hipócrita.

#### IV

Pero al fin, ¿se debe reir? ¿Es permitido llorar? Un día llegamos á una gran ciudad en que hasta no ha muchos años era prohibido reir, multándose al que reía en domingo en plazas ó calles. Ante la seriedad del grave pueblo inglés era faltar á la solemnidad del día; oyéndose sólo á lo lejos por el barrio de los borrachos (New Chapel) alguna risotada de cerveza, al momento acallada en día que ni á los perros era permitido ladrar á orillas del Támesis.

Por el contrario: en las más remotas regiones del Imperio del sol naciente, un precepto constitucional enseña desde la escuela, á reir, á sonreir siempre. Adoctrínase á los niños: «no tenéis derecho á molestar al prójimo con vuestras penas; presentáos siempre con la faz sonriente. Tus dolores son tuyos, ocúltalos bien guardaditos. En cuanto á echar lamentos al viento, id allá, en lo recóndito del bosque á llorar en secreto tus dolores y no aflijas á extraños».

El indio no sabe reir, y la sonriente andaluza que se exhibe alegre como unas castañuelas, capaz es de desternillarse de risa, hasta cuando en plaza de toros ensarta éste al torero.

Abreviaremos ejemplos y reflexiones, si es preferible reir ó

llorar en público, para terminar en qué acabaron estas risas, curioseando dueñas de barrio, el porqué paraba con tanta frecuencia la cucaracha negra del cementerio, en la esquina de las carcajadas misteriosas.

El sábado llegó y con él no el fiel de fechos, sino por centésima vez envuelto en amplia capa color polvillo, un viejecito muy curro, sorbiendo rapé y con palabras tan melifluas como aterradoras, saludó desde el umbral.

—«Buenos días, compadre. Dígame cuándo finiquizamos aquella cuentecita tan atrasada, cuyos réditos aumentan, tantas veces renovado el crédito?

— Ya arreglaremos, compadre. Que le debo es verdad. Nunca negué mi palabra, aunque no hubiera firma. Tenga paciencia; siguen los tiempos tan malos que no hay *conquibus*.

— Mire que ya va larga la deuda, y de plazo en plazo no acaba nunca — afirmaba una y otra vez Don Tiburcio, usurero de conciencia media opaca, que en varios trances, más aparentes que reales, habíale sacado de apuros.

— ¡Qué quiere que le diga! Los negocios son negocios, es verdad. Cierto es que le debo *macuquinos* con que me alivió de apuros, pero seguimos pobres como Adán. En la casa no hay más tesoro que éste, — señalando el viejo marrullero la niña de sus ojos, quien bajaba ruborizada los suyos — ¡Pobre mi hija! Bien pronto cerrará el ojo y esta huerfanita quedará sin amparo en este mundo pecaminoso.

Y el viejecito color polvillo, oliendo á rapé rancio, que á pesar de sus setenta se le iban los ojos por los de la doncellica de rosado palmito, agregaba, retirándose más humanizado:

— Bueno, bueno, ya hablaremos de eso, que no será el único remendadero de mi buena voluntad. A la postre sucedió por final chancelación que Cura hubo, sin escrúpulo de conciencia, injertando los quince abriles á las setenta navidades, caso frecuente durante el coloniaje.

Por muchos inviernos, noche á noche seguía rezando el acostumbrado rosario, mermando la libra y aguando el carlón al que de tanto probar garnacha le relampagueaban los ojos de sueño y de vino, entre los *Ora pro nobis* y *Ora pro vobis*. Hacía también otra obra entre sus muchas pecaminosas, engatusando chinitas

pintonas que iban por velas al almacén de la esquina, y salían apagadas ó despabiladas.

Consumado el atentado en que pagó deudas con hija, no tardó mucho en su tercer matrimonio.

## V

¡ Muerta de risa ! ¿ Habrá peste de mujeres bajo esos techos, que todas se mueren menos él ?, arreció la murmuración, recalándose que aunque apechugaba con todo en amoríos: blancas y mulatas, gordas y magras, casual era que cuando llamaba á casorio el rico vecino, siempre resultaba viuda; ó en su defecto rica heredera ó doncellita huérfana bien forrada la percundante. Mayor coincidencia, que si no abortaban en el primer embarazo, en el segundo daban con sus restos en el campo santo y sus pesos iban junto á los pesos de viudo, á quien poco duraba su viudez.

Llegó el caso, ¡ á la tercera es la vencida ! — tan de cerca seguía en esa puerta el cortejo nupcial al cortejo fúnebre — que tiró el diablo de la manta y se descubrió el pastel. Y no eran pastelitos ni tortas fritas lo que se hacía en aquel amasijo á oscuras el marido á la flamante mujercita; sino cosquillas por todos lados, desde la planta de los pies á la garganta; excitando el sistema nervioso á la hora de digestión, provocando risas interminables y sofocantes, á tal punto que la muerte llegaba con manifestaciones tales, sin dejar huella de violencia. Y como en su reducido público se mostraba el marido lo más complaciente, llenando á su cara mitad de cuantas comodidades y satisfacciones posibles, en que aparecía para las de afuera « santita donde te pondré », siendo risas y no llantos los que se oían por la vecindad, casualidad fué descubrirse la causa de tanta risa.

En concomitancia con la lindera á los fondos, cerco por medio — más curiosa sin duda — observatorio disimulado estableció la suegra número tres; cuando á poco andar recomenzaron las risotadas que hacían ver estrellas á mediodía á desventurada menos tentada de la risa. A poco de trancar la puerta y apagar la luz, retirados á cuartos más alejados, cruzando el patio hacia

la cocina contigua donde dormía la negra del puchero, tendiendo bajo el mostrador su estera el cadete, empezaba á oirse no como música de besos, sino sinfonía de risas, suspiros comprimidos, exclamaciones, quejas y carcajadas histéricas, ruegos y lamentos desesperados.

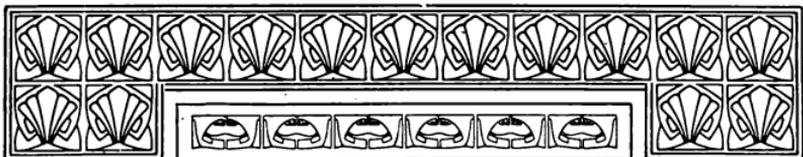
Empezaba como jugando y acababa como matando. Si no dió con la cándida en la tumba, fué porque acabada la paciencia de la espía, madre salvadora, haciendo saltar de una coz más fuerte que de burro, un tablero en la puerta vieja, apareció á través del boquete con su irritada cabeza de suegra á la de Medusa semejante en lo enmarañada, y tras ella, vecino y sereno con chuzo y linterna, entraron alumbrando cuadro que era para espantar. Así escapó milagrosamente su última víctima sin dejar sucesión que él no buscaba copartícipe en herencia. Siguió una de silletazos que no quedaron muebles por despernancar sobre lomos del recalcitrante. Entre gritos y vapuleos resaltaban los insultos de la madre irritada, llantos de la hija, que en camisa trasportó á su casa y los gritos del marido ofendido que, en paños menores, clamaba ante la autoridad serenil por atropellamiento de domicilio, escalamiento con fractura y perjuicios del atentado.

El sereno decía apartando su intervención: «En estas cosas no me meto. Disgustos de familia no caen bajo mi jurisdicción.» Mientras, el gallego en cueros buscaba el frasco de árnica trasteando vendajes.

La crónica no añade si fué el maltrecho inventor de muertes sin dejar huella, ó si hubo ó no proceso por los anteriores atentados, no habiendo deudos que invocaran personería de las difuntas. Si llegó á morir de mal de suegra, remordimientos ó del valdepeñas, cosa es que no señalan periódicos manuscritos, que por entonces eran nones y no llegaban á tres!

---





## La caída de un tirano

### I

.....  
Todo se paga en este mundo, ¡todo!  
El mal que cometemos en el suelo.  
Cuando no es en la tierra es en el cielo,  
¡Cuando no es á los hombres es á Dios!  
.....



RES de Febrero!

En rememoranzas bonaerenses no hay que agregar de qué año, como entre argentinos al hablar del 25 de Mayo ó 9 de Julio.

Las nueve de la mañana, en la más calurosa que se recuerda, señalaba el reloj del comandante don Martín Arenas, cuando frente á su jefe y tocayo detuvo Don Juan Manuel Rozas el parejero que en precaución cabalgaba, exclamando:

—¡A ver, coronel Chilavert, afine la puntería! Allá se divisa la bandera imperial. ¡A usted, que la abatió ya en el Brasil, corresponde el honor de romper el fuego sobre esos negros esclavos!...

Y sonó retumbando el primer cañonazo, al que otro artillero, también de Ituzaingó, General Pirán, contestó con la no menos certera puntería de su segundo, el comandante Mitre.

Apenas replegadas las guerrillas de vanguardia, que si escasa

exploración hicieron, poco reforzaron al final la reserva, diseminadas en tiradores detrás la fila de carretas formando pesado convoy. Tan abundante y abarrotado de pertrechos era éste, que no faltó fanático rosista mariscaleando con que seguirían al Brasil, donde, declarando la libertad de esclavos, fundaría la República de Río Grande.

El cañoneo se hizo general, y bien pronto Urquiza ordenó iniciarse ataque sobre la división del coronel Lagos, habiendo sido informado que allí se hallaban los pasados del regimiento Aquino, á quien asesinaran: . .

El jefe de Estado Mayor, general Virasoro, mandó pedir órdenes para el caso de un contraste.

— Seguir mi poncho blanco, que divisarán siempre en lo más intrincado del combate — contestó. Y descubriendo con su antejo que la división Medina, en su ala derecha, no doblaba la del coronel Lagos que había avanzado, dió vuelta gritando á su guardaespalda:

— ¡A ver, Mellizo, alcanzá la lanza! — Y asegurando su alto sombrero de copa, el mismo con que quince días después hiciera la entrada triunfal á la plaza de la Victoria, para más resaltar el ancho cintillo colorado que en aquel momento combatía, cargó al frente de la invencible caballería entrerriana.

Tres mil caballos pasaron como una exhalación, tromba atornadora retemblando la tierra, cuya espesa polvareda asfixiaba en atmósfera sofocante, aumentando el humo del cañón la quemazón de espesos cardales.

La batalla se generalizó con pocas alternativas. Desde que pisó territorio de la provincia, la traía ganada el ejército grande. Rozas declaraba á todo viento: «loco, traidor, salvaje unitario» á Urquiza, y por loco de atar sospechaban con más motivo al de la anterior declaración, pues ni en el pasaje del Paraná, Arroyo del Medio, Arrecifes, ni en el puente Márquez, obstáculos naturales, — agregó otro:

Mediodía era por filo, y cansados de descansar se interrogaban algunos jefes:

— Pero, ¿qué hacemos? El general se ha ido á dirigir personalmente una carga, olvidando del ejército que espera órdenes.

A la sazón pasaba por detrás la batería del comandante Mitre uno de los edecanes de S. E.

Reuniendo Pirán en otros jefes consejo sobre el campo, decidieron al coronel Chenaut, que invocara orden superior, comunicando la de avance general, que no se hizo repetir la división Oriental ni el jefe de los brasileros.

## II

¡Si la mesa en que escribimos hablara, qué de cosas diría! Maciza y dura, y de una pieza como su dueño, sobre blanco papel con tinta más negra que su alma, trazó en linda letra sus últimas órdenes mal dadas y peor ejecutadas.

Propiedad — la mesa, no el tirano — de don Simón Pereyra, hallábase ubicada aquellos días en su chacra de Caseros, y hoy en el Estudio donde su ilustrado nieto doctor Lynch firma tantas defensas en menesterosos de justicia, cuantas sentencias sin apelación firmó el tirano.

Destinada á los últimos secretos y papeles, en víspera de la derrota, presintiendo Rozas avvicinarse lo inevitable, mandó encender la estufa, en cuyas llamaradas, sin duda, creyó leer profecía fatídica, como la de Daniel: «Mañana acabará tu reinado».

Los jóvenes Beascochea, Carrasco, Saavedra, de preferencia en su secretaría, extraían expedientes de esta mesa de mucha historia, arrojándolos á las llamas, cuando don Bernardo (al mismo doctor Irigoyen le oímos) leyendo la carátula del más abultado: «Ejecución del cura Gutiérrez», preguntó:

— ¿Este también, señor Gobernador?

— ¡Al fuego!

Con toda su cortesía habitual, se decidió objetar:

— Son antecedentes, excelentísimo señor, sobre el Cura Gutiérrez, que en alguna ocasión pudieran necesitarse.

— ¡Al fuego! ¡Todo al fuego, he dicho! — gritó irritado.

.....  
La antevíspera del día caluroso en que cayó, alrededor de esa muda mesa que escuchaba silenciosa, de codos sobre ella,

cubierto el tirano con su habitual gorra chata de pastel, reunió el único consejo de guerra en campaña, más propiamente agrupamiento de tropas bisoñas, que pronto volarían como las palomas del Palomar que las respaldaba. Tenía á su derecha al Inspector de armas, general Pinedo; siguiendo los jefes casi en el mismo orden que al día inmediato en línea de batalla á la defensiva, pues movimiento alguno fué iniciado: coronel Pedro J. Díaz, Don Martín Chilavert, los coroneles Bustos, Sosa, Hernández, Videla y otros de menor valer, aunque todos en la hora crítica se mostraron de menor cuantía.

Ya antes había escuchado Rozas, de mal talante, al general Pacheco:

— Todo está mal, excelentísimo señor. Ninguna uniformidad en las unidades, el campo mal elegido, los atajos naturales no guardados, los puentes no cortados, etc., etc.

— ¡Y esto me lo comunica usted ahora, señor general de vanguardia!

El irascible tirano, como todo ignorante, se encoraba al pretendersele enmendar la plana en las contadas ocasiones que toleraba consejos.

— He elevado quejas, excelentísimo señor, de la falta del cumplimiento á mis órdenes por el coronel Lagos...

Efectivamente, la sombra negra que persiguió en su larga vida militar á Jefe tan severo como el general Pacheco, fué Lagos, en quien Rozas tenía más confianza que en su anterior condiscípulo, oficial de Escuela en la muy sobresaliente de Granaderos de San Martín.

En la campaña al Colorado. — siendo Pacheco jefe de vanguardia — Lagos se le oponía siempre á sus órdenes. De Mendoza volvió quejándose á Rozas del general «Espuelita», superior inmediato. Lo mismo desde que el ejército enemigo marchaba en la provincia de Buenos Aires, y el 7 de Diciembre, cuando Pacheco, jefe de la línea, le arrojara de la plaza del Parque, iniciándose el sitio de 1852. Pacheco montó á caballo, y á no retirarse esa noche á su Estancia del Talar, oportunamente avisado por su ayudante, don Benjamín Victorica, sin duda le hubieran sido de fatal consecuencia observaciones tan exactas.

Rozas enfurecido, exclamaba: A este Angel se lo andan por

llevar los diablos! Pero al otro día entraba más calmado á oír consejos que nunca oía, ni se hubiera animado alguno á transmitirselos años antes.

Entre coro de aduladores se emitió una voz independiente más alta, como fué allí la de sus cañones, hasta disparar el último cartucho que por propia mano atacó con pedazos de su poncho; y sentándose sobre la cureña del cañón esperó Chilavert su suerte.

Fué dictamen del experto artillero, que á la vez de replegarse las infanterías dentro la ciudad atrincherada por el general Mansilla, se alejara Su Excelencia con toda la caballería á la campaña, privando todo recurso al invasor. Aún en el peor de los resultados, la ciudad inasaltable daría tiempo a tratados más favorables. Fué el único voto en apoyo, el del coronel Díaz. Pero la hora de la expiación había llegado!

### III

Oíase aún, en mayores intervalos, ecos lejanos de la batería central como estertores de la tiranía que agonizaba.

El ejército invasor avanzaba sobre todo el frente. Las divisiones de caballería de Urdinarrain, Medina, López, envolvían la izquierda de las de Rozas, á la vez que el general Lamadrid en rodeo á tan larga distancia regresaba al campo de batalla cuando finalizaba ésta.

Las infanterías dirigidas por jefes tan bravos como los Coroneles Matías Rivero, Echenagucia, Tejerina; los auxiliares del Brasil por el marqués de Caxias y á la cabeza de los orientales el coronel César Díaz, avanzaban. Pallejas fué el primero que llegó al Palomar de Caseros, de cuya altura los alcaldes acantonados le recibieron con fuegos más certeros que la división de Palermo en dispersión, sin disparar un tiro. Su jefe, coronel Hernández, fué muerto por su propia tropa al gritar: «¡Soldados, ya cayó el tirano!» Restaba aún el batallón de don Jerónimo Costa, aquel bravo dos veces ascendido sobre el campo de Ituzaingó, y el coronel Díaz retirándose en cuadro, como en Quebracho He-

rrado, y caballerías dispersadas sin cruzar una lanza, todo en confusión y espanto, en deshecha derrota.

Nunca se agrupó mayor número de combatientes sobre suelo argentino. No menos de cincuenta mil formaban frente á frente, en dilatada línea de batalla, respaldado por el arroyo de Las Conchas el ejército grande, más chico que el de Rozas, coloreando banderas y banderolas, ponchos y chiripás de sus últimos defensores.

Ni antes ni después, nadie como él tuvo en su mano mayor suma de poder.

Triunfante de sus enemigos, no intentó impulsar al país en vías de progreso. Odiaba al extranjero, y si no pudo cercar toda la nación de murallas tan altas como en la China, llegó á poner cadena al río, para que naves extranjeras no pasaran al interior iniciando progresos que luego nos engrandecieron.

La noche que antecedió á la batalla de Caseros, pocas horas antes de derrumbarse su barbarie, descubriendo Rozas, que todo lo inspeccionaba personalmente, amortiguada vislumbre al través de una rendija en la galera del cirujano mayor, abriéndola de un portazo increpó:

— Doctor, se ha ordenado no haya luz en todo el campamento.

De avanzar un paso más, hubiera leído su propia sentencia en versos que á la sazón escribía el doctor Cuenca, afamado médico, víctima de su caridad pocas horas después.

Santa Bárbara bendita no había tronado en ese aniversario de su celebración, pero al siguiente, la tormenta de costumbre, no apareció en el cielo, sino en la tierra. A poco de empezar á oirse los tres mil cañonazos con que cincuenta mil argentinos se saludaban en Caseros, entraban por las calles de esta ciudad caballerías derrotadas, envueltas en espeso terragal que entenebrece el aire, sofocante en bocanadas caliginosas.

Despachados los escueleros, recomendábanles maestros no menos azorados, apresurasen el regreso, sin detenerse en calles ni bocacalles por las que un negro, tambor, marchaba á paso de carga tocando generala. Los tres cañonazos de alarma fueron disparados desde el antiguo Fuerte, á tiempo que de bajo su arco histórico salía en brioso caballo el bizarro general Mansilla, jefe de la plaza, seguido de numerosos ayudantes, impartiendo órde-

nes al Retiro, al Parque, al Cuartel de Restauradores; a la vez que distribuía escasos milicianos, cívicos reclutas, en las más altas azoteas, haciendo abrir trincheras, sobre cuyos fosos formaban parapeto sacos de yerba, á una cuadra avanzada del recinto. En la zanja de la calle de la Paz, frente á los balcones de Pueyrredón, contigua á la antigua casa de Alzaga, se dejó un paso estrecho. Allí, desde las tres de la tarde, hicieron larga cola los jinetes para entrar, en caballos tan fatigados y sudorosos como los soldados que dispararon tirando las armas al primer amago.

Tras el ímpetu de esa división, que dobló la muy numerosa de Rozas, empezó el duelo de artillería en el que tan acertados fueron los tiros del general Pirán y el comandante Mitre de un lado, como los del coronel Chilavert del opuesto.

#### IV

En recuerdos de primera juventud, preferibles son, á los que se oyeron, lo que se vió; por lo que nos limitaremos á la última noche del tirano, pasando por nuestro umbral.

En el hogar paterno, calle de la Paz número 33, actual Banco de Londres, cerrada su puerta como la mayor parte, á piedra y lodo, quedamos clausurados al regresar de la escuela de don Juan Peña; pero no en tan estrecho encierro, que como muchachos curiosos, escatimáramos incesantes correrías de la azotea á los patios, oído atento á cuanto abarcaba la prisión.

El día transcurrió en la mayor zozobra, cual si el pavor contaminara la atmósfera, nó así la noche, de aparente tranquilidad. Secreto regocijo empezaba á notarse en algunos semblantes de unitarios, comprimidos ante las caras pálidas de señoras sobresaltadas por deudos ausentes. ¿Quién había triunfado? No sin duda los dispersos que venían espantados, huyendo del campo de batalla. Pero en su persecución, no llegaban vencedores. «No hay vencedores ni vencidos», había exclamado en un noble arranque el general Urquiza, al oír el último cañonazo derrocando tiranía de veinte años. Pero los primeros libertados que acudían

á felicitarlo, divisaron al que disparó ese último cañonazo, precisamente, colgado de uno de los sauces de Palermo, el indomable coronel Chilavert, á quien desde la campaña del Brasil apreciaba el general Paz como el primer artillero.

Noche de luna llena fué la del 3 de Febrero de 1852, por lo que descubriase cuanto á la distancia pasaba. Solamente que nada pasaba. Silencio solemne se dejaba oír, pero como nadie chistaba, nada se oía.

En una de las continuas escapadas á la azotea, llegamos á escuchar cierto sargento del batallón de la pasiva: «Lo que es yo, en la primera tiro el fusil y que otro arree». — «En verdad que ya estamos cansados de opresiones» contestó otro, pasivo de profesión, cuchicheando en voz baja dícere semejantes entre vecinos, forzados a defender lo que odiaban.

Apenas fué interrumpido una vez el silencio en altas horas de la noche, en las calles desiertas, que parecían calles de muertos, por rumor de pasos precipitados. Asomando las narices por entreabierta ventana de sala á oscuras, alcanzamos al vuelo breve diálogo en grupo que por la vereda de la sombra se encaminaba hacia el embarcadero de la Capitanía del Puerto, actual Banco Hipotecario: «Apresura el paso, Máximo, que tatita adelanta con el Ministro inglés». Era la voz de Manuelita Rozas, grata á oídos de muchos infelices que le entregaban solicitudes bajo el aromero del perdón, frente á la capilla de San Benito de Palermo, recibidas todas las mañanas, implorando clemencia que por su intermedio en raras humoradas, (también los malos suelen tener momentos buenos) conseguía la bondadosa hija de padre tan cruel.

Era Rozas y su familia guiada por el Encargado de Negocios de la Gran Bretaña al vapor de la real armada, fondeado en balizas interiores, que los llevaría lejos, muy lejos de la tierra tanto tiempo bajo su yugo.

Sesenta y cinco años han transcurrido. Todo es conveniente recordar. De los buenos, que dejaron algún bien tras sus huellas, para seguir vivos ejemplos dignos de imitar. De los malos, de los malos también, para no repetir errores, la desunión que produjo la anarquía, el abuso de la libertad.

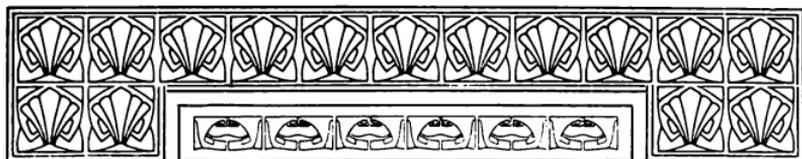
¡En cuántas ocasiones á los poetas de clarovidencia, les con-

vierte su inspiración en verdaderos profetas! Años atrás había fulminado el «Poeta de las Armonías» lapidaria execración:

¡Ni el polvo de tus huesos la América tendrá!

La profecía de Mármol se ha cumplido. Los pueblos suelen ser olvidadizos. En el aniversario del último día de la tiranía nunca será inoportuno recordar, á la joven generación que se levanta, lo que en el sangriento despotismo de Rozas padeció la generación pasada.





# La Sociedad Filarmónica de Mayo

## I



QUELLA noche, (16 de Diciembre de 1854) no quedaron en casa: profesional, diletante, virtuoso, y aun muchos que no lo eran, sin seguir caminito procesional, calle arriba de la bella limeña que Pontífice en turno acaba de desferiar su día onomástico, y que con mayor justicia en América se ha repuesto su festividad, anteponiéndola á tantos santos sobre altar que nada han hecho por pecadoras de este mundo. Bien se alcanza que Pío IX cuando cruzó estos pagos no llegó á tierra de las «tapadas». El que le ha sucedido en número, Pío X, recordaría sin duda la exclamación de incredulidad, murmurada cuando su beatificación: «¿Santa y limeña? ¡Preciso será que lluevan rosas!»

Hasta el Oidor del Tribunal Superior, el auditor de Guerra, y cuantos se apreciaban de buen oído, congregaba el selecto auditorio, que seguía entrando y subiendo en grupos y á estrujones, la estrecha y empinada escalerita bajo el número de los tres uno, casa de mucho frente y poco fondo como muchos de sus vecinos, y á cuya puerta larga hilera de carruajes se prolongaba hacia el «Puente de la Virgencita», vis á vis con la casa de Don Juan Carranza, promotor perpétuo de esa y muchas otras fiestas musicales y también bailables.

¿Cuál de nuestros contemporáneos no ha bailado en sala de tan hospitalaria familia? Justa, Armandina, Leopoldina, Lucila: cuántas horas de apacible esparcimiento en salón que continuó el baile por tantos años!

Era aquel año Presidente de la Filarmónica uno de nuestros más honestos políticos, tan buen filántropo como poco filarmónico, doctor Alsina (Don Valentín) al que por faltar algunas notas no llegó á terminar ninguna de sus dos gobernaciones. Sobraba al vicepresidente Silva el martillo y el compás al que el antecesor ajustaba todos sus movimientos, así políticos como sociales. De los siete miembros restantes sobresalían: don Fernando Cordero en la guitarra, y Héctor Varela en el bombo; Vidal, Piñero, Meyrelles y Freyer hacían de segundas partes.

Largo tiempo lucieron al frente de nuestras aficionadas, las señoritas: Luisa Ocampo, Deidamia y Luisa Kier, Ramona Sánchez, Sofía y Malvina Vernet, en el arpa; argentinas tan aplaudidas como las señoras de Jacobs, Higimbothon, Miss Crutisch, en «coros» y en «solos»; Laura Tornquist, señoritas de Boneo, Meabe, Gache, Jovita Cortinas, Rosa Murature, Isabel Hale, notables pianistas; Isabel Armstrong, Dolorcita Lavalle, años después Magdalena Ramos y Mercedes Ocampo, la que, como lo acaba de notar el autor de «Oro viejo» perdura su talento musical y exquisito gusto artístico. Aun pinta, toca el arpa y el piano, y cantaba, al par que traducía, selectas poesías del inglés y francés, del italiano y portugués! . . .

## II

Recordamos en primera fila, al pie de la tarima de orquesta, sobre el cruce de ambos salones, vecinas del barrio á uno y otro lado, en la misma acera de casita tan sonora, las señoritas Rivera y Ponsati, Juanita Constanzó y su hermana Genoveva, futuras Abadesas en Clarisas y Catalinas; Joaquina Arana, tan llena de «sprit» desde niña; las Carranza, las Boneo, Juana y Rita Casá, Máxima y Teresa Andrade. Más distante, señoritas de Halbach, de Ocampo, rodeando á la señora Mariquita Mende-

ville, hijas y nietas, cuya primogénita heredó su habilidad de arpista, acompañando á Florencia, esas dos esbeltas y blancas rubias infortunadas, ¡ay! en la aurora de radiante juventud. Al lado de la admirable retratista Crescencia Boado de Garrigós, con su bondadosa y suave Zelmira, la señorita Carreras y Dolores Pacheco, sus colegas en el divino arte de Apeles.

Entre las armonías del piano de don Pedro Esnaola, Santiago Calzadilla y Pepe Boneo, el trémolo del mágico violín, y solos de arpa, sobresalió la voz de Mariquita Higimbothon, su bella Perpetua, contigua á la gentil Ernestina Boniche. Estudiosas diletantes hicieron verdadero derroche de sinfonías primorosas, en que á la escuela italiana empezaban á entremezclarse trozos selectos de la alemana, y en arias, dúos y coros se oyeron de Donizetti, Rossini y Verdi; alternando notas más profundas, si menos melodiosas de Beethoven, Schubert, del inmortal Paganini, siempre nuevo, y el moderno Strauss.

### III

Después de la «Filarmonica», se distinguieron en salones y conciertos, voces tan aplaudidas como las de Rosa Delgado de González, de Tarnassi, Sáenz Valiente, Genoveva Amadeo, Julia Fernández, Emita Barra, apareciendo ya en «La Lira», ó sociedad musical, donde Conde dragoneaba de tenor y Nicolás Granada, con su timbrada voz de barítono. Jóvenes distinguidos concertaban coros que nada se distinguieron, con excepción de Ascasubi, Frías, Miguelito Beccar. Pero antes y después á Marotta, Amat, Rengler, Voumeyer, Ferrari, directores de la batuta de oro, numeroso estado mayor les seguía: Alcorta, Edelmiro Mayer, Alejandro Paz, Ascasubi, Elía, Ocampo, Williams, padre de nuestro actual distinguido profesor. Alcorta y Seeber, fraternidad del arte y el patriotismo, leal y constante amistad que continuó sesenta años, digno ejemplo á las amistades del día ó á la moda, amistad á hora fija!

Accidente fuera de programa al acabar de aplaudirse á Luis Deandrevich, fué el de cierta virtuosa que al afinar rompió

dos y tres primas de su arpa. Al oír murmurar «sotto voce»: «Esta señora habrá venido á romper cuerdas», en su nerviosidad y exaltación rompió con sus lindos dientes el cristal de la copa que presuroso le alcanzara un galante primo.

Interesante por demás resultaría tan detallada crónica; pero como la mayoría de nuestras sociedades, la Filarmónica no dejó anales. En intermitencias, resurgieron de su glorioso pasado, antes de extinguirse, alcanzándose á oír bajo mejor acústica notas argentinas en sala expresamente levantada por el activo y entusiasta don Esteban Rams, patriota catalán que en su contracción á exploraciones por el Salado y el Bermejo, no descuidaba pesca de algún tenor ó tenorino en esas riberas, ó las del Plata.

Al final de la segunda parte, impresionó melancólicamente el profesor Deandrevich, que con dulzura infinita hizo vibrar la nota de su violín y el corazón del auditorio, en armonía con el piano de otro alemán que, según madame Bemberg, nadie como él acompañaba con tan exquisita delicadeza. Hasta don Melchor Rom se reveló en tal oportunidad filarmónico, en sus pininos musicales que precedieron los económicos, en que llegara al «do» más alto de cálculos alegres en las antecámaras del ministerio de Hacienda, bello ideal á que nunca llegó, como ni á rivalizar con el altísimo «do» de pecho del tenor Tamberlick. todavía resonando desde la noche del 25 de Mayo de 1857 en el viejo Colón.

Algo hemos adelantado desde los tiempos de la Sociedad Filarmónica de Mayo, cuyo origen de la primitiva remonta á la época del gran Rivadavia. Su estatua ha quedado en anuncio como programa de concierto de caridad en que el desconcierto no tiene caridad del auditorio. Promotor de cuanto bueno y útil se inició, educaba el gusto musical desarrollándose por el estímulo. Pero no tanto sin duda es su progreso, cuando el primero de nuestros compositores, autor de «Pampa», ópera aplaudida en Alemania y olvidada en la Argentina, en cumplimiento de que nadie es profeta en su tierra, se ve obligado á marchar con la música á otra parte, donde oídos más finos estiman lo que nosotros desoímos. Cuento al caso que lo comprueba: el de las huérfanas de Bruselas, también descendientes de Beruti, primeros premios en aquel Conservatorio y á quienes si no llega á tiempo el óbolo de sus compatriotas, habrían estallado como las cuerdas de su violín.

En época que prima sobre todo el juego, las carreras y el «buey gordo», no hay tiempo en detenerse á oír escalas, ni otras notas que las mercantiles, ni arpegios que entusiasmaban, haciendo las delicias de nuestras modestas abuelas, tan buenas, tan sencillas y tan patriotas! . . .

#### IV

Larga interrupción de armonías había sucedido, prolongando silencio de mutismo y tristezas, tras el asomo de aires nacionales y acompañamientos de Esnaola, Alberdi y otros, en poesías de Varela, Echeverría y trovadores que alegraban nuestras calles en serenatas al pie de balcones, de los que derramaba flores la dama de sus pensamientos. El tirano mandó sellar todas las puertas de enseñanza é ilustración, hasta la Universidad. Pianos cerrados y gargantas que secó la angustia y el sobresalto, continuaron por tantos años. No necesitaban sus sicarios profesor de soífeo para acompañar «La refalosa», el «Tambor de Palermo», vidalitas de violín y violón ó «El minué federal». Cuán distantes los lanceros cantores hoy en el ejército argentino, que en su desfile cantando el «Himno á la bandera», al cargar jugando la lanza, aplaudía frenéticamente, á rompe-guantes, en el Campo de Mayo, el ex-presidente americano Mr. Roosevelt, el mismo día que el más filarmónico emperador alemán excomulgaba el tango, nota armónica que llegó del Plata al Rhin.

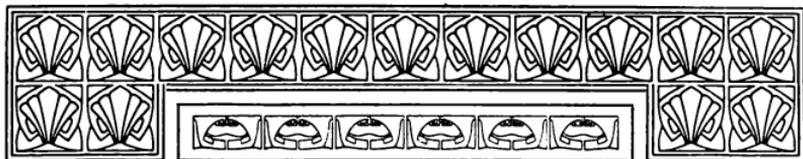
Incorporada la enseñanza musical á la escuela primaria, ha iniciado innumerables discípulas en nueva y noble carrera, donde muchas y muchos ganan ya honradamente el pan de cada día.

A la música, que es la expresión de las almas sensibles, ¡ cuántas bellas horas debemos! Desde el arpa que David templaba para amortiguar sufrimientos ¡ cuántos dulces consuelos en horas de melancolía!

Recordando nuestras sobresalientes aficionadas, almas tiernas, apasionadas por todo lo bello y lo bueno, cultivad el lenguaje de los ángeles, que nos vino del cielo, como toda armonía!

«¡ Música que las fieras domestica  
á todo noble sentimiento excita! »





## El baile de Llavallol

(CRÓNICA DE LA ÉPOCA DE DON VALENTÍN)

### I



¿Qué tal? ¿Cómo les ha ido de baile? — preguntaba á la mañana siguiente cierto abuelo setentón á hijas, nietas, nuéras, hijos y yernos, que contestaban unánimemente:

— La recepción ha estado espléndida, pero fuera porque la tarjeta no agregaba «se danzará» por excesiva aglomeración en los vastos salones, ó porque nos retiramos temprano, la verdad es que vimos todo menos bailar.

— Lo que prueba que antaño y hogaño á lo que menos se va á los bailes es á bailar.

— ¿A qué se va, entonces?

— ¡Lectoras en disponibilidad responderán mejor!...

Entre el primer baile en el Alcázar de los Virreyes, sobre el mismísimo solar de la Casa Rosada de Gobierno, cuya nota de vals coreado aún vibra en más de un corazoncito que yo me sé, otro hubo que hizo época, y de cuyas asistentes restan contadas abuelitas, que aun recuerdan «temporadas» de aquella noche, sólo una semana anterior al gran temporal de Santa Rosa (30 de Agosto de 1858), en que altísimas olas del Plata enfurecido alcanzaban á un tercer piso, salpicando la Capilla sobre esos salones frente al Paseo de Julio.

Pues que comienza la demolición de la hermosa casa (25 de Mayo 307) que el ingeniero Arning construyó al terminar el antiguo Club del Progreso, y que los señores Llavallod, demostrando su buen gusto, prefirieron para su nueva morada, tradicionalmente el baile con que se inauguró dedicado al marqués Le Moine, Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario del Emperador Napoleón, á quien nuestro Encargado de negocios en París, señor Balcarce, hábiles recomendado.

Esta ilustre familia de añeja estirpe tuvo siempre el privilegio de hospedar en sus salones al más elegante grupo de nuestras bellezas. Bajo el diáfano cielo sin nubes de su tranquilo hogar, tres generaciones en distintas épocas deslizaron horas fugaces color de la esperanza.

De mayor realce que el ofrecido por el señor don Jaime, fundador de la respetable casa de comercio que por cien años llevó su nombre en esta plaza, á fines de 1807, sólo fué sobrepasado el que recordamos por el que ofreciera su nieto en Mayo de 1910. Aquél, dedicado á los oficiales del batallón Voluntarios de Cataluña, que se inició con Larrea, Vieytes, Uriarte y otros bravos catalanes, para vencer la invasión extranjera; éste, á la Infanta de España, embajadora de los afectos de la madre patria en el Centenario de nuestra Independencia.

## II

Entre músicas y flores, mil bujías reflejándose en espejos y candelabros, macetas y jarrones de alabastro; todo era movimiento y satisfacción, risas y sonrisas, suave murmullo de voces embalsamando ambiente seductor, hicieron el encanto de breve oasis en la prosa de la vida.

Albas nubes celestes y sonrosadas sedas, gasas y muselinas, pasaban y repasaban; damas y señoritas, ya en ajustados corpiños ó dentro amplísimos secadores, que tales semejaban al ahuecarse vestidos de ocho y diez volados; miriñaques que hacían imposible las figuras de lanceros; cinturitas de avispas que parecían quebrarse en los rápidos giros del vals, ó colas y sobre-

colas impidiendo el paso; trajes traídos, los más obras maestras de Mme. Zimmermann, la Ristorini ó Gómez, renombradas modistas; y sobre las últimas confecciones ampulosas, peinados de bandó, bucles, bananas, etc., respirábase complacencia y alegría por todas partes.

En la primera de cinco salas unidas destinadas á la danza, sobresalía la figura gentil del señor Felipe Llavallol, sonriente y bondadoso siempre, ya bajo el galoneado uniforme de Comandante del primer batallón de guardias nacionales en la parada del 25 de Mayo de 1852, ó abriendo el Colegio Seminario el 1.º de Enero de 1855, como Gobernador interino; ora inaugurando el primer ferrocarril el 30 de Agosto de 1857, más tarde gobernador efectivo; en todo tiempo y en todo lugar, iniciando obras de progreso y beneficencia.

A los dos hermanos siempre á la par, seguía al jefe como ayudante, don Jaime, casados con señoras Monasterio, unían sus amabilidades las señoritas de la casa: Mercedes recientemente desposada por el señor Martínez de Hoz; Josefa, tras cuyos hermosos ojos se le iban los del generalito paraguayo, la interesante Gertrudis, muy niña, y Jaime, Felipe, Martín.

Del salón de los retratos continuaba el de las flores, donde Florencia y Florencita Lezica contertuliaban con otra Rosa, también de Lezica, inmediata á la señora Josefa Coronel de Fernández, Pepa la chilena, y Pepita Fernández, Pepita Aguirre, á poco andar de Juan Anchorena, Pepita Balcarce, que hacía su primera presentación como Felisa Portela, María Francisca, luego de Jurado, y su íntima inolvidable Zelmira Garrigós.

En medio á la sala de los grandes espejos, bien que éstos y cuadros y jarrones esparcíanse por todas partes, recuerda la crónica que á la cuadrilla de honor otra allí siguió, en que la elegancia y el sprit descollaban. Frente á aquella suave beldad que se llamó Monserrat Agrelo, estaba Adelia Halbach de González Moreno, acompañada del señor ministro de Francia, y haciendo vis-a-vis con señora de aire tan majestuoso como Mercedes Aguirre de Anchorena, inolvidable por sus obras de beneficencia como por su modestia, Carolina Lagos García y María Antonia Beláustegui de Cazón.

A tiempo que Albornoz levantaba la batuta, Julio Núñez, de *El*

*Nacional* é Icaza, cronista social de *La Tribuna*, afilaba su lápiz en la galería, describiendo aderezos, preciosas joyas de perlas y brillantes que habían dejado despojadas las joyerías de Fabre y Martínez.

### III

Largo tiempo apagadas las bujías en los antiguos salones de Riglos, Mendeville, Halbach, los resplandores de aquella fiesta sólo fueron eclipsados cuando llegó la luz eléctrica, cuyas artísticas combinaciones entre arbustos y céspedes fulguraban el alba naciente en los jardines del baile Llavallol (palacio Miró) y en cuyos espléndidos salones fué aclamada Reina por la Infanta Isabel la señora Rosa Mansilla de Alcorta, como lo había sido en el que describimos su hermosa abuela Agustina Rozas de Mansilla, cincuenta años antes.

En el escritorio del joven Jaime, alma de la fiesta y de su ornamentación, por su actividad y buen gusto, contemplaba Margarita Miller, del brazo de su prometido Mr. Parish, bajo finísimos cristales, dos banderas de raso blanco con el escudo de España. El señor Casares, primer representante consular de esa nación explicaba cómo ellas habían guiado á la primera victoria que el pueblo de Buenos Aires alcanzó en estas calles y que los soldados vencedores de las águilas de Napoleón, aquí vencidos, denominaron en aquellos días: «sendas de la muerte».

— Qué me ha de contar, — contestó ese cónsul inglés — de tales proezas, si cuando se abrieron los cimientos para la casa en que nos encontramos, personalmente hube de requerir al Pastor del templo inglés á la otra cuadra para transportar al cementerio de disidentes los restos de soldados británicos que en esta barranca cayeron, reconocido el regimiento á que pertenecieron por los botones del uniforme.

.....

A la una de la noche se abrieron los tres comedores unidos cuyos balcones daban al estuario del Plata, al través de cuyos

cristales divisábase rielando la luna que surgía majestuosa tras el doble horizonte azul. Veinte años después asomaban á la misma terraza las hijas y nietas de damas que rodeaban la misma mesa, á saludar un nuevo astro, la noche «del baile del cometa», en uno de los muy brillantes que ofreció bajo sus dorados artesones el señor Diego Alvear.

Y allí lucían entre peinados modernos los últimos rizos de la respetable señora Cipriana Bonavia de Lahitte, abuela del Presidente Roque Sáenz Peña, entre sus colegas Cipriana Obes de Bonavia, señora de Sacristi, que número se encontraba allí para formar quórum en la Sociedad de Beneficencia fundada por Rivadavia, á cuya secretaria por él nombrada, señora de Mendeville, rodeaban hijas y nietas.

Seguían otras socias, como la señora de Nazar, Felisa Dorrego de Miró, de Senillosa, Josefa del Pino, de histórico nombre y de Garrigós.

Hombres graves poco frecuentadores de bailes, el doctor don Valentín Alsina gobernador, y sus ministros Vélez Sársfield, de la Riestra, Barros Pazos, y Portela, Peña, Guerrico, contertuliaban unos, codeábanse otros, alrededor de pequeñas mesas de juego en el piso alto. En cierto momento, un grupo histórico rodeaba la mesa de los gobernadores, que si en la de ajedrez daba jaque al pastor el doctor Obligado al coronel Mitre, acabando de vencer á Drago, el más fuerte ajedrecista, en la contigua don Valentín echaba quinas y duques en el chaqué del señor Guerrico. Desde la caída de la tiranía hasta la reorganización nacional definitiva, durante el decenio 1852 á 1862, el bastón de mando en Buenos Aires había alternativamente pasado de manos de Obligado á las de Alsina, Llavallol y Mitre, por lo que el espiritual cronista Julio Núñez llamó la mesa de los Gobernadores arreglando el damero político junto al del ajedrez.

La «guardia vieja» recorría las galerías galanteando con amabilidad y gracia, á damas y señoritas, derramando flores á su paso. Se notaba siempre currutaco cual el dandy más apuesto, al señor don Santiago Calzadilla (padre), á don Martín Estrada, don Rafael Trelles, el paquete Urioste, Pérez del Cerro, Rossi, Emilio Castro, Elizalde, González Moreno, González Videla, don Juan Carranza, Antonio Acosta, don Fran-

cisco Madero, Martínez de Hoz, Arocena Zelis, Drago, Villatte, Blaquier, el señor Toledo, Esnaola; mariposeando entre los más jóvenes don Manuel Anselmo Ocampo, Quintana, Granel, León Gallardo, Frasquito Monasterio, Iturriaga, Eastman, Ocantos, Garrigós, Unzué, y los que hacían su entrada triunfal Marco Avellaneda, Juan J. Lanusse y Juan Cosío.

Como en los salones, jardines vivientes que animaron las más hermosas flores del pensil porteño, de Madame Mendeville, señor Halbach, señor Guerrico, las fiestas sociales de la familia Llavallol hicieron época, sosteniendo bien en alto el confalón de la elegancia y ofreciendo franca hospitalidad á distinguidos viajeros.

#### IV

A objeto de no concluir como las crónicas del día, más parecidas á catálogo de trajes y joyas, omitimos perlas y brillantes sobre albos cuellos, limitándonos á nombres de abolengo que relucían más.

Encontrábase el todo Buenos Aires, asistiendo la elegante representación de la antigua sociedad porteña, su comercio, el mundo político é intelectual, sus bellezas, sus matronas, al lado de la más exaltada unitaria, gobernadora Antonia Maza de Alsina, y la más bella flor del pensil oriental, Delfina Vedia de Mitre; hermosa rosa en todos los jardines Agustina Rozas de Mansilla, también de la Sociedad de Beneficencia, conjuntamente con su hermana Mercedes de Rivera. Entre la bella Elena Torres y la Pepita de la casa, repartiendo sus galanterías cierto joven General que invitaba á los marinos españoles á visitar los frondosos bosques del Paraguay, el hijo del Mariscal Santa Cruz llegando de ofrendar sus laureles de Crimea á la muy espiritual Juanita Urquiza, y otras muchas, no una, sino dos y más miembros de familias de Ocampo, Guerrico, Acosta, Halbach, Peña, Casares, Parravicini, Martínez de Hoz, Cobo, Saavedra, Elortondo, Sáenz Valiente, Tejedor, Merlo, Piñero, Monasterio, Balcarce, Moreno, Castellanos, Ortiz Basualdo,

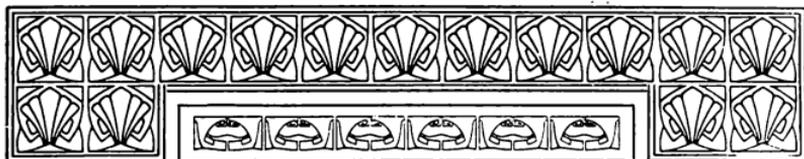
Frías, González Videla, Uriarte, Blayer, Oromí, Carranza, Chás, Alvear, Miró, Quesada, Alzaga, Dorrego, Gutiérrez, Armstrong, Torres, Lumb, Gowland, Mier, Riglos, Molino Torres y cien otras, contribuyendo con su elegancia y gentileza á hacer los encantos de aquella noche que pasó como el sueño de una noche de verano.

La fecha del baile que en 1807 ofreciera don Jaime Llavallol á sus compañeros de armas, la del hijo en 1858, que esbozamos, y la que en Mayo de 1910 dedicara el nieto á la Infanta, quedarán grabadas con letras de oro en los anales de tan antigua familia patricia.

---

•





## El Brigadier Mackenna

### I



ELÉBRASE de los santos, el centenario de su muerte; de los héroes el de su nacimiento.

El nombre del bravo irlandés que murió en defensa de su honor, le tiene inscripto el santoral chileno como «héroe del Membrillar».

Mañana cumplen cien años que pereció; ayer hicieron cincuenta que tuvimos ocasión de inclinarnos sobre el campo en que cayera, y cuarenta han pasado desde el día que, visitando la biblioteca del historiador chileno Vicuña Mackenna, contemplamos arriba de su mesa de trabajo dos espadas cruzadas, pendiente un pequeño cuadrado velado de fúnebre crespón...

—¿Es que usted acostumbra signar con esta clase de acero sus artículos de combate? — interrogamos al afamado polemista.

—¡En toda mi propaganda, pluma más pacífica que la que esgrimo no encontrará en esta tierra! — contestó nuestro inolvidable amigo. Son las espadas de mi abuelo y la de su matador. Dentro del cuadro, el cartel de desafío que produjo la muerte de ese pundonoroso irlandés que de tan lejana tierra vino á derramar su sangre por la independencia de la nuestra! Allá, de la verde Erin, cuna de soldados valientes que ilustraron su nombre y nuestra historia, llegó un día Mackenna, como antes y después de él, Brown, O'Connell, O'Brien, O'Higgins, O'Leary, espadas cuyo lustre abrigaron sus nombres y los

fastos de América. Fácilmente se explica cómo viniera á mí la carta de su adversario, recogida sobre el cadáver del caído, pero la dirigida á Carrera. . .

— Ardua investigación sería — contestamos — mas nó para un antiguo ayudante del general Mitre, quien en noches de campamento oíale referir, entre sus buenos recuerdos de Chile, que por el fracaso de la revolución del año 51, aun en su mala suerte, hubo allí la buena fortuna de tener por compañeros de prisión á Errázuriz (presidente en el futuro, como Mitre), al hijo primogénito del general Carrera y á usted, nieto primogénito de Mackenna. El poeta de las Rimas, solía distraer las melancólicas horas del cautiverio, sacando de su brillante pedernal histórico, chispas que prendían ardientes discusiones interminables, sobre cual de los partidos (Carrerista y Ohigginista) ocasionaron mayor cúmulo de desaciertos en sus contiendas. De tan apasionadas polémicas resultó ; miserabile visum! tan sincera cordialidad entre descendientes de una y otra familia patricia que, franqueándosele la correspondencia del caudillo chileno, produjo su pluma de usted, tan entusiasta, «El Ostracismo de los Carrera», que de paso no nos deja muy bien parados á los argentinos. Los cuyanos al fusilarle sólo se anticiparon á lo que poco después hubieran ejecutado los chilenos, con el incendiario del Salto.

## II

En la referida ocasión tuvimos á la mano el papelito provocador, cien años há escrito, en cuyas letras descoloridas desciframos.

«Noviembre 20 — Usted ha insultado el honor de mi familia y el mío con suposiciones falsas y embusteras, y si usted lo tiene, me ha de dar satisfacción desdiciéndose en una concurrencia pública de cuanto usted ha hablado, ó con las armas de la clase que usted quiera y en el lugar que le parezca. No sea, señor de Mackenna, que un accidente tan raro como el de Talca, haga se descubra esta esquila. Con el portador, espero contestación. De usted, Luis Carrera».

A tan apremiante misiva, en términos no menos lacónicos, contestó:

«La verdad siempre sostendré, y siempre he sostenido. Demasiado honor he hecho á usted y á su familia; y si usted quiere portarse como hombre, puede tener este asunto más sigilo que el de Talca y el de Mendoza. Fijo á usted el lugar y la hora para mañana á la noche; y en esta de ahora podría decidirse si me viera usted con tiempo para tener pronto pólvora, balas y un amigo que aviso á usted llevo conmigo. — De usted, Mackenna».

.....

Abreviando. De aquel primer duelo funesto, en la noche del viernes 21 de Noviembre (1814) llegamos caminito de Santa Lucía, hacia el pie de las barrancas (actual parque Lezama) en la hora que el Comodoro de nuestra escuadrilla perfilaba á su amigo y paisano Mackenna, frente al atolondrado, pero no menos valiente hermano menor del general Carrera.

Dos balas acababan de cruzarse, y mientras el humanitario marino, experto catador de valientes, afanábase con su flemma inglesa en proponer varias soluciones satisfactorias á tan implacables contendores, esbozaremos, siquiera en un rasgo, al brigadier Mackenna, cuyas gloriosas hazañas, batallando por la Independencia de Chile, perduran á los cien años de su muerte.

### III

Nacido en el condado de Clogher (Irlanda, 1771) de William Mackenná y Leonora O'Reily, fué á sus once años enviado á España á cargo del tío materno, condé O'Reilly, establecido en Madrid, por cuyas influencias consiguió ser incorporado bien niño á la Real Academia de Ingenieros, en Barcelona, donde alcanzó diploma de ingeniero. Pasados algunos años enviósele con especialísimas recomendaciones por sus talentos al Virrey del Perú, á la sazón otro progresista irlandés, Ambrosio O'Higgins, quien como los dos virreyes que le sucedieron, supo apreciar sus mé-

ritos y servicios. Entre muchas obras importantes de pública utilidad encomendósele la prosecución que iniciara el «Virrey huonero» (como maliciosamente apodaban las «tapadas» en Lima al padre del general O'Higgins) de las casillas de refugio de viajeros en la cordillera de Santiago á Valparaíso, de cuyo puerto fué nombrado Mackenna gobernador después de haber terminado otras importantes fortificaciones en Osorno y la costa toda de Valdivia.

En vísperas de la revolución de Septiembre (año 1810) desposó una de las más hermosas santiaguinas, Josefa Vicuña Larraín, cuya exaltada patricia supo atraerle á la causa americana. Muy luego la Junta le designó el comando general de la artillería. Durante la breve gobernación de don Miguel Carrera fué preso por sospechoso conspirador.

Cuando fuerzas españolas enviadas desde el Perú desembarcaron al Sur de Chile, se le mandó á Concepción, y allí en Yerbabuena, como en el sitio de Chillán, plaza que fortificó, distinguióse en continuos combates como en Talcahuano y Talca, siguiendo con el general O'Higgins la penosa campaña de 1814. A la cabeza de valientes soldados chilenos luchó en Lirca y por su descollante distinción, aclamado «el héroe del Membriilar», ascendiósele allí á Brigadier.

Con los restos salvados del sitio de Rancagua volvió á cruzar la cordillera, siguiendo de Mendoza á Buenos Aires pocos días antes que su provocador, á quien por díscolo é insubordinado, siendo su subalterno, ya había tenido que separar del cuerpo de artillería.

### III

Estas páginas y doble número de ellas escasas serían para explayar odiosidades que carreristas y sus contrarios se achacaban, inculpándose la pérdida de Chile, personalizándolas el último de los Carrera en el principal adicto de O'Higgins.

No extraño que el encuentro resultara fatal, y sordos fueran á reflexiones de que ambos hacían falta para reconquistar la patria

cautiva. De nuevo, frente á frente, pistola en mano, el segundo tiro de Carrera quedó sin contestación, cayendo el inflexible Brigadier cubierto en sangre...

Glorioso recuerdo á los manes del valeroso extranjero, que no fué tal en su asidua defensa de Chile.

Este primer duelo que nuestras tradiciones recuerdan, diera origen al decreto del Director Posadas, repitiéndose en él que, «en defensa por la patria sólo debe exponerse la vida, no pendiente á caprichos y venganzas. Que las leyes consideran verdaderos asesinos á los duelistas, recibiendo todas las penas fulminadas contra los desafíos y los que salgan á ellos».

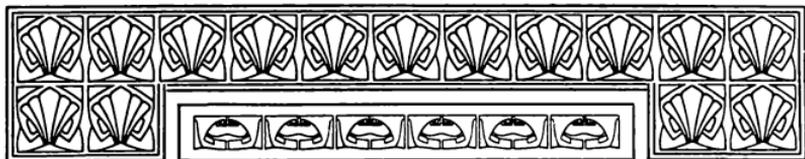
.....

Muchos años después, en ocasión de presentar el biznieto del virtuoso brigadier al historiador Mitre, cuyas páginas le elogian cumplidamente, guiamos al distinguido escritor don Alberto Mackenna al Convento de Santo Domingo. Ciceroneándonos el Prior y el Padre Becco, urgoneábamos al pie del altar de la Pasión, bajo el que reposaron los restos venerandos... En honor á la verdad, nuestros pasos resultaron verdaderos pasos perdidos, en rebusca sin encuentro!...

Resta sí, dentro y fuera de la República hermana de Chile, el nombre esclarecido de éste, uno de sus más meritorios defensores!

---





## La cuadra del oro

### I



RECUEENTE es en crudas noches de campamento que nuestros sufridos soldados, alrededor de fogón apagado donde no queda ni resto de crudo churrasco al rescoldo, engañen hambruna prolongada con cuentos y referencias de apetitosas cenas, más soñadas que rociadas con Chateau Paraná. Así, en los presentes ayunos de metálico, iluso bolsista sin bolsa que llevar á la rueda de la misma, entretiene sus ocios con cálculos alegres en estos tiempos en que apenas va quedando dinero para los hipódromos y menesterosidades semejantes, afirmando que convertidos á esterlinas los caudales que archivan Bancos ubicados en las dos primeras cuadras de esta City, alcanzan y sobran para pavimentarlas con adoquines de oro.

Volviendo de rememoranzas de antaño, y entornando los ojos, divisamos lo que fué el barrio de los actuales palacios del oro, en la década de 1850 á 1860: calle de malas piedras, parándolas de punta, como eran transportadas desde canteras de Martín García para ganancia exclusiva de los zapateros remendones allí ubicados. Recordamos con cariño buenos vecinos que abrieron los cimientos de la actual transformación, que si sus viejas casas cayeron, semillas de buenos ejemplos de laboriosidad y honorabilidad siguen germinando en sus descendientes.

Sobre el solar que en la primera repartición señalóse al fundador Garay, donde al presente resuena argentino retintín de

monedas de todas las naciones (Banco de la Nación Argentina), más vibrante y armoniosa voz, más fuerte y sostenida, hacía resonar el tenor Tamberlick, cuyo inolvidable «do» de pecho, eco de emoción gratisima repercute aún al oído de ancianas que le aplaudían á rompe-guantes. Precedió á la Patti, á Tamagno y á los primeros artistas del mundo, que si no alcanzamos á producirlos en la tierra, sí á cotizarlos al más elevado estipendio.

Entre aquel y el de la esquina opuesta, se extiende el Germánico de la América del Sur; empezaba entonces su casa don Nicolás Anchorena y Árana, propietario de veinte Estancias, sin haber pernoctado en una. Su esposa empezaba también allí la munificencia, no agotada en numerosas escuelas, templos y asilos, piadosa señora Mercedes Castellanos é Iglesias, que dos muy suntuosas termina de levantar dónde se emplazaba la cruz de San Sebastián, mojón del ejido primitivo.

El Banco Británico suplantó los balcones de Pueyrredón, larga casa de dos pisos, edificada por el Director. En ellos habitó mucho tiempo su digna esposa, señora Telechea, con su único Pridilianito, uno de nuestros afamados pintores, cuyo retrato de Rivadavia apenas tuvo rival en el de otra celebrada pintora vecina, señora Garrigós. Abajo, don Terencio Moor, honrado almacenero siempre en mangas de camisa, proveía á todos los irlandeses, desde la Capilla de los ingleses hasta San Antonio de Areco, acaparando el gremio de pastores, sin reservarse para la trastienda ó usos domésticos, en su larga soltería, ni una pastora, si llenas de pecas, limpias de pecados.

Refiere la tradición que observando desde el poste de la esquina el Director Pueyrredón las pinturas que refaccionaban el frente de esa su casa, cruzó un loco Balbastro, por lo menos hubo uno cuando no dos en cada generación, murmurando al pasar:

Muy bien pinta,  
Casa, chacra y quinta.  
La murmuración pásala,  
Y el provecho queda en casa.

## II

Atravesando la bocacalle llégase á la puerta del Banco de Londres y Río de la Plata, por entonces la «casa de los mellizos», que no sólo cuatro pares de ellos reunía, á la par que procreaban allí otros tantos no mellizos cuatro hermanas tan fecundas como devotas, casadas dos Dozales con dos Uribelarreas, con Benguria y Lalama otras dos. Digno ejemplo de santa unión fraternal fueron por muchos años, llevando su piedad cristiana hasta ensayar redención de vecinas «non sanctas», en la calle trasera de las Magdalenas, mal afamada calle del Veinticinco, desembarco de marinería sedienta de Vénus desgreñadas. En tal piadoso ejercicio sin resultado, transportaban desde la Casa de Ejercicios cada jueves santo, un Pecador arrepentido, grotesca escultura de capa ancha, al frente de su casa, improvisando cátedra en media calle, donde por la noche mal deletreaban páginas de «La Pasión» algunos presos de la cárcel (arrepentidos, sólo durante la prisión) hasta media noche.

A las doce del día, un jueves Santo (1852) vimos bajar la vereda en tal modo obstruída, al gobernador, ministro y ministros, observando por su novedad largo desfile de corporación civil y militar, caminito á la Merced, haciendo «estaciones». Luciéndonse iban con el calzón corto de antaño, canillás peladas de viejos camaristas: Carreras, Alsina, Campana, Cárcova, y Gefes como el General Hornos, vistiendo por vez única galoneada casaca con palmas bien ganadas. También en formación sobre esa elevada azotea, divisábanse de continuo las niñas de la casa, Dorotea, Antonia, Filomena, Felicia, Dolores, Mercedes, tan bondadosas. A la tienda de la esquina, sastrería Sanglas, seguía la casa del gobernador. En ella había nacido Edelmiro Mayer, luego general en Méjico, mucho antes que entre las rubias cabezas que adornaban el largo balcón siguiente (actual Banco Francés), asomaran las del actual general Dónovan y el médico irlandés que con tan buena fortuna á doctores, médicos y militares dejó en su descendencia.

Corredores tan activos y diligentes: Señores Cárrega, Doll, Rossi, Matti, establecieron allí sus agencias, hasta el almacén de don Juan Tanini.

Mientras pasamos á la acera del Banco Español con el bolsista de referencia, sumábamos cuentas, deduciendo que adoquines de oro pueden substituir los de madera, y con el brillante metal que estos Bancos guardan, extender caminos de oro del largo de toda la calle y su ancho.

### III

Más clara que el agua del vecino río de la Plata, después de filtrada, sale el resumen — decía el calculista. Según el último estado que publicaron Bancos de esas dos cuadras, alcanzaban á sesenta millones, reducido su metálico y papel á esterlinas.

El metro lineal lo completan cuarenta y cinco libras en fila corrida, una al lado de otra, llenando intersticios con esas pequeñas moneditas, que cifran para los más la dicha en pedazos. Mide allí la cuadra ciento veinte y nueve metros lineales. En sus ochocientos metros cuadrados cubriríanla dos millones cien mil de las codiciadas «amarillas». Multiplicando dos mil quinientas libras en ochocientos cuarenta metros cuadrados de toda la cuadra, no dos, sino doce cuadras, desde el solar de Garay hasta la torre del «reloj de los ingleses» llegarían hoy á pavimentarse de oro puro. Sesenta millones, libra tras libra, ¿en cuántas leguas se extenderían? Por no engolfar más al paciente Corredor en los tiempos que corren, suprimimos otros cálculos que harían agua la boca, á no resultar cálculos alegres.

Y al cambiar de acera, cambiamos de reflexiones. Tal vez porque apoyados en el cañón que, bala en boca, de poste esquina quedó en ésta, desde los tiempos en que los ingleses nos traían cañones en lugar de esterlinas, mirábamos la imagen de las Mercedes en cuyo templo entró Liniers á implorar la victoria durante el combate del 12 de Agosto de 1806, exclamando más compasivos que envidiosos: *Auri sacra fames!*

Sin duda que el oro proporciona muchas comodidades que

allanan asperezas en el camino de la vida. Pero su incesante afán no vale la vida. En cuántas ocasiones su amontonamiento se vuelve en nuestro mal, provocando codicias, atentados ó guerra por la avaricia. En la tierra del oro (California) como anteriormente en la de plata (Potosí) para no salir de este Nuevo Mundo en que todo era nuevo, sinó la virtud, el crimen, ¡cuántos crímenes cometidos en minas y yacimientos! Oímos al pasar en California un viejo yanqui aleccionando su cría, que muy luego descolló en el agio, en la usura y en la quiebra: «Tened fijo que la novena bienaventuranza en la tierra, que muchos tienen por primera, no es otra que la de hacerse rico. Si por buena vía, honradamente, bien; sinó, por cualquier camino y de todos modos, que luego el éxito purifica, saliendo del crisol puro y brillante, que hoy el más rico es el más poderoso».

Más plausible nos fué oír al judío converso que en Boston, al enseñarnos el monumento del *Padre de la patria americana*, repetía á su nietecillo: «Hacer el bien dentro de los preceptos cristianos es bueno; hacerlo en toda forma y lugar es mejor».

Entre las canaletas del alto y negruzco tejado donde se levanta ese Banco Español crecía tupido pastizal, antes que el señor de Atucha edificara el hotel de la Paz.

Por entonces, fundida la escuela de doña Rosa Guerra, instalábase acreditada camisería, tienda de ropa blanca de laboriosa familia italiana, cuya primogénita desposó don Luis Amadeo, sin que la menorcita alcanzara imitarla con otro Luis de muchos «luises», visita á diario frente á su mostrador y á la mamá. El abnegado don Luis Viale destinado estaba á sacrificarse en el incendio del vapor «América» por salvar una madre desesperada.

Centinela perpétuo en el umbral inmediato, era el «paquete» del barrio calzándose guante lila, y «lila» resultó aquel buen mozo por quien llegó á ahorcarse una mujer, muriendo luego él en miseria.

Su señora madre fué una ilustración argentina. Unitaria de raza, casada con federalote de profesión en la secretaría de Rozas, su admirable pincel solía mortificar á su señor marido, adornando el Estudio con retratos de admirable parecido como el del fundador de la sociedad de Beneficencia, de que fué dos veces Presidenta.

## IV

Llegamos á la antigua botica y rebotica del barrio de la Merced, establecida cuando en 1828 arribó al país don Edmundo Cranwell, fundada en la acera del frente, calle La Paz número 33. Idóneo profesional, su afamada Farmacia dejó numerosas sucursales por todas partes: Rivadavia, Florida, Rosario, Montevideo, dilatando su buen nombre á todos los vientos. Regresaba de la campaña del Brasil, en la que el general Alvear le diplomára en medicina:

—Señor general, yo no soy médico, — se defendía el honrado irlandés. — Sólo seguí estudios de farmacia.

—Lo que yo necesito en campaña son médicos. A falta de pan buenas son tortas, y donde no se encuentre más, un medio médico ó practicante suplirá.

Rehusaba Cranwell, insistía Alvear, y hétele al honesto señor dragonando de Físico en carencia de facultativos. Estudioso y observador, de tanto despachar recetas, en tan larga campaña adquirió alguna práctica para atender heridos.

.....

Blanca flor del aire, inclinada en balcón sobre esa botica, aparecía melancólica estrella de la tarde, entre sus dos tías, señoritas Stegmann, la pálida Enriqueta; mientras en el mostrador de Cranwell tres benefactores irlandeses atendían y resolvían intereses de su colectividad, que en una misma cuadra se acaparaban todo. El capellán, inolvidable Padre Fahy, les casaba en San Roque, bautizaba y ayudaba á bien morir; don Edmundo despachaba cientos y cientos de recetas de médicos de la misma verde Erin: Brown, Konigan y Dónovan, ayudando á bien vivir, y el almacenero don Terencio proveía de cuanto necesitaban todos los irlandeses en nuestra campaña. A continuación la casa del señor Viale, honorabilísimo comerciante, hermano mayor del anterior don Luis, que tesoro mayor supo labrar su laboriosidad, perdurando aún en numerosa y excelente prole.

Antes de llegar donde confina el Banco Alemán, (anterior-

mente de Carabassa) había ¡quien lo creyera! no sólo sucio fondín, *Fonda Pavón* hasta 1870, reñidero perpetuo, no de gallos sino de cocheros de plaza y al lado de miserable puesto de verdura, abría su negra puerta el más sucio conventillo, á una cuadra de aquel suntuoso Teatro Colón que inauguró Tamberlick y clausuró Tamagno. La tienda de los Federicos, doña Federica y don Federico Rizzetto, antecediendo la zapatería de Packer en la esquina, cuyos altos habitaba el Padre Fahy sin cobrarle alquiler el señor Armstrong. Un día este progresista comerciante decía al gobernador de la vereda de en frente:

— Pronto tendrá usted que abandonar su casa propia. Esta no quedará en barrio de familias, convertido en la City centro de Bancos.

¡Cuán inmediato se cumplió su profecía!

Donde actualmente el Banco del Brasil, extendíase la hermosa casa de dos pisos edificada por el señor de Alzaga, y en su entrada al patio de las columnas, el Banco Nacional se fundó, arreglando la plaza y sus negocios entre don Gregorio Lezama y su cuñado don Martín Alzaga, don Diego Thompson, cuyo registro allí ubicaba.

En el solar que actualmente se levanta Banco más alto que la Catedral, los escritorios de Wilfredo Lathan y Samuel Hale, limitando con la vieja casa del Virrey de los tres días.

## V

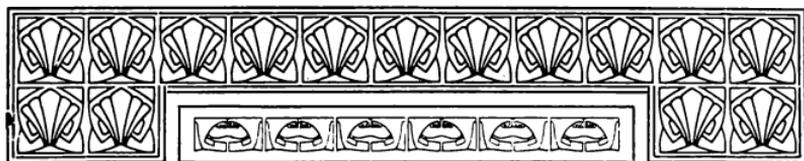
Desde antes de las celebradas reuniones en la mañana de Mayo, es de historia la casa de Azcuénaga (antes de Olaguer y actual Nuevo Banco Italiano). A la aparición del primer periódico el año uno, congregábanse en el salón de los Virreyes (retratos trasladados al Museo Histórico) intelectuales como Cabello, Azcuénaga, Real de Azúa, Moreno, Segurola. En la época que tradicionalamos, solía asomar al balcón de su Estudio frente á Colón en los días que el ingeniero Pellegrini elevaba su techumbre de zinc, envuelto en raída capa color pasa, y en sempiterna porfía (costumbre entre octogenarios) con don Goyito Gó-

mez. Era éste el íntimo de San Martín que escondiendo dentro el hueco regatón de su báculo al pasar la cordillera el oficio de la Junta de 1810, noticiára al pueblo chileno nuestro primer grito de libertad que para bien de la humanidad sigue resonando por toda América.

Al Mentor de toda una generación, don Juan María Gutiérrez, rodeaban allí entre otros cultores de las letras, ajenos á las de cambio que hoy se giran en la propia sala: Quesada, Navarro, Carranzá, los señores Antonio Mansilla, Zinny, Salas y otros tres Miguelitos, á diario éstos en el alto umbral de la ancha puerta contigua al palacio arzobispal. En medio al corpulento don Miguel Azcuénaga, presidente de la Municipalidad y de muchas obras buenas, dos larguiruchos, Miguel Cuyar y Miguel Olaguer, ciego de larga vista y muy buen tacto, como que á sus tanteos y rebuscas entre archivos y escribanías, descubrió en la de Mogrovejo justificativos en testamentarias de tres generaciones, por los que ganó el pleito de los cien años.

Y aquí ponemos término al paseo retrospectivo, no porque falten otras gratas memorias de activísimos pasantes en esa mal empedrada calle de 1856. No había ni con mucho los millones que al presente se acumulan, pero sí desde entonces, como lo anotamos, nobles semillas que germinaron y siguen floreciendo, de laboriosidad, de honorabilidad en el comercio que se dilata desde ese centro; agentes, corredores, que pasaban corriendo la calle Reconquista por donde anteriormente soldados ingleses, cuando pretendieron conquistarnos con las armas, y entran al presente con las armas del trabajo y de la industria, sus sucesores en el brillante ejército de progreso, cuyas naves, ferrocarriles y Bancos prosperan y hacen prosperar á la Nación Argentina!

---



## La bandera de Lavalle

### I



LA noche del 24 de Mayo de 1839, el general Lavalle, regresado recientemente de Mercedes, descansaba en su modesta casita blanca calle San Carlos, tan limpia como la ciudad toda de Montevideo, que aparece como una taza de plata. Don Florencio Varela, Presidente de la comisión argentina, venía también de cruzar las verdes cuchillas uruguayas, decidiendo al adalid á encabezar la Cruzada libertadora. En una de esas íntimas expansiones, el vencedor en Ituzaingó reposaba con su esposa cabe el hogar apagado, entrelazando sus manos, mirándose tristemente en silencio, cual si el presentimiento de que la inmediata separación sería eterna, oprimía sus sensibles corazones.

• Su señora, la bella Dolores, de la antigua familia patricia Correa, nacida al pie del Andes en la ciudad de los álamos, cruzó resignada largo tránsito doloroso. Esposa mártir, madre desgraciada, soportó los golpes más terribles con resignación admirable. Siempre triste desde que viera partir al intrépido guerrero de su lado, nunca volvió la sonrisa á sus labios. En suave penumbra se distinguía la hija menor, del mismo nombre, que hasta el presente descuella en la misión filantrópica que bien temprano se impuso, predilecta del padre, en sus rodillás recibía caricias, sin sospechar fueran las últimas, y Augusto, Juan y Hortensia alegraban con sus gracias aquel delicioso cuadro de familia, en contadas horas que rodearon al padre amado. Previendo ma-

yores obstáculos, cada día aumentados por el infructuoso D. Frutos, á la sazón Presidente, de menos autoridad que aquella que vicepresidenciaba, enérgica doña Bernardina, mujer de bigote retorcido, apresuróse la entrega de bandera que enarboraría el que otrora la hizo flamear victoriosa hasta el Chimborazo, con el general D. Félix Olazábal, á quien el mariscal Sucre proclamara entonces «héroe de Pichincha».

Circunstancias especiales, que imprimían á todos los preparativos cierto sello misterioso de oculta conspiración, no permitieron á las madrinas, señoras de Alsina y de Rodríguez, hacer bendecir la bandera que acababan de bordar patricias argentinas. De damasco de seda el azul de sus fajas, resplandecía en su albo centro la cara de un magnífico sol, en fino oro de punto real, delicado trabajo dirigido por el oficial Larrosa y dibujado por Muñoz. Dos grandes borlas de plata enlazaban la moharra, y el portaestandarte de igual metal como la banda, preciosa labor de otra patricia porteña, Emilia Unánue, ayudada por Adelina Sánchez y Mónica Villegas.

Religioso enternecimiento había precedido la víspera al acto solemne de velar la bandera en el interior de la casa del Sr. Sánchez, semejando esa noble y santa enseña nacional, pálido cadáver de virgen huérfana, á la que á un tiempo ciñeran túnica mortuoria y la corona de rosas blancas, emblema de pureza inmaculada. Toda esa noche de Mayo continuó la casa llena de gente, que entraba y salía emocionada, después de besar con religioso respeto la orla de la insignia patria.

¡Qué tristes horas se deslizaban! Lo más notable de la emigración, ya numerosa en Montevideo, pasó velando la bandera próxima á cruzar ráfaga de luz cual rastro luminoso de pasadas glorias, sobre el suelo ensangrentado que se proponía redimir. Con las señoras del general Martín Rodríguez, de Alsina, Rondeau, de Mendeville, las señoritas de Olazábal, Somellera, Manso, Martínez Nieto, Angela Rodríguez, Encarnación Muñoz, Petrona Giles, Espinosa, Juana Costa y otras, agrupábanse, cuando llegó el activo y enérgico señor Lamas, que venía de encrespársele al mismísimo Presidente Rivera, declarando el iracundo patriota que mientras él fuera jefe político, no sería detenido ningún argentino de los conspirado-

res contra quien les tiranizaba. Por momentos acrecía la reunión, llegando Suárez, Viamonte, Varela, Oyuela, Posadas, Alberdi, Rivera Indarte, Irigoyen, Méndez, Berro, Manuel Pacheco, Gelly, Mitre, Espinosa, Roque Rivero, Somellera, Cané, Díaz Vélez, Iriarte, Camelino, y los que bien pronto empezaron á disciplinar soldados de la santa cruzada, coroneles Olavarría, Torres, Videla, Vega, Alvarez.

## II

En la del día siguiente á la aciaga noche de zozobras y sobresaltos, envuelta en el mismo blanco mantel del altar de Dolores proporcionado por entusiasta devota, sobre el que habíase extendido la bandera, fué sacada, para ir á llamar á la puerta del general Lavalle, peregrinando en medio de la obscuridad de fría llovizna menuda y furiosos lamentos del pampero, lóbrega y tris-tísima noche de la última esperanza, para muchos de los patriotas que no volvieron.

A primera hora concurrió el coronel Velazco, antiguo guerrero de la independendencia, acribillado de heridas por el sable godo. Se inclinó todo conmovido, besó la bandera respetuosamente, reci-biéndola emocionado sin poder articular palabra, pues dos gruesas lágrimas corrían lentamente por el mutilado rostro que las cicatrices desfiguraban, faltándole también tres dedos de la mano del sable. En la sala que congregaba los emigrados, sólo se oían sollo-zos reprimidos. Al salir señoras y niñas, jóvenes y ancianos, llo-raban como en despedida de la bien amada. Acompañaban al ve-terano: Muñoz, Oyuela, Posadas, Sánchez, Julio Mendeville y Rufino Varela.

Nuevos proscriptos recientemente desembarcados huyendo de las garras del tirano, seguíanlos á corta distancia; á la vez que otros grupos disimuladamente emboscados, dispersos en bocaca-lles del tránsito por las del Portón, Misiones, San Carlos (hoy Sarandí) se preparaban en su defensa, si pretendían arrebatarla, según anunciaban los riveristas. Llegando á esta última, la comi-sión argentina entró sin ruido en la casita á media luz.

Velazco desembozó su capa poniéndose el elástico de uniforme y llevando ya enhiesta la bandera, cual la enarbolara en tantos días de batalla, abrió la puerta de la sala sobre el zaguán, entrando primero la bandera. El coronel aparecía á los ojos atónitos de Lavalle, vivo recuerdo de gloriosas campañas de la independencia, levantado de pronto como al choque de conmoción eléctrica, ante el aspecto del viejo soldado. Los otros comisionados siguieron en orden, vestidos de negro, guantes blancos de etiqueta, cual cumplía á verdaderos representantes del pueblo y de las damas argentinas cuyos emisarios eran. Muñoz se adelantó saludando al general, al entregarle el acta firmada por los donantes que enviaban la ofrenda. Tampoco podía articular palabra, pues la emocionante y suprema solemnidad del acto embargaba á todos.

Después de leer la elocuente misiva, fué Lavalle apretando la mano uno á uno siguiendo la rueda, sus bellos ojos arrasados en lágrimas. Cuando enfrentó á Velazco, los dos soldados se miraron en silencio, arrojándose simultáneamente uno en brazos del otro, estrechándose con efusión. ¡Qué mundo de recuerdos y sentimientos, agolpándose á la mente y al corazón de ambos!

### III

En la mañana del 25 de Mayo de 1839, el general mandó abrir las puertas y ventanas, exponiendo frente á la más inmediata á la entrada la hermosa bandera, de modo que pudiera contemplarse por la multitud que allí se estacionaba, admirando la ofrenda de patriotismo y decisión de las jóvenes porteñas. Como en gran aniversario patrio las familias argentinas, más alegres y llenas de satisfacción, cambiaban congratulaciones en calles, plazas y paseos, acabando su vuelta, idas y venidas, parándose ante aquella ventana convertida en altar de adoración á la santa imagen, visión de patria, que revivía en la brillantez de sus colores los más nobles sentimientos.

El 2 de julio se embarcó con ella el general Lavalle, seguido del puñado decidido de compatriotas, que al día siguiente la enar-

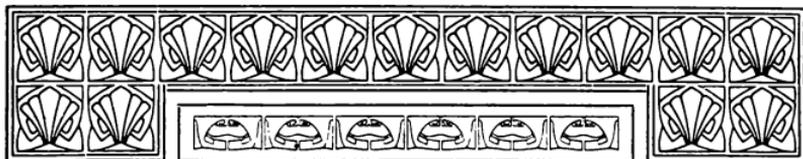
bolaron en Martín García, cruzando con ella toda la República. Custodiada en medio á fogones apagados en tristes noches heladas, los rumores de brisas matinales al desdoblar sus pliegues parecían voces gimientes llamando á su defensa. Hasta en los postreros días aciagos siguió cubriendo los restos del héroe de Putaendo y Bacacay, transportados á suelo extranjero, pues que en el de su nacimiento no encontraron palmo de tierra para su reposo. Descolorida y en girones regresó después de muchos años, conservándose hoy en el Museo Nacional como reliquia que recuerda sacrificios de la generación pasada.

Uno de nuestros más elocuentes historiadores, termina la introducción á sus «Rimas» con esta increpación: «Tengo otra razón más para odiar á Rozas, no sólo porque ha sido el verdugo de los argentinos, sino porque á causa de él he tenido que vestir las armas, correr los campos, hacerme hombre político y lanzarme á la carrera tempestuosa de la revolución sin poder seguir mi vocación». Agregamos: proseguiremos estigmatizando su memoria, no sólo por el mal que hizo, sino también por el bien que impidió hacer. Antes, ni después de la independencia, mandatario alguno tuvo poder mayor. Fué su férrea voluntad, despótica y cruel, la más alta é insalvable barrera que detuviera por tantos años todo progreso. Bien sabía que el desarrollo de éste avasallaría su despotismo, como se comprobó desde el día siguiente á su desaparición.

Cuando después de medio siglo todavía en la misma ciudad que vilipendió se ensaya disculpar sus crímenes ante descendientes de sus numerosas víctimas, reminiscencias de cómo hasta las niñas que escaparon al moño colorado con que embreaba trenzas femeniles, aunaban débiles esfuerzos contra su perseguidor, acaso no serán del todo extemporáneas rememoranzas como estas.

---





## La cuna de un poeta

### I

«¡Oh, Patria, si nada tu gloria me debe,  
Jamás tu destino del hombre pendió;  
Yo he sido una gota del agua que llueve,  
Perdida en la nube que el polvo bebió.

Amigos! si os llama tal vez el acaso,  
Al suelo extranjero do voy á morir,  
Por Dios, en mi tumba, tened vuestro paso:  
No todos, no todos se olviden de mí!»



ESO es lo que hicimos al llegar al Sena, inclinándonos ante el panteón que guardaba los restos de San Martín y hospedara un día los del poeta Balcarce, y esa su última voluntad la que cumplimos en el deseo de exhumar su memoria asaz olvidada.

*¡No todos, no todos se olviden de mí!*

Blanca casita vieja, que si pasa de un piso no llega á dos, en ochavada esquina y confluencia de las calles Balcarce y Victoria, avergonzada en su decrepitud, viendo pasar tanta cosa nueva, progreso y modernismo, sin que nada deje á su paso, casi arrinconada como va quedando cuanto brilló en la Patria vieja! Es una antigua edificación colonial, chata, ruinosa, encogiéndose, ocultan-

do arrugas de los años, la más baja, frente á la más elevada construcción de catorce pisos, lagrimeando decrepitud por todas sus grietas. Hoy sólo vemos sombrías paredes, de la que fué toda luz y toda resplandores, nido de esclarecidos patricios.

Desde su gastado umbral de doble tramo, despidiéronse los que de allí descendieron para subir á la gloria. Generales, poetas, diplomáticos; modesto hogar levantado en el siglo XVIII bajo el cañón del Fuerte vecino, según rezan escrituras, en tiempos que aventurado era alejarse del tiro de cañón. En el estrecho solar de los abuelos, la antigua casa de Balcarce abre su puerta bajo el número 161 de la calle á que tan ilustres patricios dieron nombre por su renombre. Transponiendo entrada asaz estrecha, penétrase con gozo, que siempre es grato descansar — bien sea un momento — á la sombra de un hogar donde el laurel floreció.

A la derecha de angosto zaguán, el aposento donde vió la luz el que firmó el *parte* de la primera victoria, y á continuación, el de su primogénito, llamado á signar el primer Tratado con la Madre patria. En dormitorios rodeando el patio, pequeño en sus dimensiones, grande por el recuerdo de excelsas virtudes de los que en él corrían en sus juegos infantiles, como muy luego corrieron tras la gloria por coronar con laureles la deidad de sus sueños.

Uno, dos y tres Generales, y otros tantos hermanos, jóvenes soldados de la Patria, que si no llegaron al mismo grado sólo fué porque la muerte tronchó en flor sus vidas, nacieron bajo este modesto techo.

Van á cumplirse doscientos años que abrió aquí sus cimientos don Francisco Balcarce, quien hubo en Doña Rosa Elat á Don Francisco 2.º fundador en la Ciudad de Garay de tan numerosa familia, falleciendo en media Pampa, al dirigir la expedición de los salineros en 1797. Ensancho luego el primitivo con el solar anexo, que aportó la señora Buchardo, esposa de Balcarce, tuvieron á su hijo Florencio, cuyo balconcito al fondo del patio, era su Estudio de filósofo y de poeta. Nació el año de Maipu, y al mes siguiente que su padre llevara la carga á fondo de la caballería argentina, rompiendo barreras en Chile, allanando ancho camino para seguir la marcha triunfal de la emancipación americana,

flameando el blanco y el celeste de nuestro pabellón de cima en cima, hasta las más altas cumbres del Chimborazo.

Apenas salido el estudioso Florencio del colegio, ingresó á la Universidad. Alma grande en frágil cuerpo, bien pronto empezó á sobresalir entre los precoces de su generación, siendo sus discípulos Don Félix Frías y V. López, Domínguez, Cuenca, Amoedo, Irigoyen (Miguel), Mármol, Ugarte, Antonio Cruz Obligado, posteriormente Rector de esa misma Universidad.

Se ha repetido que la biografía de todo joven está en el porvenir. Florencio Balcarce no tuvo porvenir. «Le anocheció en la mitad del día», según la hermosa imagen de otro hijo de las musas (José Antonio Miralla) olvidado en el parnaso argentino. Aunque caído á mitad de la cuesta, no fué escasa su mies poética. Elocuentes discursos filosóficos en la cátedra universitaria; laboriosa comentación de la gran obra de Mr. Larromignière, traducida por él, como el drama de Dumas, Catalina Howard, notable novela original sobre costumbres nacionales, tan aplaudida como su poemita «El Picaflor», ramo de fragante poesía que la prensa de una y otra ribera del Plata elogió, notables también «Èlegía» á J. M. Casco, «Oda» al virtuoso Canónigo Doctor Don Víctor Silva, «La Partida», «La hija del Plata», canciones cuyo acompañamiento musical compuso Esnaola, como el de «La diamela», y «La Aroma» de Echeverría, tan hábil compositor cuya música se aplaudía en nuestros estrados. Otras muchas, á las que otro de nuestros laureados poetas, Gutiérrez, tributa merecidos elogios en la biografía que de él publicó en «América Poética». Su obra quedó trunca como su vida, pero en ella propagó el amor al estudio, legando bello ejemplo de asiduidad, de energía y patriotismo, execrando al tirano en medio de la tiranía.

## II

Otro Florencio poeta y patriota, víctima del mismo déspota, profetizó desde que sus primeros ensayos se publicaron. «Un poeta nos ha nacido, apareciendo en la escena literaria para ocuparla bien pronto y es ya acreedor á título tan difícil de me-

recer. Corazón muy sensible, imaginación ardiente, inspiración elevada, abundancia y propiedad de imágenes, colores naturales, animados, vivísimos, pureza de dicción, pureza de lenguaje y un estilo lleno de lozanía y de soltura, capaz de prestarse á todas las entonaciones». Primicia de una juventud bizarra — agregaremos — bañada en las auroras de la gloria con que sus padres bajaron á la tumba, no breve sería la tradición de la cuna del poeta á repetir toda la suave y tierna poesía que nuestras madres cantaban acompañadas al piano.

Más de cincuenta años han transcurrido desde que el ministro argentino en Francia, nos comunicaba: «Siguió las lecciones del sabio doctor Alcorta, llegando á ser mi hermano Florencio su discípulo favorito, á quien reemplazaba en la cátedra durante ausencias forzosas, y profesó siempre la mayor veneración y el más tierno cariño. Su carácter era tan independiente y enérgico que en épocas de la dictadura, á pesar de las súplicas y ruegos de madre, nunca se logró llevarse la divisa federal. Esta circunstancia y deseos de continuar sus estudios en Europa y mejorar su salud muy quebrantada por excesivas tareas, le decidieron á embarcarse para Francia el 4 de Abril de 1837. A su llegada, se instaló en una casa de campo á seis leguas de París, donde el 1.º de Septiembre de aquel año escribió su composición «El Cigarro», dedicada al General San Martín, á quien respetaba mucho, y con cuya sociedad y experiencia ganó infinito en el conocimiento del mundo. La vida del campo fué de mucha eficacia á su salud; pero antes que ésta se hubiese consolidado, se abrieron en los primeros días de Noviembre los cursos en el Colegio de Francia y de la Sorbona, y no hubo consejo ni reflexión que le impidiera venir á seguirlos. Desde ese momento se contrajo nuevamente á sus estudios, con tal empeño, que descuidó la salud y se agravó el mal que nos lo arrebató en la época más florida de su existencia.»

Posteriormente nos escribía el señor ministro Balcarce (1864): «Acabo de recibir una carta de mi amigo y compatriota don Ventura de la Vega, en la que refiriéndose á tres composiciones: «El lechero», «A Buenos Aires», y «El cigarro», dice lo siguiente: *«El cigarro» es superior á las otras dos y no temo afirmar es una de las más bellas composiciones de este género que conozco en*

*castellano*. Opinión tan lisonjera de poeta tan distinguido es muy honrosa á la memoria de mi hermano querido, á que usted, doctor Obligado, da tantas pruebas de simpatía».

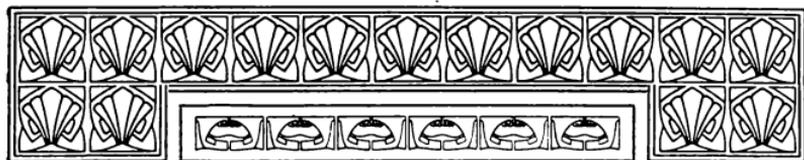
Aregaremos otra opinión muy respetable, ya que ligeramente esbozamos este rasgo del amado de las Musas, al caer en nuestras manos una carta del poeta Gutiérrez (don Juan María) glorificador del Parnaso Americano, que apenas se menciona uno de sus habitantes que no haya acentuado su nota con su brillante pluma: «Me ha sido sensible — añadía — ver lo poco meditado ó la mucha prisa con que aquel literato (Ventura de la Vega) examinó los originales que le comunicaron. En primer lugar, no debió sacar del olvido la composición «El lechero», sólo feliz juguete en la niñez de un hombre de genio. No advirtió que el primer verso de «El Picaflor» es un error de lenguaje, un modismo de que adolecemos los porteños, empleando mal el adverbio *recién* y de *fecho* corregido en el texto de la América Poética. Lo mismo sucede en la segunda estrofa, al final, observada en el original, y en Caicedo; cuatro voces en una terminación en asonancias que hacen muy mal efecto; mal efecto que he cuidado evitar sin violencias en mi edición. En esta composición se advierte una nueva estrofa en el artículo de Torres Caicedo que yo no conocía al compilar «América Poética», y que es tan buena como las demás estrofas, aunque se resiente del defectillo de la similitud en la terminación, en los siguientes cuatro versos como en la anterior. Este defecto de inexperiencia era común en Balcarce, como es común en nuestros poetas españoles. Laudable sería hiciera usted, doctor Obligado, especial estudio sobre cada uno de esos tres interesantes poetas é inolvidables jóvenes (alude á nuestros folletines en «La Tribuna» de 1864, titulados: Balcarce, Berro é Irigoyen). Haga usted con ellos, por el amor de compatriotas, lo que el amor de familia hizo con Patrón y los dos Díaz, encerrándolos dentro de una misma tumba gloriosa. Ate usted esas tres palomas con un lazo de amor y lárguelas á volar por el cielo del Arte.»

## III

Dentro y fuera del país, no únicamente en Montevideo, Chile y España, se han reproducido las composiciones del poeta Balcarce. Fuera de lugar parecería reproducir en esta tradición, destinada sólo á recordar su cuna, los justos aplausos publicados por Varela, Thompson, Irigoyen, Frías, Domínguez, Mármol, Gutiérrez, Torres Caicedo, Mitre, Magariños y Rivera Indarte; por lo que nos despedimos en el umbral de su desierto hogar, repitiendo cual eco de su propia despedida, su último canto de cisne:

El Dios que la tierra y el cielo domina,  
Que alienta a la hormiga, al cóndor y al león,  
Me ordena que deje la playa argentina:  
Adiós Buenos Aires, amigos adiós!

---



# El general Althaus

GUERRERO DE LA INDEPENDENCIA DEL PERÚ

## I



LOS últimos cañonazos en Waterloo sucedió como frecuentemente: á grandes truenos un gran silencio, cual si los elementos en lucha fatigados fuéranse amortiguando hasta su desvanecimiento.

Acostumbrados á batallar sin trégua largos años, vencidos y vencedores, mal se avenían al reposo forzado, llegando en más de una ocasión á convertirse enemigos de la víspera en aliados del día siguiente, como si el destino de la humanidad fuera la lucha perpétua.

Numerosos Jefes y Oficiales que venían de combatir frente á frente en el continente, formaron en las mismas filas en el nuevo mundo. El amor á la Patria es sin duda el más sagrado, pero amor á la Justicia prima sobre todos. Así no fué extraño que Oficiales alemanes se encontráran al lado de Napoleón al combatir la Prusia, refractaria á toda innovación en caducos principios; como en la actualidad frente al despotismo militar sofocando todo noble sentimiento en el pueblo alemán, acrecientan voces contra el cesarismo.

Con numerosos Oficiales ingleses, Cockrane, Brown, Guise,

Miller, y bravos franceses Buchardo, Brandsen, Beauchef, Viel, el Mayor Althaus no fué el único de los alemanes en el ejército de Napoleón que viniera á luchar por la independencia americana. Cierta día, temeroso se oxidara su espada dentro la vaina, extendiendo mapas de su colección de Ingenio militar púsose á observar oído atento, de qué lado de la tierra llegaban ruidos de combate, atrayentes para todo soldado como el imán al acero, decidiéndose llegar desde Erehambure, en que nació, al Perú escenario de sus dramáticas peripecias.

Después de multiplicadas hazañas, de triunfos y reveses, en una de sus audaces proezas, siguiendo al General Miller, contra quien había peleado en Waterloo, subiendo iba empinada cuesta dirigiéndose á la población de Cultra Remasa, sin sospechar que su Jefe le había abandonado. Llegaba en momentos que el Cura indígena celebraba misa, implorando no volviera, ó se llevaran los diablos al «Diablo inglés», como los coyas apodaban á Miller.

El vigía divisó de pronto, desde el campanario donde *vichaba* al través de cerrada neblina matinal, un viajero emponchado, cuyas anchas alas del jipijapa ocultaban el rostro, seguido de su pongo (muletero) el que empinándose sobre los estribos le increpaba en ademán imponente, con cara de pocos amigos:

— Animal! ¿Qué hacés ahí que no repicas? ¿Se te han enfriado las campanas? Te voy á calentar las de sentarte si andás perezoso. Detrás del cerro viene el ejército patriota.

Aviso que al oír el campanero, tropezón tras tropezón, escaleras abajo se vino, cayendo de rodillas á los pies del oficiante, y todo asustado haciéndose entender más por señas que por palabras anunció: «El enemigo llega». A tiempo de darse vuelta el Cura, por el ruido de sables y espuelas, reconoció al Mayor Althaus y su asistente, sin sospechar era todo el ejército invasor. Rodando misal, vinajeras, acólito y candeleros, se enredaba apeñucándose el mujererío entre gritos y exclamaciones. Al cabo de un rato, el menos julepeado de los coyas tartamudeó:

— Rogando Señor estábamos, temeroso el vecindario de sorpresa de godos, aunque el Coronel Miller al retirarse anoche anunciaba amanecería usted aquí con la tropa.

Bien sospechaba quien trataba de engañar á quien, más listo

el quíchua ó el tudesco, al caer Althaus en aquel aislado pueblito, como todos los de la montaña, partidario de godos ó patriotas, según se aproximaban ó andaban moros por la costa. Lejos de divisar los suyos, el Jefe extraviado entre tales vericuetos, pronto descubrió que quienes se descolgaban por la sierra vecina eran perseguidores de Miller, pues sus fuerzas diezmadas se retiraban á reunirse en el campamento.

Sin perder el tino, ingenioso y de travesura como su Jefe, ordenó Althaus al momento se embanderaran todos los ranchos desparrramados en las alturas, al mismo tiempo que hacía correr de chasqui al menos ladino, con falsas noticias para embaucar al enemigo. No divisando las avanzadas enemigas bandera española, y dudoso en continuar estrategias si numerosa fuerza de los patriotas se ocultaba, detuvieron la marcha los chapetones, tiempo que aprovechó Miller adelantándose en dos jornadas, y siguiendo á incorporársele Althaus. En otros muchos golpes de audacia sorprendió al enemigo, cortándose solo en todo reconocimiento peligroso para los que de continuo era preferido.

Alegre y jaranero en todas circunstancias, de carácter festivo, humorista inagotable aún en medio de las mayores incertidumbres, sus ingeniosidades levantaban el ánimo de los camaradas en larguísimas noches oscuras sin galleta y sin fogón, bajo crudas nevadas que helaban hasta la palabra. De inalterable sangre fría en descubiertas y avances, solo, sin ninguna previsión, por tres veces cayó prisionero.

## II

En uno de sus percances, al cambiar montura de su caballo blanco, se encontró rodeado por numeroso grupo que en el apresuramiento por caerle todos, más palos y sablazos tocaban á los agresores. Solo y á pie se defendió con bríos largo rato, hasta que rota su espada tropezó ganando terreno paso á paso, cayendo en estrecho desfiladero. Conduciasele á Chiquisbamba y como su escaúvida figura de perpétuo ayuno dábale cierto aspecto clerical, sospechándole el más despierto de sus agresores pudiera ser Ca-

pellán Castrense. Cuando oyéndosele picantes interjecciones en alemán, otro indiecito fanático dijo:

— Respetando al señor Cura que está rezando en latín.

Llegado al Cuartel general realista, fué muy bien tratado como lo era siempre en rueda de Oficiales, hasta que en primera oportunidad pudo evadirse. Y á Dios rogando y con el mazo dando á cada prisión ó entrevero, agregaba resignado:

— Saber vivir es la llave, que vivir cualquiera sabe!

Después de cien combates en las postrimerías de guerra tan prolongada como sangrienta, volvió á caer prisionero, presenciando desde la altura del Cóndor Hocke la última batalla, y escapándose la tarde de Ayacucho incorporóse á sus compañeros que le creían muerto.

Pocas fueron las acciones de guerra en que le faltara ocasión de distinguirse en avances y retiradas. Saliendo con el General Miller, de Arequito, tres godas derramaron sobre el rubio inglés líquido que no olía á flores, por lo que en su increpación se recuerda desde entonces la maldición de Miller: «Permita Dios no encuentren nunca hombre que las envuelva». Algo más cruda era la palabrita de campamento que suavizamos de su traducción del inglés. Anota la crónica que las tres susodichas murieron sino vírgenes, célibes. . .

Corriendo el tiempo y como á la postre los extremos se tocan, no sólo en el círculo sinó también en las calles de esa misma Ciudad, en distinta ocasión fortificada por el Ingeniero Althaus, entrando á ella triunfante en mejores días hasta su misma plaza central, flores le arrojó la hermosa Manuelita, de la familia de ese nombre, galantería que á la postre su matrimoniamiento resultó con la entusiasta patriota. Estableciéndose allí, cuna llegó á ser aquella antigua ciudad, del aplaudido poeta Althaus, y sus hermanos. General también el primogénito y muy bondadoso, respetable señor don Emilio, quien pasados algunos años desposó la bellísima rubia María Luisa Dartwell, nieta del primer Vice-Almirante del Perú, Guise, que arribára en la misma nave que Lord Cockrane.

Por tan singular coincidencia explicábanos una linda peruana nuestra agradable sorpresa al penetrar á su hospitalario hogar en Lima, contemplando cruzadas sobre el testero del estrado las espadas de los ilustres abuelos de sus hijos, cuyo primogénito,

Capitán de Corbeta, no ha mucho saludó nuestro Puerto al pasar conduciendo el «Kanguro» primer submarino en la Escuadra peruana.

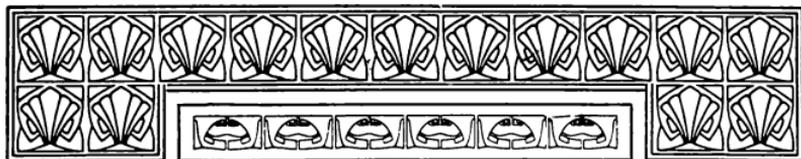
Este instruído jóven, Juan Althaus, nieto del Barón Clemente Althaus, lo era igualmente de Jorge Martín Guise, yendo á morir heróicamente al bombardear el Puerto de Guayaquil en hora que hacía arriar bandera á los Fuertes de la plaza.

Descendiente de tan ilustre guerrero, el Capitán Althaus emprendió sus primeros estudios en nuestra Escuela. Sus condiscípulos de la fragata «Sarmiento», en la que dió vuelta al mundo, bajo la bandera argentina, le conservan los más gratos recuerdos!

Nuestros votos por que reverdeciendo laureles de tan ilustre abuelo, llegue un día á enarbolar su insignia en Escuadra cuyo primer Almirante fué Guise.

---





## El Fundador

### I



COMO todo hijo bien nacido que al abrir los ojos su primera mirada es á la madre, y luego sus primeros pasos en el hogar de sus abuelos, en cuanto el pensamiento dió alas á nuestra juventud volamos al solar de a raza, y á España fuímonos entrando, por el mismísimo camino que de ella viniera el que llegara á poner la piedra fundamental de esta hoy espléndida ciudad de nuestro nacimiento.

Desde Cádiz empezamos rebuscando por archivos y vericuetos el rinconcito donde viniera al mundo el fundador, siguiendo sus huellas con el afán de los que van recogiendo con cariñosa ternura las imágenes de antepasados, para que reverenciadas por los hijos mantengan la religión del hogar, conservando sus penates. Del archivo de Indias al de Simancas y de la Universidad de Madrid á la de Salamanca, proseguimos hasta encontrar al actual conde de Garay.

Y aquí acaso fuera del caso recordar cómo, cuándo y por dónde ese título de Castilla, de entroncar hubo con porteña, por más señas nieta de un ex-vicepresidente de la Argentina.

En franqueza que todo noble español acoge al viajero americano (que como en propia casa se encuentra en la madre patria) á sus primeras palabras oímos:

— Yo soy el que usted busca, pero no de la cepa que rebusca.

Y á poco de entrar en conversaci3n sobre si algo sabía de ascendientes 3 descendientes de Garay y Zárate, de profesi3n fundador de pueblos y vasco de procedencia, se expres3 en toda llaneza:

«Yo soy Garay, pero no lo soy del todo, es decir, solamente de título. En puridad de verdades, empiezo por declarar no corre en mis venas gota de sangre de los Garay; no conozco su descendencia, ni sé que naciera por este barrio. Me llamo José Dulce á secas, sobrino sí, y muy sobrino, y predilecto ahijado del señor ex-capitán general de La Habana, general Dulce, de quien heredé título y hacienda.

«Acaso su predilecci3n por tal título húbola mi querido tío por el afecto de argentinas, que también heredé. Desposado con una gentil señorita oriunda de Buenos Aires, cuya familia hallábase establecida en Barcelona, nieta de la patricia María Sánchez de Mendeville, eligió el del fundador de la ciudad donde nació su amada: título de Castilla vacante por falta de pagos en derechos de lanzas, anatas y medias anatas.

«Pero no me es desconocida su gran ciudad, señor mío, agregó con exquisita amabilidad, y tendré gusto de ofrecer á usted *la fe de bautismo*, el acta de fundaci3n» — cuya copia nos obsequió al día siguiente.

Seguimos tropezando con muchos Juanes del mismo apellido, pues Garay en vascuence significa «alturas», y sobre ellas y bajo ellas, robustas y fecundísimas vascas siguen llenando de vasquitos y proveyéndonos de agricultores.

De uno á otro lugar seguimos á la regi3n de los vascos, donde el valor se cría y la intrepidez impulsó á las más atrevidas conquististas, dando vida al primero que circundó la tierra, y que más lejos llevó su planta hasta el fin del mundo.

En el camino de Bilbao á San Sebastián saludamos á Garay, pequeño Ayuntamiento, ocho kilómetros distante de Durango y hasta cierto sacristán de los que todas las mañanas conversan con los santos, nos descubrió la imagen de otro famoso Garay, también Juan, vasco y descubridor, arrodillado en un rinc3n de obscura capilla en oraci3n perpetua, sin duda rogando por la hélice á que no llegó en sus ensayos de navegaci3n á vapor.

Tras larga peregrinaci3n no exenta de peripecias, seguimos á

Villalba de Loza, ayuntamiento á diez kilómetros de Orduña, y entre cuyos ochocientos habitantes, ninguno tenía noticia de nuestro don Juan.

Según propia declaración que el fundador de Santa Fe dió allí el 28 de Enero de 1573 y reprodujo en más de un documento, manifestó haber nacido en Villalba de Loza, población en lindes de la provincia de Burgos con la de Alava, á corta distancia de Orduña.

Tan desconocido en su tierra al salir de ella, como después de trescientos años que sus proezas le dieran renombre, sabido es llegó muy joven, con su tío don Pedro Ortiz de Zárate cuando éste fué nombrado Oidor en Lima, y en la comitiva del virrey Blasco Núñez de Vela. Desde sus primeros pasos en el Nuevo Mundo, ayudó con asombrosa actividad al general Núñez del Prado en las fundaciones de Tarija, Tucumán y Charcas. Reunido luego en ésta con otro de sus tíos, don Juan de Zárate, se le siguió confiando arduas empresas, como al más tesonero y animoso explorador, hasta nombrarle Zárate, alguacil mayor de toda su gobernación, cuando él fué elevado á la del Río de la Plata. Después de siete años en Santa Cruz de la Sierra, en el de 1562 arribaba á la Asunción del Paraguay, ya casado con doña Isabel Becerra y Mendoza, descendiendo luego el Paraná para fundar San Salvador, sobre el río San Juan, en la costa oriental del Plata.

Demás no será recordar cómo se debe esta fundación y la de Santa Fe á la desobediencia de más provechosos resultados. Garay, enviado á poblar por otros rumbos, se detuvo y aquí fincó. Su ojo avizor y su inteligencia, que abarcaba más vastos horizontes, tuvo en aquella hora de inspiración el presentimiento que ponía una pica en Flandes, al abrir los cimientos de la primer metrópoli americana. Garay que todo lo debió á esfuerzo propio, mantuvo la población que don Pedro de Mendoza, con dos mil hombres y la más poderosa escuadra, no logró sostener.

Cuando Zárate su protector, obtuvo el título de Adelantado, legó por testamento sus derechos al almirantazgo y gobierno de esas provincias, á la persona que se casara con su hija, habida en doña Leonor Yupangui, de la casa Mango-Yupa-Yupangui, nombrando á Garay capitán general, teniente gobernador y jus-

ticia mayor, con poderes para representarle. Mostróse el tío muy satisfecho de las fundaciones que llevó á cabo sobrino de tanta valía, muy principalmente con la de Santa Fe, emporio trigal de la Argentina.

Al instituirle Zárate su albacea, encomendábale especialmente saliera en busca de novio como para su Leonorcita... ¡Y cuán difíciles eran por aquellos tiempos encargos tales, en los que, si bien apresurábanse á cargar con los legados, no siempre velaban por las legadas! De muy diverso modo Garay, honrado como vizcaino, desde el primer momento salió á cumplir lo que á su lealtad se confiaba.

## II

Veinte abriles, floreciendo en la más radiante juventud, morena virgen americana, suave y graciosa, llevando por dote un mundo, que entonces ni después fué insignificante accesorio, ¡cómo andaría la melonada bebiéndose los vientos por sus pedazos! Descendiente de Inca, heredó título de marquesa del Paraguay.

Llevaba, pues, la hermosa Leonor en su canastillo de boda entre otras bagatelas: la mitad de las casas de Chuquisaca, quintas, estancias, ganados y chacras en Charcas, un potosí en el Potosí, minas boyantes, siete mil duros de renta en España, la gobernación del Plata y el referido marquesado, de extensión como desde el confín del Perú al fin del mundo, ó de América, que era por entonces el término conocido. ¡Si sería rica la niñita esa! A su lado las flamantes archimillonarias neoyorkinas de cierta República democrática, que han puesto en moda ir á Europa á comprarse marido blasonado, aparecen pobrecitas de solemnidad. Hasta el mismo virrey del Perú pretendía casar de propia mano su presunta ahijada, para lo que empezó por espantar entre el cardumen de moscardones un su primo, en previsión de ciertas primadas que anticiparse suelen...

Pero el que estaba más cerca, Oidor aunque algo sordo, con oído atento á cuanto rumorcito sobre la predicha se susurraba,

era don Juan de Vera y Aragón, quien sin previa licencia la llamó á casorio entre gallos y media noche, antes que otro gallo le cantara. Si por su bonitura guardar debía la novia bajo fanal, como frágil joya expuesta á quiebras y requiebros, por reúmas y achaques de don Juan, á dos anclas quedaba amarrado. No pudiendo andar mucho ni moverse entre aquellas frías quebradas sin temer quebrarse algo, ni confiar á otro mujercita tan apetitosa, traspasó todas las prerrogativas anexas á sus títulos; y al recibir el tío bendición del Cura, recibió el sobrino título de Adelantado, pues todo lo delegaba en Garay, ménos el cargo de marido.

.....

Descuella Garay entre los célebres vascos de su nombre, a cuya antigua familia correspondió por muchos años el segundo asiento cabe el venerando árbol de Guernica. Declara: «Acompañé siempre a mi costa y con mis armas á los capitanes de Su Majestad», como lo asevera la relación de sus méritos y servicios, autos existentes en el Archivo de Indias, estante 1.º, cajón 6.º, legajo 47, que con otros muchos papeles viejos de los que extraemos diversas tradiciones argentinas, tuvimos más de una vez en mano, dentro la antigua Lonja de Sevilla.

En ella consta que insistiendo en su propósito de abrir puertas á la tierra, publicó la población de Buenos Aires en Asunción, descendiendo el río Paraguay en una carabela, con dos bergantines (lanchones grandes) bajeles y balsas, costeadas de su peculio y no por las Cajas Reales.

Como tres de los anteriores pobladores con Mendoza, que le acompañaban, observaran á Garay no repoblase en el bajo del río, para evitar inundaciones semejantes á las que destruyeron ranchos esparcidos bajo los talaes de la ribera en 1536, desde la boca del Matanzas, subió á la altura más inmediata, prefiriendo la elevada meseta comprendida entre las barrancas que por el Este y Nordeste dan frente al río de la Plata y á los bañados del Riachuelo hacia el Sur, prolongándose al Oeste. Dentro de esa área trazó el plano primitivo que ha servido de base á la actual ciudad. «Abrí los primeros cimientos el 11 de Junio de 1580, día de San Bernabé» — leímos en el acta de fundación de Buenos Aires, cuyo nombre tomó de Nuestra Señora de los buenos aires, patrona de navegantes, á la que era gran devoto

don Pedro de Mendoza y toda su marinería de Triana. Al pie de esa imagen venerada, actualmente en la capilla del palacio San Telmo (Sevilla) nos arrodillamos un día, implorando soplen por siempre buenos vientos de prosperidad para la patria amada.

### III

Bravo, honrado, inteligente, tesorero y de actividad asombrosa, diseminó poblaciones á lo largo de su dilatadísimo camino y en las riberas del Paraguay, Paraná y el Plata dejó imborrables huellas de su paso.

Santa Fe, Buenos Aires, Villa Rica, no fueron las únicas riberas que Garay poblara. Entre otras muchas cosas buenas, él introdujo en la Argentina los primeros ganados bovinos y lanares, que hoy forman nuestra principal riqueza. Por su arrojo y natural ingenio llevó á cabo empresas tales, á que otro alguno con mayores elementos no obtuviera, empleando tanta energía para vencer al caudillo Oberá en las selvas del Paraguay, como ingeniosidades para atraerse numerosas indiadadas.

De su matrimonio dejó tres hijas, desposadas con otros tantos fundadores tan progresistas como él: la primera, con don Jerónimo Luis de Cabrera, quien fundaba la ciudad de Córdoba del Tucumán el mismo día de San Jerónimo en que Garay fundó Santa Fe (1572); la segunda, con Vera, fundador de la ciudad de San Juan de Vera de las Siete Corrientes, y la tercera, con don Hernandarias de Saavedra, el primer patriota.

Su primogénito don Juan, desposó la hija de don Cristóbal Saavedra. Por aquellos años un tío de éste, que no consiguió embarcarse para el Nuevo Mundo por creérsele incapaz de llevar cuentas en Potosí, quedó en *lugar de cuyo nombre no quiero acordarme*, escribiendo un libro, asombro de ambos mundos, que vale otro Potosí, pues veta inagotable es «Don Quijote», libro en *fabla* castellana, el primero de ella que ha dado vuelta al mundo traducido en todas las lenguas, esparciendo ejemplares y enseñanzas en uno y otro hemisferio.

Así resplandece en la historia argentina el nombre de Garay.

no sólo como fundador de pueblos, sino también por la pléyade de fundadores que en pos de sí dejó.

Seguido apenas de un puñado de valientes, levanta poblaciones, dilata fronteras, conquista el desierto, y con humanos procederes atrae y somete más indios que otros con bombardas y arcabuces.

Fué el ilustre general don Juan de Garay el que más adelante llevó la civilización del Plata; y después de muchos años de afanes incesantes y trabajos infinitos, cayó víctima de emboscada de salvajes, á orillas del majestuoso Paraná, por la laguna de San Pedro. Carácter abnegado, corazón generoso y desprendido en extremo dejó su nombre en obras imperecederas.

.....

¡Helo al fin sobre su pedestal de gloria, que hacen tres siglos le espera!... Aunque su más digno pedestal, narrando sus hazañas, es esta inmensa ciudad, es Santa Fe, es la costa vecina, donde también pobló: la gran nación, la América entera, donde vino á abrir puertas á la tierra, donde día á día siguen entrando sobrantes de la Madre Patria. Es para los comarcanos el hombre á quien mayores servicios debemos, que enarboló á mayor altura el lábaro del progreso con la fe más profunda en nuestro porvenir. Su patria no fué sólo España, en que viera la luz, sino también esta América, por la que derramó su sangre y rindió su vida. •

En la fría mañana de otro 11 de Junio subía fatigado estas mismas barrancas, seguido de 60 valientes como él, conduciendo la piedra fundamental, que allí donde la colocó señala punto de arranque y rumbo á los cuatro vientos del progreso. En 1915, fruto de aquella semilla, la ciudad de «los sesenta», congrega dentro su planta urbana el millón y medio de habitantes que baten palmas en la hora de su glorificación.

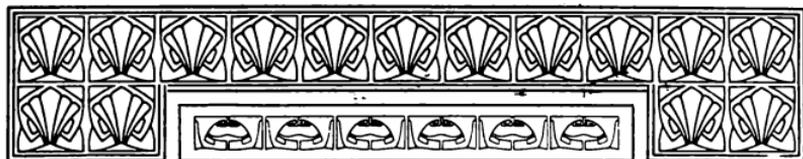
Si el bienvenido al cruzar este paso, desde donde se verán por siempre flamear en nuestro puerto banderas de todas las naciones de la tierra, — que con todas estamos en paz, — al ascender la barranca, la misma por donde Garay subía 335 años ha, al descubrirse ante su estatua que aquí queda, guardián de la ciudad á la que él dió vida, si preguntara cuáles sus méritos son ó el fundamento de este altar que hoy alzamos, contestar podrán con más elocuencia sus obras.

Miradlas! cuántas nos rodean; girad la vista en torno y cuanto

ella abarca, y más allá, más allá, resultado son del esfuerzo del desconocido niño de Loza.

Gloria al denodado español que consagró su vida entera á civilizar la más remota zona en el nuevo mundo y al que hoy consagra el bronce inmortal: «La Ciudad de Buenos Aires, á su fundador».

---



## El altar de la Patria

### I



N la mañana del 6 de Abril de 1811, la plaza de la Victoria, cuyo nombre conmemora la primera obtenida en estas calles, no aparecía como de costumbre desierta, sin animación ni movimiento

Estantes y pasantes engrosaban cada momento grupo de curiosos mirones, rodeando la excavación que en su centro se abría: según algunos, destinada á enterrar grillos, cadenas y todas las tiranías que por trescientos años subyugaron á los hijos de la tierra; según díceres, que otros corrillos comentaban, para levantar allí el primer altar á la Patria naciente.

Aconsejado por don Juan Antonio Hernández, — cuenta el tronista, — propuso el Cabildo y autorizó la Junta que en ese mismo día caducaba, se erigiera un obelisco á los padres de la patria. Al más avisgado de los alarifes, Cañete, se encargó la construcción, proyectada primeramente de madera, y que el concejal Aguirre insistió fuera de mampostería. Desde el umbral de su casa solariega (Victoria y Bolívar) divisando la montaña de ladrillos apilada en la esquina opuesta, con parte de ellos y dinero destinado á Casa de Comedias proponía construir el monumento conmemorando el primer día de la Patria. Bueno es recordar de paso, cómo nuestros viejos y honrados padres, enchapados á la antigua, sabían sacar cuentas mejor que en la actualidad. que tanto adelanta la aritmética, sin equivocaciones como en la man-

zana de oro (Congreso). presupuestado en tres millones, que á la inversión de treinta y tres, por fallas de cintas métricas, faltan otros tantos.

Todos acudían con entusiasmo á levantar esta piedra miliaria, de donde partió la marcha triunfal de una nueva y gloriosa Nación, llevando la estrella de la libertad en la frente.

Desde ese día movimiento de colmena en actividad transformaba la plaza y sus alrededores. Beruti, hermano de aquel chispero de la Revolución, promotor de los colores patrios, con su primo Rocha, cuyo diario tenemos á la vista, primogénito del cartulario que signó las actas de Mayo, encabezaba la activa juventud, acarreando materiales; Escalada, que llegaría á golpear con el pomo de su espada el portón de Talcahuano bajo lluvia de balas; Lavalle, conduciendo carretillas de tierra con igual energía que luego hasta el Ecuador, los colores de la escarapela que ostentaba; Pacheco, el niño Necochea, que decidió la última victoria; el canónigo Segurola que atravesando de la vecina Catedral agregaba sacritanes y campaneros y exhortaba trabajadores entre los que Geromita de San Martín, calzando un zapatito celeste y otro blanco, no era única patricia que animaba la negrada de familias del contorno; Azcuénaga, Aguirre, Riglos, Escalada, alentaban sus esclavos en la obra de todos y para todos.

No es mera figura afirmar que la columna, ante la que tres generaciones han concurrido á saludar con cantos la aurora de Mayo, fué elevada por los brazos del pueblo.

## II

Cien años después, irreflexiva exclamación ha venido á sobresaltar á cuantos vibra el amor patrio en su corazón.

«No hay nada dentro la Pirámide», fué el grito de sorpresa.

En la investigación encomendada por la Junta de Historia y Numismática, el infatigable ingeniero Pelleschi, arañando su entraña y desmenuzando mezclas, ha extraído del monumento comprobación de su edad, de sus materiales y hasta del método y forma (edificación de la época), al par que paciente investiga-

ción del autor de «Buenos Aires Colonial», señor Pillado, entre Archivos, Bibliotecas y cuentas de Obras Públicas confirman. Ambas coinciden con razones incontestables en la autenticidad de la Pirámide. Largo sería extractar la numerosa documentación en que se funda.

No es extraño nada se encontrara donde nada hubo. La medida de sus largos ladrillos, era la reglamentaria autorizada á los hornos de entonces, y la mezcla (cal de la Bajada con arena de la ribera inmediata), sin el polvo de ladrillo recién usado desde las Obras de Salubridad, no son únicos materiales, por lo que uno, dos y tres ingenieros contestes, informan que la edificación interna es toda uniforme de una época, construcción continua é igual, como si dijéramos toda de una pieza.

El hueco en cuya concavidad resonó eco de alarma inmotivada, tiene la más sencilla y natural explicación.

Por economizar materiales y tiempo, pues los recursos eran contados como los días, se siguió la edificación de costumbre. De su interior dejando espacio de 83 centímetros, el sobrestante con la plomada, nivelaba hilada sobre hilada, al mismo tiempo que los albañiles al exterior del bloque (sólido desde el arranque sobre las cornisas del basamento hasta cinco metros de altura) continuaban su elevación afinando las cuatro facés en forma piramidal.

Las ornamentaciones superpuestas al exterior, estátuas de yeso primero, — substituídas de mármol — rejas, escalones, escudos, ampliación de cornisas y pedestales, no desvirtúan la Pirámide en su autenticidad, ni le hacen extraña á nuestro cariño; como la anciana abuela, revestida con atavíos á la moderna, no deja de ser abuela, más anciana, pero no menos querida.

Si tan copiosa prueba no fuere bastante, ¿se estimará de más fundamento la suposición de que hubiere desaparecido entre gallos y media noche la pirámide de 1811, en el mismo sitio substituída por otra, no mejor ni más artística? Ni huella de esta segunda que ninguno presencié, que nadie costeó, ni objeto del cambio ha quedado huella: (planos, presupuestos, cuentas, mención ó memoria) como han quedado de oposición á su derrumbamiento en los dos ó tres proyectos, que no pasaron de proyectos de mejora, donde nada se ha mejorado.

## III

Piedra miliaria de arranque de nuestra Independencia, desde aquí marchó la primera columna militar, más fuerte que granito y que llegó á cimentarla con sus victorias. Verdadero altar de la Patria, en él se han consagrado todos los votos, todas las glorias y anhelos del pueblo argentino.

Modesto monumento, el más grandioso por su significado, lo es también el más antiguo y querido en nuestros fastos; y bueno es anotar de paso, el menos dispendioso. Desde el 6 de Abril al 21 de Mayo sólo se invirtieron «cinco mil ciento sesenta pesos y seis reales» en jornales de peones y oficiales en mano de obra, ladrillos, arena, hierros y maderas.

Banderas de tres naciones se arrollaron en sus gradas, donde congregáronse varias generaciones á celebrar victorias patrias y retemplar el espíritu viril en nublados días de conturbación y en donde se juraron la primera Constitución de Buenos Aires y luego la de la Nación.

Hasta 1852 ni su exterior fué innovado.

Los toques y retoques de modernización sucediéronse en nuestros días. A plaza abierta, á ojos vista, sin que denso telón pudiera ocultarla á pasantes, en centro donde más se pasa, nada pudo ser ocultamente sustituido. Y aquí sea permitido al tradicionalista de todos los momentos del pasado en la Patria grande, incrustar reminiscencias de la infancia, de testigo ocular, testimonio de la generación á que pertenece.

El año que feneció la tiranía, como al despertar de un pueblo, resurgimiento jubiloso animaba del uno al otro extremo la reducida ciudad, que actualmente puebla millón y medio de habitantes. A las fiestas mayas más solemnes en 1852, concurrieron multitud de niños en trajes de fantasía, entrelazando vistosas figuras, arcos, banderas y cintas multicolores en los giros de la danza.

Los escueleros de don Rufino Sánchez, establecimiento fundado el año de la pirámide, las Escuelas de don Juan Peña,

Larguía, Larroque, don Mariano Martínez, rivalizaban en músicas alegres, cantos patrióticos y loas entusiastas.

Recordamos los versos de don Juan de la Cruz, tan vivamente declamados por su sobrino, poeta de raza, Juan Cruz Varela y Cané, en el preciso instante que empezaba á dorarse la cima de la pirámide:

«Ya raya la aurora del día de Mayo,  
Salgamos, salgamos a esperar el rayo  
que luce primero su fúlgido sol».

Tocónos por primera vez cantar el Himno Nacional en coro que desentonábamos: Dardo Rocha, Melchor Romero, Arístides Sacristie, Juan José Romero, Luis María Campos, Martín Míguez, Marcelino Escalante, Santiago Alcorta y José Ignacio Garmendia.

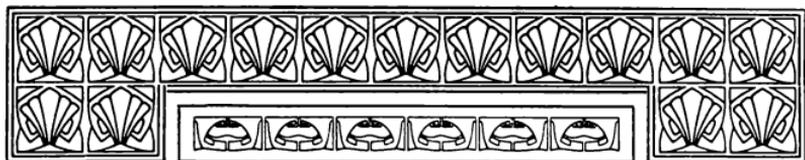
Descollantes fueron algunos de estos amados condiscípulos, con quienes sentíamos por vez primera amor patrio en muy tierna infancia. Pasados tantos años, todavía resuenan en el corazón aplausos, que en nuestros buenos padres resonaron más profundamente, por el entusiasmo de los cantores. Entre viejos patriotas emocionados hasta las lágrimas, visiblemente conmovido notábase al anciano gobernador, don Guillermo Pintos, y al íntimo de San Martín, general Guido, que pocas horas después mandaba la parada. Otro grupo de héroes de la Independencia, abillantado por la gloria, rodeábales multitudes populares: niños de la nueva generación y otros que lo fueron en la anterior: coronel Escalada (abanderado de la guardia nacional en aquel inolvidable 25 de Mayo), coronel Pacheco, Olazábal, Quesada, que cuarenta años antes acarrearón materiales al paladium sagrado, intangible hasta entonces, y no tocado después, testigos somos.

Este obelisco piramidal que tantos recuerdos encarna de la base á la cúspide, simboliza la idea de Mayo, cuya iniciación conmemoraban los hombres de 1810, siendo á la vez, la idea del trabajo, de la tierra, del suelo nativo y del hierro extranjero, base la más sólida en que se afirma la nacionalidad.

«La pirámide que se acaba de trasladar al centro de ambas plazas,alzada en peso, menos pesada sin duda que las glorias alcanzadas en cien años, es la misma y única que se ha construí-

do, la que en 1811 dedicaron nuestros antepasados á los fundadores de la Patria, la misma en cuerpo y alma en significación y recuerdos, ante la que en 1852 elevaba himnos y oraciones la generación que se pone, y que, como piedra fundamental de esta hermosa patria argentina, confiamos su custodia á los que nos sucedan, mientras Dios sea loado.»

---



## “Oro viejo”

(CÓMO EL PRÓLOGO DE UN LIBRO ENCUADRA DE APÉNDICE Á OTRO)

Señor D. Josué Quesada.



**P**LÁCEMES por «Oro Viejo», verdaderas páginas de oro de ley y de muchos quilates, cual las ilustradas señoras que en ellas hablan, y en las que palpita el sentimiento de una generación que pasa. Con ingenio de investigador paciente ha conseguido usted extraer, en el pensamiento vivo de memoristas respetables, el rasgo de una época, lo que vieron y oyeron, lo que amaron y padecieron entusiastas patricias, que se afanaban por mantener siempre encendida en el hogar, la llama sagrada que alienta en el culto de la Patria y de la familia.

No siendo posible detenerse ante cada una de las autobiografiadas, me concretaré á, la primera y última de damas en la interesante Galería.

Admirable agrupación de cinco generaciones vivientes presenta la señora Justa Cané de Somellera con su tataranieta en brazos, que en vísperas de cumplir noventa y cinco Navidades rodeáronla doscientos cincuenta descendientes, ciñendo amorosamente sobre su blanca cabeza la corona de plata de la maternidad. Debíó ser interesantísima desde su primera juventud, sobrepasada sólo en años, no en descendencia, por la muy bella dama Florentina Ituarte de Costa, que á sus ciento cinco años fué la única argen-

tina que llegára á ver el sol de tres siglos. «Mamá Justa», como cariñosamente llamaban á la abuela de los cien nietos, antes de sus primeras y segundas nupcias con hombres tan notables (Varela y Somellera) antiguas referencias conmemoran en el número de sus festejantes, los que no eran menos: General Urquiza y Doctor Alberdi.

Atrae por el prestigio de su nombre y virtudes, primera entre las sobrevivientes, la señora Dolores Lavalle de Lavalle, que si alguna le pasa en navidades, ninguna le sobrepasa en méritos y servicios. En los años que gentilmente lleva, no ha dejado transcurrir uno sin iniciativas filantrópicas. Lámina de oro primorosamente cincelada con elogiosas expresiones de agradecimiento, vimos en *chifonier* que colecciona preciosos recuerdos, conjuntamente con el mensaje de la Reina de Portugal, contestando á su intercesión en favor de jóvenes marinos brasileños. En ocasión que el gallardo Almirante Saldanha da Gama con amor á sus discípulos y á su patria, por sustraer la Escuela de Marina, de la que era Jefe, al contagio de insurrecciones, recorría con ellas del uno al otro continente, ni en el Tajo ni en el Plata permitióse bajar á tierra á los cadetes por razones de neutralidad. Refugiados en nave portuguesa, interesó á la Sociedad de Beneficencia que presidía para que se enviase todo socorro, que de todo carecían jóvenes desamparados por monárquicos y republicanos. Cuando en días más serenos arribaron de nuevo á nuestras playas, fué el primer umbral que traspusieran el de la ilustre hija del mártir de la Libertad.

Eximia pianista, era aplaudida desde el regreso de su proscrición. Memorista como pocas, he aquí reminiscencias de Chile á que tanto amor tuvo siempre: «Voy á ofrecer á usted — dijo en visita de su último natalicio — recuerdo de uno de nuestros heroicos soldados de la Independencia, versos del General Necochea, compañero un día bajo la misma carpa con mi padre, en el campamento de Plumerillos, cuya ubicación me acompañaba usted á buscar en Mendoza, cuna de mi madre, en el deseo de plantar ahí árbol conmemorativo».

Era el brindis muchos años ha pronunciado en Santiago, en el onomástico de la más hermosa Petrona mendocina. Y levantándose ligera y activa, cual si tocara el piano con toda celeridad (es

admirable dactilógrafa) me presentó la *espinela* siguiente, acaso nó fuera de lugar para sus lectoras:

Dicen que los años son  
la carcoma de la vida.  
¿Cómo no está carcomida  
tu singular perfección?  
Sin duda eres la excepción  
que ha vencido esa porfia,  
pues juro, por vida mía,  
que más hermosa hoy estás  
con tener un año más,  
bella Petrona, en tu día.

.....

Deuda bien cercana de este benemérito General Necochea, es la silueta que sigue. Si la anterior en sus buenos oficios llevó solicitudes hasta las gradas de un trono, ésta elevó su correspondencia epistolar á Dios mismo, en su más alto representante en la tierra, quien á vuelta de correo contestó el Pontífice Máximo accedía por excepción á favor de piadosa peticionaria, lo que estaba prohibido según Reglamento de la fundación. Esto era, reelegir por tercera vez Madre Superiora en la Asociación de Caridad y Colegio que la señora de Favier ha fundado. Creyendo ver ella desmoronarse toda la obra por sus afanes levantada, empeñábase continuara la buena Hermana, que era el alma de la institución.

.....

Descuellan en sus páginas postreras, dos hermosas figuras, relevantes por sus habilidades y talento. Hace usted saber cómo hasta hoy canta y encantó en nuestros salones, bella dama rodeada al presente de vivaces é inteligentes nietas. La sorprendió usted cantando al arpa, interpretando en seguida á su pedido, música clásica en piano nunca cerrado, descubriendo también en rincones de su sala: perfiles, esbozos, flores, acuarelas y paisajes de artístico pincel, y también un albo paño de altar, que inspirada en su fervor religioso pintó admirablemente. Por tal cúmulo de habilidades, en múltiples manifestaciones, no debilitadas en la tarde de la vida, le llamó la *Corina del Plata* Miguel Cané, al publicar composiciones propias, y ajenas, traduciendo en armoniosos versos sentimentales, poesías de Alfredo de Musset que «Oro Viejo» reproduce.

Otro no menos bello retrato de cuerpo entero exhibe. Salvador Farina abrazó lleno de entusiasmo y contento al General Mitre en las ruinas del antiguo Coliseum de Roma, cuando fué á éste presentado allí, sabiéndolo padre de la escritora argentina que había publicado en folletines de *La Nación* traducciones de sus novelas. Groussac aplaude calurosamente «Lo que se ama» no su único romance original. Siguió estudios de astronomía y entiende el «Esperanto», pero en dama tan instruída, entre sus obras sobresalen las muchas de beneficencia, como nimbo que fulgura sobre esbelta frente.

.....

Prosiga tan amenos reportajes, que hace obra de patriotismo interrogando á patriotas. Ha tenido usted habilidad para hacer vibrar cuerda sensible, produciendo la nota deseada, descubriendo aliados dentro la plaza, en nieta vivaracha y decidora, cuyo cariño, ganzúa infalible es ante la que no hay puerta que resista, ni boca cerrada que no se abra al beso filial.

Así leo: «¿A que no te acuerdas, mamá, del baile en el antiguo Fuerte, donde abuelita pisoteó á Rozas?»

—¡Cómo no! Pero no era así, aunque intención no hubiera faltado. De filiación unitaria, vióse obligada á bailar con el oficialito de su Escolta, que la solicitaba para el minué federal, cuando todavía Don Juan Manuel solía asomar un momento á la sala. En una de las vueltas y revueltas pisó á Rozas, que conversaba en silla fuera de fila con su cuñadita, la célebre María Josefa. Escusándose con un *¡dispense usted!* el Restaurador contestó: «Si fué la dama, disculpada. Si es el caballero, más cuidado!»

La de Ezcurra agregó: — Es un guarango. Téngolo sindicado entre los moscardones de plantón frente ventanas del patio, trayendo á las niñas del barrio que en mi sala suelen reunirse á rezar, haciéndoles señas irreverentes para que acaben letanías y empiece el baile.

Terminado el rosario, y antes de abrirse el piano, entre impacientes murmuradoras oíase sottovoce cuando alguno de los hermanos de Don Juan Manuel cruzaba por aposentos interiores, diálogos semejantes:

— ¡Silencio, que ahí viene Don Prudencio! agregando la más

suspica: — Hablen despacio, que llega Don Gervasio! — contestándose á ignorante charlatana: — ¡Calle la burra, que asoma la Ezcurra!, temible chismosa, tan devota federal, zurciendo de continuo entre dos jaculatorias insidiosa denuncia!

Los rosarios de Rozas en Palermo eran también inacabables, pues agregaba Avemarias y Padrenuestros, pidiendo por el triunfo de los federales y la extirpación de los unitarios. Alguna de las damas reportadas, refiere que fastidiado el singular devoto de tantas procesiones por plazas y calles en cofradías de negros, saliendo cada una con su San Benito, hizo largar en medio á la más numerosa un toro que se llevó las andas por delante, topó el estandarte, despernancó viejas y muchachas; la cabeza de un sayón detrás del Cristo amarrado á la columna del improperio, fué á manchar el chaleco colorado de Don Eusebio de la Santa Federación. *Real y medio* con su largo bastón de tambor mayor saltó á torear el bicho. Cuenta «Oro Viejo», del padre azorado que alzó su hijita en brazos, trepando reja de alta ventana. ¡Diabluras del pecador irreverente!

Eco vibrando al través de tantos años, á cada una de esas virtuosas patricias se escapa execración contra el tirano, que degolló sus novios, expatrió sus padres, dispersando familias en la miseria. El bravo Coronel Amadeo, tan devoto como entusiasta, sintetiza á su interrogación de usted: «¿Cómo era Rozas?»:

—Como político, muy ignorante. Como tirano, muy sanguinario. Como administrador (de Estancias), ¡excelente!

.....

- Escoltando tanta ilustración femenina, desfilan algunos caballeros, que si no me detengo en su actuación, no debo omitir al señor Don Federico Alvarez de Toledo. Al través del jardín en que escribo, diviso en sus balcones sobresaliendo tanta cabecita dorada, rosas al abrir, adornando su feliz mansión en la Avenida Alvear. A los noventa años rodeado de tres y cuatro generaciones, ejemplo de laboriosidad y autor de muchas obras buenas que esparció en Chile, la Argentina y también en Europa, cuenta, cabe el hogar, lo que vió y presencié en prolongado trayecto. Su prole es superada únicamente por la de la señora Bernardina Molina de Vidal en el hermoso cuadro que usted exhibe, bello grupo de sesenta descendientes.

Resalta igualmente, ejemplo de constante enamorado, el señor Villatte, que celebrando bodas de diamantes, recuerda peripecias entre barriales de la calle Larga de Barracas, enfangándose por llegar durante lluviosas noches de invierno á visitar su bien amada. Patético cuadro digno de aplauso! Dos cabezas encanecidas suspirando de satisfacción ante reminiscencias del primer amor. Entusiasta patriota, le recordamos con el fusil al hombro, en aquella brillante Guardia Nacional que defendió con bríos esta ciudad cuantas veces fué sitiada. En el primer Batallón (1852), bizarro y constante, como en su primera pasión en los principios del partido liberal que en todo tiempo sostuvo, (cantón de la Cervecería del Retiro), le diviso á través de sesenta y cuatro años, formando con los buenos mozos que nuestras buenas mozas rememoran en «Oro Viejo». A su lado Angel Plaza Montero, Urioste, Juan Antonio Fernández, Juan Manuel Larrazábal, Federico Martínez de Hoz, Adrián Rossi, Emilio Castro, Pérez del Cerro, Don Tomás Anchorena, Blayer, Costa, Julio Crámer, Garrigós, Lavalle, Guerrico, Manuel Anselmo Ocampo, Varela, Molina, Pizarro, Uribelarrea, Aguirre, O'Gorman, Eastman, Drago, Adolfo Chaves, Honorio Gómez, Quirno, Elizalde, dos Riglos, tres Amadeos, seis Arámburu y otros tantos, que con igual constancia en sus guardias de cantón en líneas avanzadas hicieron guardia permanente de ronda, de escucha ó de sitio á beldades que conmemora, hasta caer en redes que el amor aprisiona.

¿Qué no vence el amor?

.....

Usos y costumbres variando van como las estaciones en la evolución social. Ocasión hube describiendo inauguraciones del primero y el segundo Teatro Colón, observar cuanto cambio en la faz social más representativa, á punto de notarse apenas descendientes de tres familias que ocupaban palco en propiedad (primer rango) dentro el actual Colón, de las que inauguraron la obra monumental del Ingeniero Pellegrini.

Sinnúmero de romances franceses nos pone al corriente de escenas y dichos mejor son para callados, penetrando en minuciosidades; cómo vestían y desvestían, lo que pensaban y murmuraban, y demás insignificantes gestos y movimientos en cortesanas del primero y segundo Imperio. De la cultura y vir-

tudes de la honesta madre francesa, no juzgan recordar bellos ejemplos? Aleccionamiento tocante resulta de nuestras compatriotas al revelarse un pasado no escrito! No son preferibles á banalidades de tocador, enumerando randas, enaguas y volados, las santas memorias del hogar?

—¿Gran Papá, en tu tiempo se acostumbraba anunciar cada persona al entrar al baile?— interrogaba la más pequeña nieta en la última recepción.

—No hijita, ni había objeto. La sociedad era más reducida. Todos nos conocíamos. Escaso era el número de extranjeros, aunque al presente, á pesar de continuas presentaciones no nos reconocemos mejor; no obstante tantos saludos se intima menos. Oíase sí, alguna vez, á madres celosas del recato y compostura:

— Niña! baja el vestido que se te ven las piernas.

En tiempos de la amplia crinolina exhibíanse gruesas pantorrillas en la ardua faena de penetrar por estrecha portezuela del carruaje. Hoy, estas fundas estrechas de paso trabado, traban á lo imposible subida de escaleras, por cerca que estén sus escalones. Una de sus biografiadas recuerda con vanidad de niña coqueta:

— Todavía conservo el vestido de mi primer baile, que arrastra-ba oronda en los salones del Progreso larga cola de tres metros.

Todos nos conocíamos: en el templo, en el teatro, en el paseo, eran las mismas caras contentas y sonrientes de gracia y amabilidad tan distinto del pequeño cabezazo, saludo femenino de moda. Llegaba á criticarse el cotorreo de besos y charla, inacabable postdata más larga que la visita en despedidas de zaguán, menos criticables sin duda que impertinencia de portero que aún en día de visita que otro «libro de oro» señala, llegó á contestar:

— La señora está. Si Vd. viene á jugar, suba á la derecha; sino, en el salón de la izquierda espere que termine la partida de *bridge*.

.....

Finalizando esta breve reseña de su Revista, prevéngase para no sorprenderse de un cañonazo, en estos tiempos de conflagración universal. Bien que descende Vd. de raza de guerreros, como el inolvidable Coronel de su nombre que marchó á pié desde esta ciudad hasta la de Lima, y prisionero en los calabozos del Callao, regresó luego cubierto de heridas y medallas...!

¡ Vd. no ha escrito este libro!

¿No le ha dejado tarumba el cañonazo? No se trata de plagios ó paráfrasis al copiar páginas de «Oro Viejo». Comprueba la aserción su propio testimonio. Sin duda imitó con ventaja á su tocayo, el primer Josué que la Historia menciona. ¿Recuerda el bíblico caudillo que pedía al Sol detuviera su carrera, pues escaso era el breve giro del día para exterminar los enemigos del pueblo de Dios? En mis viajes llegué hasta Jericó, cuyos muros cayeron al sonar las trompetas, y desde sus ruínas pude divisar que después de treinta siglos todavía no han acabado los enemigos de Dios.

Vd. no ha escrito este libro, pero con poder mayor que el hermano de Moisés alcanzó á detener lo único que nunca falla: la muerte, retardándola para haber tiempo, no de matar á nadie, le creo nada sanguinario, sino parà galvanizar toda una generación haciéndonos vivir en el pasado; no copiando ni taquigráficamente lo que dijeron, lo que pensaron y sintieron un ciento de testigos oculares de otro tiempo. Vd. ha conseguido con paciencia infinita se incorporen un momento ante el acústico receptor del fonógrafo que fija y repite inalterable la palabra viva y clara. Ha hecho así hablar por su propia boca las abuelas en generación anterior, que sin duda recibieron orden de nietas queridas no extinguirse antes de completar su alta misión, dejando constancia de lo que fueron, trasmitiendo cuanta enseñanza, cuantas virtudes y ejemplos son provechosos.

Sin la colaboración de damas de tan feliz memoria, no hubiera logrado Vd. transmitirnos directamente la fisonomía expresiva de la antigua sociedad porteña.

¿Comprende ahora el acertijo de cómo no es Vd. el que ha escrito el libro de que es autor?

Pero dejando de lado la actuación de cada una, prosiga curioseando lo que en otro tiempo fué. Que la segunda serie no deje quietecitas en el sofá de forma antigua, sin reportar respetables memoristas como: señoras Mercedes Castellanos de Anchorena, Teodelina Alvear de Lezica, Lucrecia Guerrico de Ramos Mejía, María Unzué de Alzaga, Emma van Praet de Napp, quien con su hermana é hija reuné en su propia familia tres de las ex-Presidentas más activas de la Sociedad de Beneficencia: señora Mercedes Riglos de Anchorena, Joaquina A. de Torres, Adelia Halbach de González Moreno, en cuyos salones

y los de su señor padre, primer Representante de Prusia, se bailó muchos años, como antes en los de Escalada, de Riglos, de Madame Mendeville. Nó únicamente recepciones de nuestras elegantes deben rememorarse, que sin salir de las nombradas, una y dos Iglesias levantó alguna, Escuelas y Hospitales otras, ya Patronatos de Infancia, Talleres de obreras, Asilos de ancianas, Cantinas Maternales otras, y en ejemplos de abnegación perduran todas.

Recordar es revivir. Me ha hecho Vd. vivir en el pasado. Gracias! Fué siempre de setentones repetir:

*Que siempre el tiempo pasado  
Fué mejor.*

Me despido de Vd. deseándole buena mano como hasta el presente; y viniendo aquí, como de encargo, palabras con las que el decano de nuestros poetas saludaba otras tradiciones, se las trasmito: «Volver la mente á lo pasado equivale á duplicar los goces á las impresiones de nuestra vida actual. Ha registrado cofres de abuelas, encontrando en ellos joyas, que si no están de moda, conservan siempre su valor intrínseco, siendo no pocas de oro fino, de las que se guardan como reliquias de familia.» .

¡Au revoir!

---



# ÍNDICE

---

	Pág.
<i>Un Figaro célebre</i> .....	5
<i>Un muerto en pie</i> .....	11
<i>Iglesia votiva</i> .....	17
<i>La inquisición en Buenos Aires</i> .....	25
<i>El baile de Chacabuco</i> .....	33
<i>La botica más antigua</i> .....	39
<i>De mansa índole</i> .....	47
<i>Noche toledana en el Plata</i> .....	51
<i>El Carnaval en 1853</i> .....	57
<i>Costumbres del barrio de mi vecino</i> .....	63
<i>Fiesta argentina en San Felipe</i> .....	71
<i>¡Ladrón!</i> .....	77
<i>Un filántropo irlandés</i> .....	83
<i>La gran carrera</i> .....	91
<i>Papelito canta</i> .....	97
<i>Muerta de risa</i> .....	103
<i>La caída de un tirano</i> .....	111
<i>La Sociedad Filarmónica de Mayo</i> .....	121
<i>El baile de Llavallol</i> .....	127
<i>El Brigadier Mackenna</i> .....	135
<i>La cuadro del oro</i> .....	141
<i>La bandera de Lavalle</i> .....	149
<i>La cuna de un poeta</i> .....	155
<i>El general Althaus</i> .....	161
<i>El Fundador</i> .....	167
<i>El altar de la Patria</i> .....	175
<i>«Oro Viejo»</i> .....	181



## FINIS OPERA

---

*Terminóse de escribir esta obra el 9 de Julio de 1916, firmándola el autor á sus 75 navidades, en el deseo de contribuir con memoranzas pátrias á la celebración del primer Centenario de la Independencia Argentina.*